

**JOSE LUIS PENSADO**

**FRAY MARTIN SARMIENTO:**

**SUS IDEAS LINGÜÍSTICAS**



**CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO  
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO  
EN LA UNIVERSIDAD**

**8**

JOSE L. PENSADO

FRAY MARTIN SAR-  
MIENTO: SUS IDEAS  
LINGÜÍSTICAS

1960



FRAY MARTIN SARMIENTO  
SUS IDEAS LINGÜÍSTICAS

CUADERNOS DE LA CATEDRA  
FEIJOO N.º 8

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

# INDICE

	Página
<i>I Algunos aspectos de su personalidad . . . .</i>	7
La memoria de Fray Martín . . . . .	12
La soledad del sabio . . . . .	14
Sarmiento no publica . . . . .	17
Sarmiento y los libros . . . . .	20
La última vocación de Fray Martín . . . . .	21
 <i>II Sus ideas lingüísticas . . . . .</i>	 25
Sarmiento lingüista bifronte . . . . .	25
Palabras y cosas . . . . .	28
Clasificación del léxico . . . . .	30
Hacia el Diccionario Etimológico Románico . . . . .	31
Un Thesaurus Linguae Latinae . . . . .	33
Diccionarios Históricos . . . . .	34
Las encuestas lingüísticas . . . . .	36
Método etimológico . . . . .	37
Hacia el Vocabulario por Materias . . . . .	39
Intuición de la Lingüística Románica . . . . .	41
Por los caminos del latín vulgar . . . . .	43
Las lenguas romances como fuente de reconstrucción del latín vulgar . . . . .	46
Latín arcaico y latín vulgar . . . . .	48
Veinticinco siglos de latinidad . . . . .	48
Hacia la ley Fónica . . . . .	51
El elemento germánico . . . . .	59
El elemento árabe . . . . .	63
Latinismos en el árabe . . . . .	64

La influencia francesa . . . . .	68
Los viejos textos castellanos . . . . .	69
El español de América . . . . .	72
La lengua hablada . . . . .	75
Sarmiento toponimista . . . . .	82
Sarmiento y la Onomástica . . . . .	88
El portugués en Sarmiento . . . . .	92
<i>III Sarmiento y el gallego . . . . .</i>	<i>99</i>
La infancia galaica de Fray Martín . . . . .	99
El gallego en tiempos de Sarmiento . . . . .	103
Los gallegos ante su lengua . . . . .	110
Historia de la lengua gallega . . . . .	113
Renovación del léxico galaico . . . . .	117
Necesidad de un Vocabulario y una Gramática Gallega . . . . .	122
Unidad dialectal galaica . . . . .	130
El gallego de Fray Martín . . . . .	131

## ERRATAS MAS IMPORTANTES

Página	Línea	Dice	Debe decir
9	8	metodos	métodos
9	16	Sarmiennto	Sarmiento
12	12	memoria	memoria,
12	26	al	el
13	21	féliz	feliz
14	29	London's	London's
21	10	libros	libros
26	17	esta-	esta-
33	8	yotuviera	yo tuviera
36	19	quenas	queñas
40	5	mónica	mónicamente
44	10	demucstra	demuestra
47	1	castellanos	castellano
47	21	misno	mismo
51	22	prevé,	prevé.
54	9	lenguje	lenguaje
54	29	habrá	hará
71	26	lingústica	lingüista
72	30	lingústica	lingüista
74	19	pasaran	pensaran
76	28	si un	si a un
100	3	mandereyta	man dereyta
106	20	erán castellanaa	eran ya castellanaa
109	26 - 27	feligra-neses	feligre-ses





# I

## Algunos aspectos de su personalidad \*

FRAY Martín Sarmiento es para mí una de las figuras que más estimo del siglo XVIII. Le visito todos los años. Sigue en la misma soledad que en los lejanos días de su vida. Ahora ya no se le puede encontrar en su celda del convento de San Martín.

Si queremos buscarle hemos de ir a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Allí está, vivo y sólo, como siempre. Cada vez que asomo por aquella casa, siento como una irresistible llamada y le dedico algunas horas.

Pido alguno de los tomos de sus obras completas y oigo su lección de sabiduría. Siempre me enseña algo nuevo y joven, y cada día lo encuentro más cercano y más maestro.

A veces pienso que su deseo y su destino se han cumplido plenamente. A él le gustaba estar solo y entre los libros, con pocos amigos y muchas horas por

---

\* El libro que mejor ilustra la personalidad de Sarmiento sigue siendo el de A. LOPEZ PELAEZ: *El gran gallego*. (Fr. Martín Sarmiento), La Coruña 1895.

delante. Allí está sólo y entre libros con pocos amigos que le visiten, y muchos siglos por delante.

Los que le visitamos le queremos y de cuando en cuando me pregunto si no turbaré la paz del amigo aireando sus escritos. Si así fuese él sabría perdonarlo.

Sarmiento está solo, con la pluma en la mano. La pluma es su gran cariño. Porque su pluma es su lengua. ¿Escribe? No. Habla. Sarmiento habla, no escribe. No es un escritor, es un conversador hábil y consumado. No busquéis en él la frase literaria, limada y bien ceñida, los artificios retóricos o los giros poéticos, nada de eso hallaríais.

Sarmiento escribe como habla y su prosa no es prosa, es lengua viva, palpitante, llena de personalidad. Es un monumento de la lengua hablada en el siglo XVIII. Su recia persona galaica deja clara impronta en sus escritos, a cada paso se sorprenden dialectalismos sintácticos.

Nunca se ha sentido maestro, lejos de él tal idea, nunca escribió para enseñar sino aprender, y si alguna vez se ha dejado oír su voz ha sido para la más noble de las tareas: la de defender al amigo que era atacado injustamente.

Saber era un deseo, una sed infatigable, una molesta inquietud de la que sólo la pluma le liberaba. Por eso escribía y escribía sin dar descanso a su mano. ¡Que aventura más hermosa la del pensar de Sarmiento! da gusto seguirle en su divagar. Todo atrae su curiosidad.

Quizás alguien pueda pensar que un hombre tan encerrado en si mismo, tan lleno de libros, estaría vacío de experiencias, que su siglo resbalaría por él sin dejar huellas, que su vida no fué vivida. Craso error.

La España del XVIII está tan vivida en Fray Martín, tanto, que en ningún otro lo podrá estar más. La conoce

mejor que los demás, la palpa, la tropieza, se le enreda en su vida, le enrarece el aire, le ahoga, le obliga a retirarse a su celda. Y allí sueña y medita.

Los hombres de su siglo confiaban en una España mejor, Sarmiento está de vuelta; sabe que su España no puede ser mejor de lo que es. Sólo un rayo de esperanza apunta en sus escritos; si algo puede hacerse es partiendo de la juventud, la cual ha de educada con metodos totalmente nuevos.

Cuando leemos cualquier escrito de Sarmiento vemos surgir, acá y allá, como una constante preocupación, el deseo de modificar el sistema educativo de la juventud española. ¡Cuanto nuevo podríamos decir de ésta materia, cuanto queda aún por descubrir entre el frondoso bosque de las obras de nuestro benedictino!

No le creamos un pesimista; porque Sarmiento no duda nunca de los valores de su patria, confía en ella y sabe lo que le falta.

«Estando yo en Toledo el año de 1728—nos dice en una ocasión—se aparecieron unos ingleses o suecos en compañía, a fin de subir el agua desde el Tajo hasta el Real Alcázar, para que, puesta en aquella altura, se pudiese distribuir a toda la ciudad y a cada casa de ella. Comenzaron a trabajar en madera. Bajaban todos los toledanos de ese oficio a ver trabajar. Quedaban admirados, y decían que más trabajaban aquellos extranjeros en dos horas que ellos en todo el día. Pero lo atribuían, y con razón, a los instrumentos y herramientas con que trabajaban». Con motivo de este episodio comenta Fray Martín. «Es error decir y creer que los españoles tienen habilidad para todo y paciencia para nada, y que huyen del trabajo. Yo creo firmemente lo primero y redondamente niego lo segundo. Si a los españoles se les enseñase bien en su juventud y con método, y hubiese

buenos maestros, que *tuviesen los libros necesarios* y otros instrumentos necesarios para saber, tendrían tanta paciencia como los extranjeros, y se aplicarían al trabajo tanto o más que ellos». <sup>1</sup>

Para Sarmiento el problema de España era un *problema de educación*. ¿Pero que hacían Feijóo, y tantos otros que luchaban por renovar íntegramente nuestra patria?. Nada o casi nada, se confesaba sin duda Fray Martín, desalentado.

Sin embargo no nos interesa hoy estudiar la visión hispánica de Sarmiento, lo dejaremos para otra ocasión, ahora sólo nos importa su persona, un poco de su persona. Esa persona que chorrea y vive a través de toda su obra. Es difícil encontrar un escrito en donde no haga ninguna mención personal. Su obra está tan impregnada de su vida que es fácil reconstruirla a través de sus escritos.

El Padre Feijóo traza una breve semblanza a la cual nada vamos a añadir:

«Mi religión tiene un sujeto—dice—que, en la edad de 35 años, es un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas. En cualquiera materia que se toque, da tan prontas, tan individuadas las noticias, que no parecen que se oyen de su boca, sino que se leen en los mismos autores de donde las bebió. Es de tan *feliz memoria* como de ágil y penetrante discurso; por lo que, las muchas especies que vierte a todos asuntos, salen apuradas con una sutil y juiciosa crítica. En sujeto tan admirable sólo se reconoce un defecto; y es, que peca de nímia o muy delicada su modestia. Es tan enemigo de que le aplaudan que huye de que le

---

<sup>1</sup> *Onomástico Etimológico de la Lengua Gallega*. Tuy 1923, p. 81. Desde aquí en adelante llamaremos a esta obra *Onomástico*.

conozcan. De aquí y de su grande amor al retiro de su estudio, pende que, asistiendo en un Gran Teatro, es tan ignorado como si viviese en un desierto. Bien veo que el lector querría conocer a un sujeto de tan peregrinas prendas; pero no me atrevo a nombrarle, porque sé que es ofenderle». <sup>2</sup>

Admirables palabras las del alto patrocinador de esta cátedra; sin embargo no hemos de compartirlas exactamente. Asistía Sarmiento al Gran Teatro del Mundo, con gran cuidado, con los ojos bien abiertos, dispuesto a observar todo, a estudiar todo, a llevar su curiosidad a las cosas más dispares, a preguntar por todo y a buscar la razón de todo. Estaba bien plantado en el Teatro del Mundo, sí, bien plantado, vivía plenamente la escena, lo único que no le interesaban eran los espectadores. Quería salir de la escena diciendo; «lo he visto todo», lo demás no le importaba.

Sarmiento pregunta por todo, primero a los que le rodean, a sus padres, a sus amigos, a todo el mundo, luego a los libros y finalmente, ante la blanca soledad de los pliegos, se pregunta a sí mismo para contestarse a sí mismo.

Un ansia de saber corroe su vida y sólo vive para saber. Lee, lee incansablemente, sin tregua; y cuando no, mira, observa, pregunta, viaja, reúne todo lo que le interesa y le interesa todo. Todo menos cargos, honores, distinciones, todo menos ésto que le aparta de su vida sedienta de saber.

A los treinta y cinco años ya es un auténtico sabio, un mito casi, se le desprecia y se le admira. Se intenta explicarlo.

---

<sup>2</sup> *Teatro Critico*, IV, p. 412, Madrid 1730.

## La memoria de Fray Martín.

«Es de tan feliz memoria», acabamos de leer, en la semblanza de Feijóo. La memoria de Fray Martín. He aquí el secreto de este hombre, dirían los envidiosos de su siglo. «Hace años,—nos dice Sarmiento—, que se levantó una falsa voz de que yo tenía una *feliz memoria*, y tan grande, firme y tenaz, que nada se me olvidaba de lo que leía. Aquí viene el dicho de un enfermo de los ojos a quien curaba un médico; y preguntando como le iba de los ojos, respondió: «Bien, gracias a Dios, pues me dice el médico que ya veo», y el no veía gota.

Son infinitos los que esparcen la voz y me dicen cara a cara, que yo tengo grande memoria. y sólo soy yo el que lo ignora, y tengo evidencia de que es un testimonio falso. Ha pasado adelante el embuste. Sabiendo muchos que a mi me falta el sentido del olfato, fingieron la causa de esa fingida memoria, en que siendo niño me habían dado mis padres la *anacardina*. Y es natural que se hayan ido al otro mundo sin haber oído nombrar tal droga ni tal confección. Esta cantinela se suele aplicar con más frecuencia a los hijos de médicos y boticarios, si salen muy aplicados a los libros. Ya estaba esa impostura en posesión de mala fé, cuando tuve carta en Madrid de uno que me pedía la receta de la *anacardina*. Y yo, tan inocente que hasta hoy no he maliciado, como ya malicio, después de treinta y ocho años, que al dicho suponía que yo había tomado esa droga y que tendría la receta dicha... La verdadera *anacardina* se reduce a no estudiar lo que ni gusta ni se entiende. Y si se entiende, se reduce a leer algunas veces el contexto, a conferenciarle con otros, y a reflexionarle consigo. Es así que yo no tengo ni he tenido

jamás el sentido del olfato; pero estoy en que eso es herencia, y que es fatuidad atribuirlo a la *anacardina*, habiendo nacido yo con aquel defecto». <sup>3</sup> Prosigue un poco después Fray Martín, con el mismo tema: «El Padre Sarmiento tiene una feliz memoria (esto es mentira), pero es porque le dieron *anacardina* (esto es mentira e impostura). El Padre Sarmiento ha leído mucho, pero es porque tiene una memoria como un borrico. Aquí hay una de las más fátuas contradicciones. Si tuviese yo la memoria que se me imputa, no hubiera leído tanto. Menos mal dicho estaría: «No lee mucho porque tiene gran memoria». El Padre Sarmiento es amigo de saber las cosas *a fundamentis*, ¿pero, qué mucho si todo el año está mascando sobre los libros?». <sup>4</sup>

<sup>3</sup> *Onomástico*, pp. 71, 72, 73.

<sup>4</sup> *Onomástico*, p. 73. La fama de la *anacardina* como engendradora de memoria está bien enraizada en nuestros textos clásicos. Cf. *Estrabanillo González*: «Compraba polvos de romero y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendía a real a todos los estudiantes novatos, dándoles a entender que eran polvos de la *anacardina*, y que tomándolos por las narices, tendrían feliz memoria; con lo cual tenía yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas» (Ed. Clásicos Castellanos, I, p. 64), y la nota de J. Millé y Jiménez sobre la voz, en donde cita un pasaje de *La Dama Boba* de Lope de Vega: «Otra memoria es la tuya / ¿Tomaste la *anacardina*?». Mas materiales ofrece el *Diccionario Histórico de la Lengua Española*, (I, p. 557) de la Real Academia Española. Sobre la receta dice Sarmiento: «No obstante, para darle gusto busqué esa receta en los libros, pues yo jamás la había leído ni visto. Halléla en un libro castellano, que se llama el *Fénix de Minerva*. Léela, y cogí tanto horror a sus ingredientes, y me aterró tanto lo que el autor dice contra esa receta para la memoria, que si tuviese autoridad, mandaría, debajo de penas graves, que ni médico ni boticario, ni otro alguno, preparase esa especial, pero venenosa y pernicioso confección de los anacardos. Copiéla, no obstante, y la remití; pero con las precisas advertencias para que no usase de ella, pues era una confección venenosa para trastornar todas las potencias intelectuales y sentidos exteriores. En breve: para dementar a los hombres y hacerlos estúpidos. Véase el concepto que hice de la *anacardina*. Y quisiera que todos hiciesen el mismo y desterrasen de la juventud ese error común tan pernicioso, que acaso le habrá ocasionado el apuro de haber de estudiar de memoria y a la letra. Cuanto sea el apuro en que se halla un muchacho cuando le instan



«Una feliz memoria», esta frase nos recuerda la de Feijóo, acaso de ahí haya partido el mito. No dudamos de la buena intención del viejo maestro, pero sus palabras no hay duda que fueron tergiversadas y dieron lugar a las hablillas que tanto molestan a Fray Martín. La memoria, la memoria... ¿qué tiene la pobre memoria que todos la desprecian?. A cuantos no oímos quejarse de su memoria y qué pocos son los que se lamentan de su inteligencia. A Sarmiento le molestaban tantos loores a su memoria y tan pocos a su privilegiado talento.

## La soledad del sabio.

Fray Martín ha cumplido los sesenta y seis años. Se siente sólo, sólo pero contento. «Un libro, un amigo y un sueño breve» buscaba hacía siglos Fray Luis. Muchos libros, unos cuantos amigos y un poco de sueño es ahora toda la ilusión de nuestro benedictino. Las gentes no le olvidan ni acaso le perdonan las excepcionales dotes de sabiduría. Ahora comienzan a llamarle *misántropo*. Sarmiento no desprecia ni odia a nadie. Se ha olvidado de todos y todos le recuerdan ese olvido. No saben

---

a estudiar de memoria, so pena del texto «la letra con sangre entra», sólo él le sabrá explicar, y más si es cosa que ni entiende ni es de su gusto. Dará entonces cuanto tiene por tener a mano alguna receta de la memoria, que le indemnice de aquel apuro. Tomará si se lo dicen, venenos, y demontes escaechados, por ocurrir a su urgencia; al modo que algunas mujeres usan del solimán y de otros venenos para disfrazar su fealdad. Así son credulísimos los muchachos en materia de recetas y secretos para tener grande memoria, como lo son los enfermos para recobrar su salud, creyendo a cualquiera curandero y a cualquiera medicamento de que se les hable». (*Onomástico*, p. 72). Sobre los usos del *anacardium*, vid. London's *Encyclopædia of Plants*, London, 1841, p. 335, Sarmiento exagera un poco sobre sus propiedades nocivas, pero nos muestra una situación idéntica a la del Siglo de Oro, por lo que atañe al mundo estudiantil.

perdonárselo. Le obligan a hablar, a disculparse: «Hablemos claro —dice—. En España hay dos clases de genios que los divide una línea de Oriente a Poniente en Australes y Boreales. Aquellos son más francos y amigos de correspondencias con los extranjeros. Los Boreales somos más encogidos, retirados de todo el comercio epistolar; y entre esos creo que yo soy más que nímio en esa abstracción, ya porque soy gallego, ya porque soy retirado por profesión, ya porque mi genio es sumamente inepto y desproporcionado para poder hacer papel en el Mundo, ni Político, ni Literario. Este mes he cumplido cincuenta y un años de hábito, que tomé en este monasterio de San Martín. Hasta ahora no conozco las calles de Madrid; y hace ya muchos años, que únicamente salgo tres días en los doce meses: por Semana Santa, por el Corpus y por la Porciúncula. A esto es consiguiente que yo no tengo visita alguna, y aunque media docena de curiosos viene a mi celda las mañanas del Domingo, como sólo vienen a conversar, aun no sé donde viven».

Fray Martín exagera un poco. No le creamos a pié juntillas. Su celda era muy frecuentada, no solo de españoles, sino incluso de extranjeros. En una ocasión nos habla de la visita que le hicieron los hijos del embajador de Suecia.

No conocería las calles de Madrid, es verdad, pero conocía, la lengua, los modismos, la historia, sus fueros, su vida, todo, en una palabra, mejor que los que estaban sumergidos en su fluir cotidiano.

Conoce sus gentes mejor que nadie: «No soy *misántropo* sino *misotramposo* y *misophilaucios* y *misocharlatanes*». Desprecia la falsía, la autoestimación y la charlatanería de los sabios farisáicos, vacíos de ciencia, blancos de valores y cargados de palabras vacuas.

Ellos a su vez le aborrecen y le cubren de las más diversas tachas. Le llaman *puerco*. Sarmiento reacciona: «Aplaudo a los que naturalmente son aseados. Pero el regular que emperejila su mortaja o hábito, que se afeita a menudo, que lo que había de gastar en libros lo emplea en xabones, espexos, escobillas, en garbines con péndula y en zapatos de última moda, no merece aplauso sino compasiones. He notado que todos esos no tienen cabeza, y que tienen una racionalidad con cazcarrias y que aun ni *adjetive* son racionales. Es verdad que gasto pocos zapatos y que la carpeta de mi mesa de estudio está tan andrajosa como mi hábito se puso de rozarse una con otro. No uso de sardinas ni de cáscaras de melón para registro de mis libros; uso de naipes en cuyos reversos hay algunos extractos de cosas curiosas y literarias. En fin, sea yo enhorabuena estrafalario ¿y los señores cofrades de literatura que tienen con eso? El que no me quisiere así que me deje, que yo a ninguno voy a buscar a su casa. En mi celda estaré como se me antojare. Es bueno que los Colegiales Mayores de faja, afecten traer sucia y rota la beca, y algún género de frailes afecten echar piezas y remiendos en hábitos nuevos, y ¿yo no podré lícitamente andar andrajoso?»

Las saetas de Sarmiento apuntan ahora hacia sus cofrades, ellos son los que conocen su intimidad y los que la publican. Son de sus hermanos de donde brotan estas especies, son sus compañeros los que le muerden y su respuesta es bien desenfadada. *El porque sí y el porque no* es una estúpida diatriba contra la sociedad que le rodea.

## Sarmiento no publica.

Un maestro que no publica. Una pluma que escribe para si mismo. Lo dice muchas veces. Su pluma es un haz de luz que ilumina sus tinieblas. No es un maestro es un autodidacta. Pero no es sólo ésta, la razón que le detiene, son otros muchos más los motivos que le embargan.

Necesitaba el autor justificarse ante si mismo de esa actitud y lo hace plenamente. Algunas personas le aplaudirían pero la mayoría es casi seguro que lo desaprobarían.

Oigamos un resumen justificativo de ese proceder en una carta dirigida a Armona: «Aplaudo —le dice— el gusto de vuestra merced en vivir tranquilo y contento con cuatro libros y cuatro amigos de su confianza. El mismo gozo tengo yo, y acaso mayor porque no tengo empleo alguno ni *ad intra* ni *ad extra*. Solo pienso leer por diversión, y tal cual vez escribir para mi solo cuando quiero estudiar un punto de mi gusto y capacidad. Pero jamás pienso ni pensaré en escribir cosa alguna para que se imprima, como tan escarmentado ya en cabeza ajena. Después de escrita la materia, es preciso sufrir, aguantar y esperar una cuarentena de semanas antes que el impresor le ponga la primera mano. Las desazones con los impresores ya son antiguas, pero no sé si lo son las que cada día suceden, viendo el autor que, a la mitad de la impresión, se pone, *Nihil Transeat*; se pone embargo y se da por perdido todo lo hecho. Hoy más que nunca son muy peligrosas las resultas de un libro después de impreso; aunque guste a muchos, y muchos le aplaudan, como no guste a dos o tres... Asi responda vuestra merced a Mr. de la Condamine, que

yo no dexo de escribir de cuando en cuando sobre algunos puntos; pero que *España no está para imprimir, ni aun para saber, sino cada uno para sí mismo.*»

La respuesta a esta epístola del 15 de mayo de 1761 fué seguida de una curiosa contestación el 12 de junio del mismo año en donde leemos estas frases: «Ya sabía que el Padre Sarmiento acostumbra a romper todos los años cuatro sobremesas y solo un par de zapatos. *Ésta es la voz corrida por toda España.* Pero vuestra reverencia es un monje apartado del mundo, sabio, modesto y que huye de los vanos aplausos para conservar la santa y laboriosa quietud de su celda. Esto por cualquiera parte que se mire, es loable y es virtud. No se puede adquirir de otro modo un caudal tan admirable de erudición. Pero, lo que me añade en su carta de que no piensa vuestra reverencia, ni pensará jamás, en escribir para que se imprima, y las desazones de los impresores, y los escrupulosos de España, como escarmentado en cabeza ajena, es cosa fundada y contestada por las costosas experiencias de muchos, que todos conocemos. Hoy más que nunca está nuestra España llena de abrojos para los sabios.»

¡Que tristes palabras las del amigo Armona, que dureza la de su juicio, que imagen de nuestra España! Las razones de Sarmiento no tienen discusión, es preciso aceptarlas.

Pero es aún más reveladora la réplica de nuestro benedictino a esta carta. Es un canto a la libertad del pensamiento, al derecho de la verdad bien intencionada, a la rectitud de juicio y a la veracidad insoslayable pese a quien pese.

«Yo no tengo —le dice— ni jamás he tenido amanuense y por lo mismo no me quedo con copia de las cartas que escribo. Eso de copias es bueno para los que

tienen trabacuentas o para los que escriben con pensamientos vagos y acomodaticios. No necesito copia de lo que escribo para precaver que me cojan en mentira o contradicción. Que me acuerde o me olvide jamás diré lo contrario. Éste es el privilegio de los que escriben con realidad y solo según lo que piensan. La cordura está en no manifestar lo que se piensa a cualquiera que viene a tentarlo. El mayor peligro de la tranquilidad humana es decir lo que se piensa; decir lo contrario de lo que se piensa es ignominia de la racionalidad y de la sociedad humana. Pues ¿qué remedio?. El que yo he escogido. Es vivir retirado en un rincón; abstenerme de todo comercio mundano, político, literario y epistolar; y vivir solo para Dios, para mi y para los amigos. Éstos, según el número de convidados, ni deben ser menos que tres, como las Gracias, ni más de nueve, como las Musas...»

Sarmiento ha aprendido la lección de Fray Luis: «Dichoso el humilde estado / del sabio que se retira / de aqueste mundo malvado». La ha aprendido, con la más grande sabiduría, «en cabeza ajena». Con pocos golpes ha bastado. Escribe, sí, pero para sí mismo, para sus amigos. No ama como un avaro lo que escribe, no valora su pensamiento, no lo atesora; lo deja caer, lo brinda como un árbol su fruto. ¿Puede soñarse mejor lección? ¿Puede alguien imaginarse más auténtico sabio? ¿Se puede concebir más auténtica maestría? El mismo se entrega en sus escritos y ni los copia, ni los atesora; los regala, los ofrece a los amigos, a los auténticos amigos. Es esto para mi la más ideal de las sabidurías, la que obsequia con los más preciados frutos del saber humano, con lo más divino del hombre, con la inteligencia.

## Sarmiento y los libros

Sus amigos, los que nunca le dejaron, los que siempre le mostraron la incommovible faz de sus letras, fueron los libros. ¡Con qué cariño les buscaba, con que afán los leía, con que amor los repasaba! Su muda lección se hermanaba con el silencio del claustro. Su verdad era siempre la misma.

En su testamento leemos: «Tengo unos siete mil y quinientos cuerpos de libros y un tomo en cuarto que es el índice individual de todos ellos, con el catálogo de todos los libros que tengo prestados a otros». Pensemos en esta alma generosa, que aun a pesar del cariño que tenía a sus libros, sabía desprenderse de ellos en beneficio de un amigo, sabía prestarlos, aun a pesar de quererlos tanto.

Pensemos que esta era su biblioteca personal. No la del convento de San Martín.

Es raro leer un escrito de Sarmiento en donde no se aprecie esa sed de libros que atosiga al auténtico sabio. Siempre clama por libros; libros, más libros, reclama su ansia de sabiduría. Libros, buenos libros, y todos los libros son buenos para él. Que gozo inefable experimentaba ante un libro nuevo. Se le adivinan estos íntimos solaces en cada escrito.

Recordad una frase que ya hemos citado: «si a los españoles se les enseñase bien en su juventud y con método, y hubiese buenos maestros, *que tuviesen los libros necesarios*».... Frases similares las sorprendemos a cada paso en sus obras.

En otra ocasión al hablar de la falta de interés en nuestra patria por los estudios de Historia Natural se expresa de modo idéntico «*La falta de libros patrios,*

la falta de maestros, la falta de algunas cátedras, la falta de protección, la falta de caudales y la sobra de los que censuran y se mofan de los que se dedican gratis a la Historia Natural, teniéndolos por poco menos que números y nigrománticos». <sup>5</sup>

«Cansado de preguntar —dice en otro libro— a quienes no me sabían responder, determiné a responderme a mí mismo, *consultando libros* para lo material de la voz y para lo formal del significado. *Para todo tengo libros bastantes*, ya de lenguas muertas ya de lenguas vivas, ya de todo género de erudición. Pasan de 6.500 tomos. Y no tomaré a mal que algunos me apliquen la oración del Luciano: «*Adversus indoctum et libros multos ementem*». Bien cierto es que el poseer muchos libros ni prueba ciencia ni erudición. Pero más cierto es que el no tener ningún libro es prueba de iliterato». <sup>6</sup>

## La última vocación de Fray Martín

Sarmiento es un hombre de su siglo, está lleno de preguntas y desea saber de todo. Siempre pregunta, su curiosidad no tiene límites. Curiosidad científica, entendámonos bien. Su saber se extiende a todos los campos: la literatura, la historia, la paleografía, el arte, la política, la geografía, la medicina, la botánica, las ciencias naturales, la física, la heráldica. No desmiente el enciclopedismo de su siglo. También hay que reconocer su europeísmo en el deseo de fomentar en la patria el estudio de las ciencias naturales, según se revela por la cita que acabamos de hacer.

<sup>5</sup> *Onomástico*, p. 53.

<sup>6</sup> *Elementos Etimológicos según el método de Euclides*, Boletín de la Real Academia Española, XV, p. 672.



En sus dos viajes a Galicia le sorprendemos en todos sus afanes, desde buscar piedras y minerales, plantas y animales hasta recoger amorosamente el léxico vivo. Pero no es sólo en Galicia; en Asturias en donde pasó algunos meses, en Navarra, en Toledo, en el Bierzo, en cualquier sitio por donde ha pasado, no ha salido con las manos vacías, antes al contrario, sus cuadernos de notas, sus equipajes, se enriquecían notoriamente.

Del léxico asturiano nos ha guardado una buena colección de voces de las cuales hoy no tenemos noticia. Donde había algo que observar, en donde había alguna curiosidad, allí estaba él, el primero. El sabe de los *vaqueiros de alzada*, a él no se le escapa ni una palabra que sea curiosa; cualquier hierbecilla, cualquier animalejo, le interesa; ya sus costumbres, ya su nombre, ya las leyendas que haya sobre él. Todo lo pregunta, todo lo observa y todo lo apunta.

Las palabras, la palabra, la magia del sonido. La palabra es el secreto de la cosa, hay que guardar bien la palabra, Analizándola con cuidado, estudiándola históricamente, explicándola, es el mejor camino para llegar al conocimiento de lo que expresa. He aquí el secreto. Oigámosle en una de esas sabrosas confesiones que pululan en sus escritos: «Yo jamás leo, ni estudio, ni escribo para templar gaitas, ni gallegas ni zamoranas. Nada de eso hice, ni haré, por interés, honores, premios, vanagloria o para hacer del erudito aparente. Nada de todo eso añade ciencia. Tampoco escribo esto para que se imprima, pues ya no está el tiempo para ser fátuo de ese calibre. Escribo para mi gusto y para mi instrucción, y para ejercitarme en la averiguación de la antigüedad, nobleza y pureza de la lengua que he mamado. Y ojalá hubiese pensado en esto, hace ahora treinta y cuatro años, pues no viviría arrepentido, y sé que hubie-

ra entendido mejor todo cuanto he leído de otros diferentes asuntos». <sup>7</sup> Un dejo de amargura, una sombra de pesar cruza por la mente del sabio; ¡treinta y cuatro años perdidos! ¡Que atroz vocación de filólogo! El tiempo le parece corto, las cosas tienen su secreto y en la palabra está su clave. Sarmiento está pensativo; he llegado tarde —piensa— y esto le angustia. Ha descubierto su verdadera vocación. ¡Ah, si pudiera volver atrás, cuantas cosas se le ofrecerían ahora sencillas y paladinas! Esta es su pena. Pero el sabio no se descorazona. Se endereza por la nueva vía en busca de la verdad. Por fortuna sus años aún fueron largos y su doctrina jugosa. Su lección perenne y todavía hoy nos deja asombrados.

Llegué tarde—piensa—con el íntimo desasosiego que la verdad deja en el sabio. Sin embargo, ya hacía años que la senda se perfilaba. En los mismos albores de su infancia, —nos recuerda en una ocasión,— el humilde mocoso del convento de Lérez (en donde realiza sus primeros estudios) escribía muchos pliegos para las cosas de su padre y «*para la Gramática*».

La Gramática, vemos, despertaba su curiosidad infantil. La lengua, su lengua, el gallego, le inquieta, le pesa a veces, con su pronunciación, con su sintáxis. Su modo de hablar, sus peculiaridades lingüísticas regionales, chocaban entre la tersa melodía castellana, en el puro lenguaje cortesano. No piensa en cambiar, en modificar su acento, no considera a sus convecinos dignos de ese esfuerzo por su parte. Ellos lo hablan por que lo hablan, pero él, sin hablarlo bien, puede aún enseñarles muchas cosas de su propia lengua. Puede enseñarles su historia, explicarles lo que no aciertan a saber, y decir-

---

<sup>7</sup> *Onomástico*, p. 76.

les que todas las lenguas son iguales ante la ciencia y que, ese gallego que desprecian, ese dialectalismo de que se ríen, fué un día lucida gala del propio castellano. A los 19 años se entretiene en preparar un Diccionario Griego y «por los años de 1730 —nos dice— descubrí en mí un genio dedicado a etimologías». <sup>7 (bis)</sup>

Algún día haremos un índice lexicográfico de las voces recogidas por Sarmiento, y entonces se verá la alta cima a que éste hombre ha llegado. No ceso de maravillarme de la riqueza lingüística que Sarmiento atesora. Él, que parece no vivir en su siglo, es el que más hondo le ha calado, el que más ha profundizado en las entrañas de la lengua de todos los días. Puede ser que otros crean que han vivido más que él, pero ninguno nos ofrece, lo que él nos ha legado, girones de vida, de lengua, de historia y de necesidades de un tiempo ya perdido para siempre.

---

<sup>7 bis</sup> *Elementos Etimológicos*, Boletín de la Real Academia Española, XVII, p. 734. Cf. lo que dice a tenor de su proyectado Diccionario Griego: «Aún no tenía yo barbas cuando tenté hacer cosa semejante. El año de 714 compré la *Universa Grammatica Graeca* de Clenardo con Antesignano, Alexandro Scoto, etc., impresa en León, en 1953, que, a la verdad es un tesoro. Ya poseía el Calepino de Passeratius, pero echaba de menos un *Diccionarillo Griego*. ¿Pues que hice? Dividí en diferentes clases las diferentes terminaciones de los verbos griegos. Tomé el Passeratius y repasándole todo iba entresacando los verbos griegos. Los iba colocando en papeles aparte según las clases correspondientes, comenzando por los verbos griegos con su latín. Para aquel pueril trabajo, ni tuve quien me lo sugiriese ni quien me lo mandase. Y ahora reflexiono en lo que entonces ejecutaría gustoso si hubiese director competente y que contemplase mi curiosidad». (BRAE, XVII, p. 733).

## II

### Sus ideas lingüísticas \*

#### Sarmiento lingüista bifronte

**P**LENAMENTE aferrado a su siglo vemos a Sarmiento, henchido de todas las preocupaciones que el lenguaje despertaba en los hombres de su tiempo. Pero Fray Martín es algo más: si con una cara mira al pasado, que le alcanza, con otra busca el futuro que le supera. Ha recibido las ideas de su siglo, las ha hecho suyas, las ha acariciado en su mente y las encuentra muertas: no fructifican, no pueden fructificar, le aprisionan; si quiere huir de la cárcel del lenguaje hay que buscar otras salidas.

Sarmiento es un lingüista bifronte. Su faz dieciochesca no es muy atractiva. Rinde culto a todas las preocupaciones de su época. Al problema del origen del lenguaje, a la preocupación del progreso de las lenguas,

---

\* CF. para las ideas lingüísticas de la época el admirable libro de F. LAZARO CARRETER: *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*. Madrid. 1949.

a la lengua universal, a la unidad de todas las lenguas de la faz de la tierra. La ambición de la lógica aristotélica que quería encerrar al lenguaje en los estrechos marcos del pensamiento es desbordada por la vida que es, al fin y al cabo, lo que la lengua refleja. Las ideas preconcebidas, el forcejeo para aprisionar los hechos lingüísticos dejan siempre insatisfechos los ambiciosos proyectos de los hombres del XVIII.

Había que recorrer muchas etapas para que la lingüística llegase a nacer. Y Sarmiento las ha recorrido. El marco de las lenguas romances, la curiosidad por la lengua que ha mamado, por el gallego, la afición a la lectura de los primeros monumentos literarios, a la explicación de las antiguas voces castellanas, a la unión de los dos pilares del mundo románico, el latín por un lado y el gallego y castellano por otro, le lleva insensiblemente a tejer una serie de relaciones entre ambos estadios lingüísticos, que le ponen en el mejor de los caminos. Enfilado plenamente hacia el siglo XIX proyecta una lección de sabiduría todavía hoy admirable y digna de recuerdo.

Como Raynouard y como Diez antes de ser lingüista fué filólogo. Los viejos textos hispánicos le adentraron y espolearon hacia los nuevos horizontes.

Quien lea sus comentarios filológicos sobre el *Mío Cid* se quedará pasmado, más de un sesenta por ciento de sus interpretaciones son todavía válidas. Sus comentarios sobre el *Fuero Juzgo*, sobre *Berceo*, sobre el *Fuero de Madrid*, sobre la *Biblia de Ferrara*, sobre *Alfonso el Sabio* nos dejan admirados. ¡Qué observaciones más atinadas, qué justeza de interpretación, qué exactitud etimológica en la mayoría de los casos! ¡Qué crítica textual! La lingüística ya está al servicio de la literatura. Oid sus propias palabras hablando de la *Biblia Ferra-*

rense: «Para conjeturar pues el tiempo en que se hizo dicha versión castellana, sería preciso poner aquí varias reflexiones sobre el texto, estilo, sintaxis y antigüedad de las voces». <sup>8</sup> Y el autor lleva, con absoluta rigurosidad científica, su crítica minuciosa en torno al origen y antigüedad del texto.

No me cabe la menor duda de que la Academia Española ha recogido esta sugerencia de Sarmiento en torno al Fuero Juzgo: «Sería muy útil —dice— que, teniendo presentes los seis Códices dichos, y otros que no puede menos de haber, o Latinos, o Castellanos, en varias Bibliothecas, ya de España, ya de otras naciones, como consta de la *Bibliotheca Bibliothecarum* del P. Montfaucon, se hiciese una magnífica edición del Fuero Juzgo Latino-Castellana». <sup>9</sup> Y ahí tenemos la edición de 1815 llevada a cabo por la Academia siguiendo el deseo de nuestro benedictino, en latín y castellano, confrontados ambos textos.

Mas no es solo la Filología la que le encamina hacia la lingüística, no son los antiguos textos los únicos que le ponen en la senda de la verdad; hay otro hecho que le impele hacia esos derroteros: la Historia Natural, por muy extraño que esto parezca.

Sarmiento establece un postulado: «Es indispensable el estudio de la Historia Natural para saber con fundamento cualquiera facultad». <sup>10</sup> De aquí llega a pensar que «la primera nomenclatura que ha habido en el mundo sólo se intentó para las cosas de la Historia Natural. Y creo firmemente que lo mismo sucedió en las

<sup>8</sup> *Memorias para la Historia de la Poesía y Poetas Españoles*, Colección Hórrero, Buenos Aires 1942, p. 103 (n.º 327).

<sup>9</sup> *Memorias*, p. 96 (n.º 302).

<sup>10</sup> *Onomástico*, p. 53.

demás lenguas del mundo que se han formado.»<sup>11</sup> En otra ocasión insiste: «He dicho, y repito, que las voces de la Historia Natural son las primitivas y principales de una lengua.»<sup>12</sup>

## Palabras y cosas

«Wörter und Sachen». Casi dos siglos antes de que R. Meringer estableciese la estrecha relación entre palabra y cosa ya encontramos en Sarmiento el principio lingüístico por él formulado. «*Todo saber —dice Fr. Martín— se funda en la verdadera y propia significación de las voces, y en el fundamental conocimiento de las cosas.* Sin penetrar el origen de las voces, y sin saber una como historia de todos los pasos que ha tenido, de sus alteraciones en las letras y en los significados hasta el tiempo presente, jamás se hablará como racional, sino como un papagayo o cotorra. Y lo que es más, jamás se entenderá bien un libro que se haya escrito en otros siglos distintos al presente. Son muchas las voces vulgares cuya presente significación es totalmente metafísica, y muy distante y distinta de su primitiva significación. Y sin saber ésta jamás se penetrará la propiedad de la metáfora».<sup>13</sup> Siguen luego unos ejemplos para ilustrar sus ideas. En otra ocasión vuelve a insistir sobre este principio: «No toda la atención se ha de poner en las voces. Las más principal se debe aplicar a las cosas. *No separadamente voces sin cosas, o cosas sin vo-*

<sup>11</sup> *Onomástico*, p. 15.

<sup>12</sup> *Onomástico*, p. 16.

<sup>13</sup> *Onomástico*, pp. 17-18.

ces; sino que se deben unir y hermanar el conocimiento de las voces y cosas, simul». <sup>14</sup> Este principio lo aplica al aprendizaje de las lenguas preconizando así el *método directo* de la enseñanza de los idiomas.

Sarmiento llega un poco tarde al conocimiento de la importancia de la Historia Natural para el estudio del lenguaje. Protesta del olvido y descuido en que ésta se halla en España y se queja amargamente: «No escribo como quien enseña, sino como quien se queja de que no le hubiesen enseñado como quisiera que hoy le enseñasen, si ya estuviese en disposición para ello. Arrepentido de lo que no sé, o no puedo saber, escribo para que otros no lleguen al tiempo de arrepentirse ya en vano, pudiendo prevenirse a los principios. Los que como yo vivimos retirados o por Instituto o por genio, no podemos ver y palpar la infinitésima parte de las cosas que Dios ha criado; sólo nos queda el recurso a tal o cual libro, y a las voces al aire. *Y como las voces, no se penetran bien sin las cosas, ni las cosas sin las voces, nos alimentamos de voces o cosas ininteligibles,* porque las más las ha criado de nada nuestra fantasía. Quiero decir, que no sabemos salir de entes de razón, y más, habiendo sido ese estudio, nuestra leche primitiva en los estudios». <sup>15</sup>

En 1744 nos dice «tenía la cabeza llena y atestada de nombres, pero sin poseer las ideas de las cosas». Al año siguiente va a Galicia y su principal objetivo era «recoger las voces pertenecientes a la Historia Natural, en toda su extensión, de árboles, arbustos, yerbas, pe-

<sup>14</sup> *Onomástico*, pp. 52-53. Cf. además: «Y la historia de la cosa y sus propiedades. Esto es lo más útil en las etimologías. Y ya se vé que con estos dos antecedentes, podrá correr la pluma en cualquier escrito», *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 736.

<sup>15</sup> *Onomástico*, p. 55.



ces, conchas, mariscos, insectos, animales, aves y algunas de minerales. Añadiendo a lo dicho las voces geográficas de lugares, montes, ríos, puentes, etc.»<sup>16</sup>

Sarmiento regresa cargado de inmensa cantidad de materiales de toda especie.

## Clasificación del léxico.

Sus observaciones se aplican a la clasificación del caudal léxico de una lengua llegando a conclusiones muy atinadas: «También he notado que en cuanto a la abundancia de voces de una lengua hay una enorme equivocación. Créese que una lengua que tiene 50.000 voces, v. g., es más abundante que otra que tiene 30.000. Yo no soy de ese dictamen, mientras el número de voces de una y otra lengua no se divida en tres partes: 1.<sup>a</sup> de las voces de cosas visibles naturales, 2.<sup>a</sup> de las voces visibles de cosas artificiales, 3.<sup>a</sup> de las voces de quiscosas invisibles o que formó o fingió la fantasía humana, y a las cuales cada uno le aplica el concepto que imagina.

Las lenguas que pasan por *cultas* abundan mucho de las voces de la clase 3.<sup>a</sup>, y cuando más de las de la 2.<sup>a</sup>, pero suelen estar escasas de las de la 1.<sup>a</sup>. Al contrario las *lenguas bárbaras* abundan de voces de la 1.<sup>a</sup> clase, son escasas de las de la 2.<sup>a</sup> y son muy diminutas de voces de las de la 3.<sup>a</sup>».<sup>17</sup>

Hay observaciones atinentes al léxico que son incontrovertibles. Véase ésta sobre los *nombres de peces*:

<sup>16</sup> *Onomástico*, p. 55.

<sup>17</sup> *Onomástico*, pp. 15-16.

«He notado —dice— que la mayor parte de los nombres de los peces se han puesto por alusión a los animales terrestres. El becerro, caballo, león, carnero, puerco, araña, langosta, sapo, liebre, perro, etc., no tienen más nombre que el de los vivientes terrestres, con el distinto *marino*. Y en verdad que no he oído *congrío terrestre, merluza terrestre, sardina terrestre*, etc. En esto se conoce que primero se han puesto nombres a los animales que a los peces». <sup>18</sup>

Sarmiento es un lexicógrafo de primer orden. En su mente se estructuran las palabras con una claridad meridiana. Sabe lo que quiere y sabe como hacerlo. Sólo el tiempo le falla y se reconoce solo para la empresa.

## Hacia el Diccionario Etimológico Románico

Mucho antes que F. Diez, que Körting, que Meyer-Lübke hubiesen plasmado en realidad los Diccionarios Etimológicos Románicos, ya la idea se había enseñoreado del pensamiento de nuestro sabio. Es una idea obsesiva de la que no logra liberarse, de la que espera mucho y con la que convida a los curiosos. Más de un siglo hubo de pasar para que la idea cuajase en realidad.

Pero oigamos las palabras de Sarmiento. «Mil veces ha deseado que entre la infinidad de libros que cada día salen a luz en Europa, saliese uno que fuese Diccionario Armónico de las Voces vulgares con con las Latinas. Esto es, que debajo de las raíces latinas se coloca-

<sup>18</sup> *Onomástico*, p. 16. Este mismo concepto se repite en otras obras, p. ej. en *Elementos Etimológicos*, BRAE XVI, p. 249.

sen las voces de los dichos dialectos. No todas, sino aquellas que efectivamente son derivadas de la raíz como de madre». <sup>19</sup> Prosigue Sarmiento con una explicación de cómo se ha de hacer tal *Diccionario Armónico* y añade de seguido: «Dirá alguno que si este Diccionario Armónico ha de ser tan universal como se propone, y con tanta exactitud, es casi imposible, y que ningún erudito le podrá formar. Niego lo primero y asiento a lo segundo, estando las cosas como aún están hoy. Pero si cada nación hace aparte su respectivo diccionario de su dialecto en la conformidad dicha, sin tocar los otros con-dialectos, formados ya esos cinco o seis diccionarios particulares, habrá trescientos eruditos que podrán formar el Diccionario». <sup>20</sup> ¡Qué fé mas admirable, que confianza en los destinos de la ciencia que manejaba, que seguridad en el camino que recorría!. El mismo se puso manos a la obra para la parte hispánica y sobre todo para la galaica, pero llegó tarde a la ciencia para poder cumplir exactamente su cometido. Mucho nos ha dejado que no hemos sabido apreciar en su justo valor.

La trayectoria marcada por Sarmiento y entrevista proféticamente se ha logrado un siglo más tarde por obra de Diez. Pero pensemos antes en los desvios de Raynouard, al que tanto se celebra como pionero de la Filología Románica. ¡Que certera visión la de Sarmiento! No dudó ni un instante en el camino. Sus pronósticos se han realizado, y la ciencia que entrevé es hoy una realidad.

---

<sup>19</sup> *Onomástico*, p. 30.

<sup>20</sup> *Onomástico*, p. 31.

cia más clarividente! ¡Que bien conoce sus necesidades! ¡Con que gozo, en el descanso eterno, estará contemplando como sus deseos van haciéndose, poco a poco, realidad!

Pero dejémosle proseguir en su fecundo magisterio, oigamos como continúa su lección: «Lo que aquí he propuesto para un Diccionario Latino, que aún no hay, y se desea como necesario, se debe aplicar a los Diccionarios de los idiomas vulgares. En éstos no se han de colocar las voces a bulto y al aire, y, como dicen, *sine die et sine consule*. Cada voz vulgar debía tener en el Diccionario su Historia, con las cercanías de su raiz, de sus sucesivas significaciones, de sus derivados, de su antigüedad, y de sus metáforas, y con textos concisos de los autores que primero usaron de dicha voz en su significación primitiva, en la segunda, tercera, etc., y en la metafórica. Y finalizando si es o no es del uso actual, y en qué sentido». <sup>22</sup>

El proyecto de los Diccionarios Históricos de las lenguas vulgares está aquí bien diseñado. Marcado con trazo firme y decidido. Pero todavía ninguna lengua románica puede vanagloriarse de haber cumplido el proyecto de Sarmiento. Nuestro Diccionario Histórico está en cantera, y sin duda no se hará esperar mucho. ¡Ojalá se ajuste y satisfaga las exigentes condiciones propuestas por Fray Martín!

Es difícil encontrar, entre todas las gentes del siglo XVIII un individuo de más exactas concepciones, todo lo tiene previsto y todo lo sabe llevar a cabo, lo sabría llevar si su edad se lo permitiese.

---

<sup>22</sup> *Onomástico*, p. 33.

No es solo el léxico muerto.—el de la literatura y el del documento.—el que ha de ser recogido. También el de la lengua hablada, el de la diaria expresión, ha de serlo. El nos dirá como.

## Las encuestas lingüísticas

Oigamos como el joven ideal, el Alethophilo, se ha de comportar para la recogida del léxico galaico. Poco nuevo han añadido o pueden añadir los casi dos siglos que nos separan de él. «Tendrá cuadernos aparte —nos dice—, en que vaya colocando verbos, nombres, frases y adagios, como lo fuese oyendo; y siempre preguntando para oír más a viejos, viejas, niños, rústicos; y poco o nada a los que, sin saber el gallego, se precian de castellanizantes. No ha de pasar año en el que no haga alguna jornada por Galicia, mayor o menor; de calidad que, a los cuarenta años, pueda afirmar que no hay rincón en Galicia en que no haya estado, y en donde no hubiese hecho alguna observación. En cuadernos aparte colocará todas sus jornadas, o grandes o pequeñas, con el día, mes y año en que las comenzó y acabó». <sup>23</sup> Aquí habla la experiencia, es el propio Sarmiento el que ha seguido este método para sus estudios sobre la lengua gallega.

Advirtamos además que sus encuestas se extienden a la toponimia, a la cual, como veremos, Sarmiento dedica una especial atención. «En ellos apuntará —prosigue— todos los lugares, aldeas, villas, ciudades, etc., por donde pasare, y con las distancias entre sí y aún

---

<sup>23</sup> *Onomástico*, p. 192.

con alguna nota de los rumbos. Entre esos lugares debe colocar los ríos, puentes, barras, calzadas, lagos, montes, valles, etc., que tropezare en la jornada». <sup>24</sup>

Nada debe escaparse al joven Alethophilo en sus pesquisas y luego de recogidos los materiales comienza el trabajo etimológico. La labor es ímproba y ha de convidarse a participar a todo erudito. Oigamos como se ha de confeccionar el Diccionario Histórico de las lenguas vulgares: «Pero yo no pretendo —agrega— que sea obra de uno solo, sino de muchos. Distribúyanse entre esos las voces vulgares príncipes, y en especial las voces de la Historia Natural en toda su extensión. Dígasele que de cada uno formen una ligera historia. Convidense por un plano impreso los eruditos esparcidos por la nación, a que si se hallan con materiales para formar la historia de éstas o de las otras voces a su arbitrio, la formen, la pasen a un papel, y lo comuniquen. Y juntos unos y otros materiales se podrá fundamentar el fundamental Diccionario que propongo». <sup>25</sup>

## Método etimológico

El método, el camino seguido en las investigaciones etimológicas es formulado claramente. Con una seguridad aplastante, con una firmeza asombrosa le vemos avanzar por el terreno de la investigación etimológica. No vamos a poner ejemplos, podríamos aducir muchísimos, conseguidos con un resultado feliz y admirable. Vamos a hablar con sus mismas palabras: «Siempre que

---

<sup>24</sup> *Onomástico*, p. 192.

<sup>25</sup> *Onomástico*, p. 34.

se me propone averiguar el origen de alguna voz o castellana o gallega, lo primero que hago es averiguar el actual y propio significado vulgar. Si la voz es pura gallega o antigua castellana, entro en la suposición que, por lo común, las más de esas voces tienen su origen en el latín, o en el puro, o en el de la Edad Media, o a primera vista o con algún rebozo que haya ocasionado la singular inflexión y analogía del patrio dialecto.

Después advierto a qué clase de cosas pertenece el significado de la voz que se propone. Repaso mentalmente todas las voces latinas que sé, y son significativas de las cosas de aquella clase. Si entre ellas tropiezo con una que casi tenga las mismas letras y la misma coordinación que la voz propuesta, y que tiene el mismo significado, ya está hallado el origen, y nada más se necesita.

La dificultad está en que las más de las voces han mudado de significación, y se han desfigurado en sus letras. La solución de esta dificultad, mejor se entenderá con ejemplos, y se aclarará mejor la dificultad. Proponese v. g., la voz gallega «año» que significa el «corderito». Busco su origen en las voces latinas significativas de animales, y tropiezo con la voz «agnus», que significa lo mismo. Pero si se propone la voz «cordero», no debo decir que se originó de la voz *agnus*, aunque «año» y «cordeiro» significan lo mismo. Las dos concuerdan en el significado, pero no en las letras.

Así, para señalar el verdadero origen de la voz «cordeiro» es preciso hallar una voz latina que concuerde en las letras y en el significado. De hecho hay esa voz, y es de purísima latinidad. *Cordus*, —a, —um, es un adjetivo que significa una cosa tardía. Esta voz se aplica a muchas cosas, v. g., *foenum cordum*, el «heno» que se siega muy tarde. La misma voz «*cordus*», la

aplicaron los antiquísimos latinos a las crías de las ovejas que nacían muy tarde, y por eso se llamaba a esa cría *agnus cordus*. Aquí se palpa que la voz *cordero* viene del latín puro *cordus*, y se palpa de camino, que se llaman con impropiedad *corderos* las crías de las ovejas que nacen a su tiempo regular». <sup>26</sup>

Como puede observarse el principio etimológico de Sarmiento estriba en la concordancia de letras y significado entre palabra latina y palabra romance. En sustancia a esto mismo se reduce la esencia de los actuales postulados etimológicos. El procedimiento era bueno, como buenas son un gran porcentaje de etimologías por él descubiertas.

## Hacia el Vocabulario por Materias

Sarmiento tiene fé en sus etimologías. Una sombra de pena, el íntimo dolor que se siente ante el maestro que yerra, sentimos nosotros cuando se extravía por las sendas, todavía muy enmarañadas, de la historia del léxico románico. Mas con todo eso la luz se hace en su camino y deja ante nosotros abierta la senda luminosa de la verdad. Discurriendo sobre la etimología del «*garañón*» reconoce el descendiente hispano del «*warano*» germánico y comenta: «Véase aquí el origen verdadero del castellano «*garañón*», esto es, de «*warano*, *waranionis*», y del italiano «*guaragno*». El origen que Covarrubias pone de la voz «*garañón*» en la raíz hebrea «*charaen*», que significa mezcla, viene de largas tierras, sin *conexión analógica en las letras, y sin*

<sup>26</sup> *Onomástico*, pp. 16-17.



*identidad en el significado, que son los dos polos a que se debe atender antes de abrazar una etimología como cierta».* <sup>27</sup>

En la mente de Fray Martin se estructuran armónica las palabras románicas, las castellanas y las gallegas, las francesas y provenzales, las italianas. Las voces dialectales son tan buenas o mejores que las nacionales y muchas veces conservan sentidos más puros y cercanos a los de la original latina.

Sarmiento sabe lo que es un Diccionario, conoce la manía de su siglo de reducir la ciencia a Diccionarios y la critica. No hará él eso con el léxico gallego que piensa construir. «No pienso hacer —dice— vocabulario de las voces por el alfabeto, sino por onomástica y nomenclator, esto es, por clases de las cosas. Este método es el mejor y más instructivo para comprender una lengua y la natural etimología de sus voces». <sup>28</sup> Prosigue más adelante: «Así, el más instructivo método de vocabularios es colocar juntas las cosas de una misma clase y explicarlas allí, y a lo último formar un alfabeto de todas las voces con remisión al sitio en donde se explican. Los vocabularios que únicamente ponen las voces por el alfabeto, no son para instrucción, sino para refrescar la memoria de lo que ya se ha estudiado. Las voces por alfabeto son escobas desatadas, ocasionan mil confusiones, y jamás se entienden bien, porque no se entienden junto a su raíz y en su matriz.» <sup>29</sup> «Hoy es moda desenfrenada en las naciones —critica nuestro sabio— reducirlo todo a diccionarios, y a eso se va siguiendo la decadencia de la fundamental literatura, y

---

<sup>27</sup> *Onomástico*, pp. 19-20.

<sup>28</sup> *Onomástico*, p. 28.

<sup>29</sup> *Onomástico*, p. 29.

perspectiva del mundo románico. No, Sarmiento, con admirable equilibrio, ve el fluir del verbo romano, armónicamente, en cada una de las lenguas romances. Para él todas las lenguas son iguales ante su ciencia, todas hijas legítimas de la lengua de Roma.

## Por los caminos del latín vulgar

Recordemos un momento las tortuosas sendas que en los primeros días del romanismo recorría el latín vulgar hasta que fué definitivamente encauzado por obra de Schuchardt. Sarmiento tiene una idea exacta de la perspectiva histórica de las lenguas. Si sus obras hubiesen sido publicadas, muchos errores se hubiesen evitado. «*Las lenguas que se forman de corrupción de otras, no se advierten como distintas hasta después de muchos años, no se debe preguntar cuando comenzó a hablarse.* Esto sucede también con el vulgar italiano, con el francés, y con los demás dialectos de la latina. Pero el principio de la corrupción de todos, será mas cierto colocándole *al acabar el siglo tercero.* Aun supuesto esto, no pudo existir el idioma vulgar castellano hasta muchos años después, de modo que se hiciese idioma casi distinto del *latín vulgar*, aunque muy barbarizado. Creo que si la época se coloca en el siglo octavo, es a cuanto más se puede extender, y el escribirlo en el siglo duodécimo. De este modo se componen muchas dificultades.

Es de advertir, que cuando una voz castellana significa lo mismo en España, Francia e Italia, generalmente se debe creer que tiene origen latino. De esta justa reflexión se colige que, cuanto los tres idiomas vulgares,

Italiano, Francés y Español se señalaren más antiguos, tanto más serán semejantes al latín, y más semejantes entre sí mismos». <sup>32</sup>

Nada podemos añadir, nada hay que rectificar de estos postulados salidos de la pluma del primero de los romanistas. Exacta intuición de una mente clara que sabe el terreno que pisa. Sarmiento no trabaja sobre hipótesis, no construye arquitecturas ideales y fantásticas que por casualidad resultan ciertas y estables. No, trabaja sobre hechos, y demuestra sus asertos. Se sirve de los *Serments de Strasbourg* y comenta:

«Este lenguaje se parece más al castellano antiguo, que el francés moderno, al castellano moderno; y se parece más al latín, que los dos idiomas modernos y vulgares: luego en el siglo nono, aunque el latín barbarizado hiciese ya, como idiomas distintos, el romance francés y el romance español, se prueba en su mayor antigüedad, que no eran lenguas antiguas, sino corrupciones de la romana.

Si se me pregunta, qué lengua hablaban los castellanos en tiempo de Carlos Magno, no sabré responder con instrumentos; y sólo diré que hablaban una muy semejante a la de este contexto de Nithardo. Lo mismo diré de los italianos, pues no sé que conserven monumento escrito tan antiguo, y en vulgar, como éste. Los gallegos no necesitarán de versión para entender esta Concordia, pues conservan un idioma vulgar, que es muy semejante; y es el que, entre todos los de España, se parece más al latino y castellano antiguo». <sup>33</sup>

La situación lingüística del alto medievo está claramente concebida: entonces había latín y romance en

<sup>32</sup> *Memorias*, p. 81 (n.º 244-246).

<sup>33</sup> *Memorias*, p. 82 (n.º 250-251).

España, «pero la expresión *circa romancium*, me confirma en un pensamiento que se me ha ofrecido, de que entonces había romance y dos géneros de latín. Los literatos usaban o afectaban un latín figurado, y muy distante del idioma vulgar. Los notarios, algunos eclesiásticos, y los semidoctos, no sabían más latín, que un latín romanceado, o un romance latinizado; y además de esto todos hablaban naturalmente el vulgar Romance». <sup>34</sup> Poco después prosigue, no perdiendo nunca de vista la realidad cotidiana, con un paralelo de la situación de su tiempo: «Hoy sucede lo mismo. Hay el *vulgar castellano*, hay el *latín de escuela*, y hay otro *latín*, medio entre los dos idiomas, que llamamos *de sacristanes* o *latín de boticarios*... Y siendo tan fácil de saber y escribir este latín macarrónico, creo que esta misma facilidad ocasionó que no se pensase en escribir entonces en el idioma vulgar». <sup>35</sup> Ingeniosa explicación ésta de Sarmiento, para dar cuenta del retraso con que aparecen los textos en lengua vulgar. Hay en ella mucho de verdad.

Podría pensarse que estos atisbos son casuales, que son ideas nacidas al correr de la pluma, pero, no, no es así, son bien meditadas, serenamente concebidas y que incluso se repiten con frecuencia en muchos de sus inéditos. Oigámosle otra vez: «Cotéjense entre sí el idioma de Nithardo, el de Ville-Harduin y el de Mr. Duncange, como principio, medio y extremo de una misma lengua francesa; y se observará que ésta se distingue más de la castellana, cuanto más se fué alexando de su principio; y que los dos son más semejantes, cuanto más tienen de antigüedad». <sup>36</sup>

<sup>34</sup> *Memorias*, pp. 82-83 (n.º 253).

<sup>35</sup> *Memorias*, p. 83 (n.º 254).

<sup>36</sup> *Memorias*, p. 83 (n.º 256).

Sigamos un poco más adelante y Sarmiento nos formula un nuevo postulado, con una lógica admirable.

## Las lenguas romances como fuente de reconstrucción del latín vulgar

Tras madura reflexión, conseguida a base de largos años Sarmiento concluye estableciendo el principio que formulamos en este apartado: «Hace algunos años que entré en la aprehensión de que, *penetrando bien la lengua castellana, se pudieran restaurar muchas voces puras latinas, que se han perdido*. Para esto sería del caso observar las voces más antiguas que se conservan no solamente en los monumentos antiguos escritos, sino también en lo más remotos rincones y aldeas de España entre los rústicos.»<sup>37</sup> La idea le tentaba desde hacia tiempo, y le obsesiona, lo asalta a cada paso y la comprobamos en otros escritos suyos, expresada casi con las mismas palabras: «Hace ya algunos años que me vino a la fantasía *el pensamiento de restaurar algunas voces ya perdidas en la latinidad de los libros, reflexionando en algunas voces que se conservan en los vulgares dialectos de la lengua latina.*»<sup>38</sup> Sarmiento piensa que este mismo principio podrá ser aplicado al castellano, y se podrán castellanizar voces latinas que no hayan dejado derivado en las romances: «Toda voz latina que acaba en *—tudo* como: *certitudo, mansuetudo,*

<sup>37</sup> *Memorias*, p. 107 (n.º 342).

<sup>38</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 131.

etc. ha pasado al puro castellano: a una voz castellana que debe acabar en *—dumbre*, como: *certidumbre*, *mansedumbre*, *costumbre*, etc. Por lo mismo toda voz castellana que acaba en *—dumbre*, vino de una voz latina que acaba en *—tudo*. Con sólo esta cierta y fácil regla, ya cualquiera podrá satisfacerse por sí mismo de las dos dichas paradojas. Tómese una columna de voces latinas que acaben en *—tudo* y otra columna de voces castellanas que acaben en *—dumbre*. Vamos a la crítica y análisis de las columnas, v. g.

Si la voz castellana en *—dumbre* no tiene voz latina correspondiente en *—tudo*, es señal que la tuvo, y se ha perdido, y se debe restituir a la latina. Creo que la voz *pesadumbre* vino del latín perdido *pensitudo*. Al contrario, la voz *solitudo*, debe tener el castellano *solidumbre*. Si esta voz no se usa en el castellano de los libros, se habrá usado y se habrá perdido, y así se debe restituir la voz *solidumbre* al puro castellano. Esta primorosa regla, que he discurrido, se podrá aplicar a otras dos terminaciones en latín y en castellano, y haciendo lo mismo en la lengua gallega.»<sup>39</sup>

El razonar de Sarmiento es un tanto exagerado, no puede sostenerse íntegramente, pero en el caso concreto de la restitución castellana *soledumbre* la historia y la filología satisfacen plenamente el pensamiento del benedictino. La hipótesis se ha hecho realidad, la *soledumbre* restituida por Sarmiento, es hoy palabra documentada.

Aquí está también palpitante el principio de la *analogía*, un poco confusamente expresado, es verdad, pero bien concebido.

---

<sup>39</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 134.

## Latín arcaico y latín vulgar

Quando pensamos las confusiones que en los orígenes de la Filología Románica, reinaban en torno al latín arcaico y latín vulgar, y que ha habido eminentes lingüistas que han llegado a pensar que las lenguas romances continuaban y estaban más cercanas al latín arcaico que al clásico, nos causa admiración el criterio de Fr. Martín Sarmiento en torno al particular: «Es evidente que el latín que es raíz del vulgar gallego no es el latín anterior a Julio César, sino el que se fué siguiendo». <sup>40</sup> Estas palabras deslizadas a continuación de una serie de observaciones sobre el latín arcaico, tiene un valor plenamente significativo. Un poco antes advierte: «Parece que es más propia la época de Julio César hasta Trajano, para fijar los romanos en España, o como militares o como colonos, y que *en la siguiente época hasta Teodosio, ya el latín que se hablaba en España estaba muy alterado* y se iba barbarizando, y que en la época siguiente del dominio de suevos y godos se introdujeron no pocas voces de esas naciones, aunque acomodadas al latín y al labio de los provinciales». <sup>41</sup> Sarmiento adivina y admite la diferenciación del latín provincial en cada una de las zonas lingüísticas de la Romanía. Su visión es certera pero sobre todo nos admira su concepto de romanidad.

## Veinticinco siglos de latinidad

Fr. Martín concibe las lenguas románicas como variedades dialectales del latín. Ya hemos visto antes como

<sup>40</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 133.

<sup>41</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, pp. 132-133.

advertía el carácter inconsciente de su transformación. Oigámosle ahora discurrir sobre la lengua de Roma. La siente brotar de su boca, la halla viva en la lengua que ha mamado, la palpa en su romance castellano o en la fragancia campesina de una voz rústica. El maestro acaba de hablarnos de la reconstrucción de las palabras latinas perdidas, cuyos ecos resuenan en las lenguas romances. Habla luego de los 2.500 años de latinidad. «Cada uno podrá dividir esos 25 siglos de tiempo a su modo y en el número de épocas que gustare. Yo para darme a entender, dividiré ese tiempo en ocho períodos, v. g.: Desde Rómulo y los Reyes, hasta los cónsules y las XII tablas es el primer período; hasta Julio César el 2.º; hasta Trajano el 3.º; hasta Teodosio y la irrupción de los bárbaros godos el 4.º; hasta la pérdida de España el 5.º; hasta la unión de Castilla, Galicia y León en don Fernando el Magno es el 6.º; hasta San Fernando y su hijo don Alfonso el Sabio, que mandó se escribiese todo en vulgar, es el 7.º período; hasta los Reyes Católicos es el 8.º; y el tiempo que va corriendo desde entonces es el período corriente».<sup>42</sup>

No puede pedirse más admirable concepción de la latinidad. Sarmiento la vé prolongarse insensiblemente en el mundo romance, pensemos que ésta visión es del siglo XVIII, ahora no nos deslumbra, pero alejémosla dos siglos de nosotros y busquemos algo parecido entre sus coetáneos. Aun hay más, abramos una Historia de la Lengua Española, cualquiera, lo mismo da una que otra, la de Rafael Lapesa, por ejemplo, mo-

---

<sup>42</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 131. Nuestro texto ahora difiere por la puntuación del allí publicado, el cual no guarda el sentido que Sarmiento quería darle.



delo de equilibrada meditación, fijémosnos en ella; con sorpresa verificamos que las divisiones de Sarmiento son muy aproximadas a las que la moderna ciencia establece, la cual trabaja con un siglo de tradición. Sin embargo ¿con que tradición operaba Fr. Martín? Prácticamente con ninguna. Todo nacía de su propia experiencia, de su observación, de su estudio, de la larga consulta de nuestros viejos textos.

¡Como adivina la fermentación del mundo visigótico! ¡Que bien observa los hitos lingüísticos que forman San Fernando y Alfonso el Sabio, los Reyes Católicos! ¡Que inteligencia prodigiosa ésta que con unos girones de lengua sabe reconstruirla y armonizarla históricamente! ¡Que sarcasmo para los hombres de un siglo que como Azara pensaban: «Todo lo que habrá dejado el P. Sarmiento valdrá hartó poco, porque el tal fraile, con su inmensa lectura, no tenía una pizca de juicio». <sup>43</sup>

¡Ni una pizca de juicio! mejor hubiera sido, ni un átomo de necedad; todo era sabiduría, tanta, que sabía perfectamente que su siglo no le apreciaría, le encontraría sin juicio. Vivía con un siglo de adelanto, Diez, Grimm, Bopp, Ascoli, le hubiesen comprendido. Hoy ya le comprendemos y admiramos. De vez en cuando pisa el terreno de su siglo, de vez en cuando cae en los ídolos de su época, pero sólo de vez en cuando. Casi siempre le sorprendemos luminoso y magistral empujando hacia el futuro una ciencia que, aunque tarde revelada, le resultó apasionante.

---

<sup>43</sup> Citamos por F. Lázaro Carreter: *Los Orígenes de las Lenguas Gallega y Portuguesa, según Feijóo y sus polemistas*, RFE, XXXI, p. 153-154.

## Hacia la ley Fonética

Ya hemos visto como Sarmiento preveía la transformación del latín en lenguas románicas, mediante un «*sistema de inflexiones*»; en otra ocasión, al hablar del modo cómo se ha de enseñar el latín a los gallegos, dice: «De ese modo, así el maestro discurrendo para la enseñanza, como el discípulo advirtiéndolo y atendiendo a lo que le enseñan, se irán haciendo cargo a un mismo tiempo de la nobleza, antigüedad, pureza y armonía de la lengua gallega vulgar que hablan. Palparán que a un mismo tiempo, estudiando dos lenguas, no estudian sino una con dos terminaciones. *Enterado bien del constante modo y analogía con que las voces latinas, u otras, pasaron a ser vulgares en todos los dialectos de la lengua latina, que es madre y matriz de todos ellos.*

Entrará después el gallego así instruído, a entender el castellano, italiano, lemosino, francés y portugués, *no como quiera, al aire y por el oído, sino también con comprensivo conocimiento del fondo, origen, inflexiones y significaciones de las más de las voces de esos dialectos*». <sup>44</sup>

Hasta aquí Sarmiento intuye, adivina, prevé, Ahora comprueba, demuestra, busca el secreto de las inflexiones. Se pone manos a la obra. Sigámosle en su admirable discurrir. Se trata de coordinar las voces latinas con las romances, el primer proyecto de un *Diccionario Etimológico Románico* como ya hemos visto, éste, es el camino para la *Fonética Románica*, para comprobar ese constante modo de transformarse el latín en cada una de las lenguas románicas.

---

<sup>44</sup> *Onomástico*, p. 36.

«De cuatro modos se podrán coordinar las voces latinas: 1.º por el alfabeto, en lexicones, diccionarios y vocabularios. Éste modo es el más fácil, pronto y universal, pero es el menos instructivo. El 2.º es por clases de cosas, nomenclator, onomástico e índices. Éste modo instruye mucho porque ve las cosas todas juntas. El 3.º es el que usó Nicolás Peroto en su Cornucopia, pues, sin salir del comento del libro 1.º de Marcial, a cada palabra pone los derivados de ella.

*El 4.º modo de coordinar las voces y raíces latinas creo que es de mi invención, pues no he visto autor que lo haya usado para el fin a que yo le aplicaré. Hay libro de raíces griegas, hay libro de raíces hebreas, etc., pero no he visto libro de raíces etimológicas ni Diccionario que las contenga, para facilitar el sacar etimologías de muchas voces gallegas, castellanas, portuguesas, italianas y francesas. Y este diccionario será la clave fundamental para cerrar y tapar la boca a todos los anti-etimologistas.*

Tómese el Calepino de siete lenguas que aumentó Jacob Facciolati y bien común, pues le supongo el más completo de voces latinas. Se debe repasar desde la A hasta la Z leyendo todas las voces. En papel aparte se deben ir colocando todas las voces latinas que, o como suenan, o con una ligera inflexión, *pero guardando siempre una constante analogía etimológica*, se conservan o conservaron en el castellano puro, o en el puro gallego, y por incidencia que también se conservan en el dialecto francés o italiano, y en otros dialectos provinciales, y que por acaso se conservan en lenguas extrañas que no son dialectos de la latina.

De todas las voces latinas de Facciolati formo cuatro clases: 1.ª de las que ni en cuanto a la voz ni a significado se conservan en dialectos; 2.ª de las que no se

conservan en cuanto a la voz, pero sí en cuanto al significado; 3.<sup>a</sup> de las que se conservan en cuanto a la voz como suena y en cuanto al significado fijo; y 4.<sup>a</sup> de las voces que conservándose en cuanto al fijo significado, sólo se conservan en cuanto a lo material de la voz latina con alguna alteración de tales y tales letras, Ejemplo de la 3.<sup>a</sup> clase como: sol, luna, estrellas, agua, pan, vino, etc.

Pero las voces de la 4.<sup>a</sup> clase son el objeto de las etimologías; como latín, castellano, gallego, italiano, francés: merula, mirlo, merlo, merle; propago, provena, provin.»<sup>45</sup>

Por el año de 1758 Sarmiento está empeñado en estas tareas etimológicas que se coronan en su trabajo de los «*Elementos Etimológicos según el método de Euclides*». Su fé en la nueva ciencia está proclamada a cada paso: «Y siendo constante que el arte o ciencia de las etimologías, tiene mejores principios y más bien fundados en la naturaleza de la loquéla humana, y en los cuales no tiene parte el capricho de los hombres, debo extrañar que hasta ahora no hayan salido elementos etimológicos y con el preciso método de Euclides.»<sup>46</sup> Prosigue luego el sabio benedictino: «Dos cosas hay que considerar en las etimologías: 1.<sup>a</sup> las voces que significan *ad placitum*. Estas no son de mi asunto, pero las debo suponer como ciertas e indisputables. 2.<sup>a</sup> Son las alteraciones y transformaciones que padecen estas o las otras letras, cuando pasan de un labio a otro para pronunciarse. *A estas alteraciones llama el vulgo corrupciones, y es un error craso. No es corrupción el que*

<sup>45</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, pp. 731-732.

<sup>46</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 280.

*una nación no pueda pronunciar una letra y se le sustituya otra del mismo órgano inmediato».*<sup>47</sup>

Sarmiento ha calado muy hondo, empeñarse en saber por que al *perro* llamamos *perro*, y no *gato*, no es un problema lingüístico, no es objeto de ciencia, «no son de su asunto», de su incumbencia, no le interesa. El mundo ha perdido mucho tiempo y gastado mucha tinta en esa cuestión, realmente poco importante. Sin embargo en el estudio de esas alteraciones del lenguaje, constantes y basadas en principios determinados, nadie se ha ocupado. «*El reducir esas alteraciones constantes a un sistema de reglas fijas, es el asunto de estos elementos etimológicos*».<sup>48</sup>

He aquí la ley fonética claramente formulada, he aquí el objeto de la lingüística. Admirable aventura ésta de Sarmiento. ¡Con que afán le vemos perseguir estos principios, con que pena le sentimos extraviarse! Pero, ¡cuanto bueno y perfecto nos ha dejado!

Camina Sarmiento en busca de la *ley fonética*, su paso es firme y decidido, avanza inflexiblemente, casi llega a coronar la cima:

«Las etimologías también tienen sus principios, no evidentes *absolute*, sino *ex suppositione* o *hipoteticæ*. Es hipotético que la T del latín pase a D en el castellano, pero el que dijere que de *catena* viene la voz *cadena*, ya no es libre en la ilación y en el dircurso. Mas es hipotético que los gallegos pierdan la N que está entre vocales, luego, el gallego que dice que *cadea* viene de *catena*, no habrá mala ilación. Así una cosa es hablar de lo que se supone y otra de la ilación que ya es necesaria».<sup>49</sup>

<sup>47</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 280.

<sup>48</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 280.

<sup>49</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 284.

«A este tenor —prosigue un poco después Sarmiento—, sabiendo los tránsitos que las letras de las voces latinas han tenido al pasar del latín al castellano y al gallego o a otro de sus dialectos, las voces de éstos se han de reducir a las latinas, y en esto consiste el artificio de las etimologías. Este artificio es poca cosa. Es indispensable que la voz latina y la voz de su dialecto signifiquen una misma cosa. En la unión de estos dos principios estará el acierto de la etimología». <sup>50</sup>

«Las voces más difíciles para señalarles su etimología son, ya las de pocas sílabas, ya las que por muy vulgares, y de mucho uso, han padecido muchas alteraciones». <sup>51</sup>

Sarmiento tiene consciencia de la constancia de las alteraciones fonéticas y en ellas y en la semántica, residen los dos hilos conductores de sus principios etimológicos. «*El atender a las constantes alteraciones etimológicas*» dice en otra ocasión. <sup>52</sup>

Éstas revelaciones datan de la época en que Sarmiento descubre su profunda vocación de filólogo moderno: «por los años de 1730 descubrí en mí un genio dedicado a etimologías». <sup>53</sup>

El plan de sus elementos etimológicos es el siguiente: «Me he contentado con dividir los elementos etimológicos en cuatro libros: En el primero pongo las *alteraciones* de las consonantes latinas que se mudan en otras. En el segundo, las vocales que se mudan en otras. En el tercero, trato de las letras que se pierden al pasar del latín al vulgar. Y en el cuarto, de las letras que se añaden. Pude escribir el libro quinto de la *methathesis*

<sup>50</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 284.

<sup>51</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 285.

<sup>52</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 733.

<sup>53</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 734.

o transposición de letras. El sexto, de las etimologías cuya raíz es alguna voz de las lenguas, céltica, gótica, y de alguna del norte. El séptimo de las etimologías de la lengua arábiga o de otra oriental. Y el octavo, de las etimologías de las voces exóticas de las conquistas, que se deben estudiar en los viajeros». <sup>54</sup>

Sarmiento da cumplida cuenta de lo que promete, aun cuando de los ocho libros en proyecto no han sido realizados más que cuatro. Pero la ley fonética está bien aferrada en su mente. A estas leyes fonéticas llama *teoremas*: «Llamo teorema a una afirmativa comprobada con 10 o 12 ejemplares... Luego este teorema, así demostrado debe obligar al asenso y lo mismo digo de los demás teoremas que jugaren en una etimología. Luego, concurriendo la analogía de las letras y la identidad del significado, se hace evidencia matemática que la etimología es evidente. Estos mismos elementos y teoremas podrán servir, o para que aplicados a voces gallegas y castellanas se pueda rastrear la voz latina de donde han venido, o para que, aplicados a las voces latinas se discurren cuales voces latinas se conservan en las vulgares. Claro está que el acierto dependerá de la combinación, penetración y discurso del que ha de tomar ese ejercicio. Pero me responderan algunos que *non omnibus est adire Corinthum*. Confieso que aquello no es para todos, pero debe ser para todos, que una vez que lean una etimología bien comprobada recurran a estos elementos y teoremas y se convenzan por si mismos y que le den el debido crédito, y que es justa según las *leyes de etimologías*, sin hacer gracia: *ut cum factum fuerit, credatis.*» <sup>55</sup>

<sup>54</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE. XVII, p. 735.

<sup>55</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 735.

*Leyes de etimologías*, un poco más y la ley fonética habrá nacido. Pero Fray Martín está enfermo, de la enfermedad de su siglo, de una angustiosa fiebre de sabiduría, que le atosiga y lleva su atención a dispersarse en los más varios asuntos. Escribe y escribe de todo, aprisa, muy aprisa, con una sensación de horas que se pierden y no se vuelven a recuperar. Todo lo hace a prisa, hasta estos teoremas que durante siglos entreterdrán la paciencia de los filólogos: «En los teoremas faltan algunos, y en muchos teoremas faltan ejemplares, *porque todo lo escribí de prisa*, con el tiempo se enmendará todo lo dicho». <sup>56</sup> Fray Martín vivía entre tinieblas, y el haz de luz de su inteligencia iluminaba todo, y todo era nuevo, y todo le seducía. De ahí su prisa. Se sabe en el buen camino, eso es lo único seguro, porque «*con el tiempo se enmendará todo lo dicho*». Profundo vaticino. Se enmendará, pero el asiento, el principio, el teorema, ahí nos quedan señalando su alta cima. Muchos aún siguen en pie y la vía abierta por este hombre prodigioso, aunque cerrada en nuestra patria con su muerte, volvió a ser explanada y la lingüística se hizo ciencia.

Sarmiento mismo se imagina su glorioso camino: «De ese modo entraré desembarazado a formar y escribir, si Dios quisiere, la abultada obra de un grande onomástico latino, castellano y gallego etimológico, en cuanto a las voces; físico y filológico, en cuanto a las cosas de erudición y de la historia natural, y cronoló-

---

<sup>56</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 735-736. Sobre la precipitación con que escribía Sarmiento, cf. A. López Peláez, *El Gran Gallego (Fr. Martín Sarmiento)*, La Coruña 1895, cap. IV: *Cómo escribía el P. Sarmiento*.



gico, en cuanto a las alteraciones sucesivas de las voces y de las cosas». <sup>57</sup>

«No será muy difícil, y será muy útil que, por modo de escolios o de corolarios, se añadan debajo de algunos teoremas de éstos mis elementos etimológicos, los más principales teoremas de las etimologías francesas y de las italianas; todo podrá coadyuvar muchísimo para entender de raíz, no sólo la voz, sino también la cosa significada. *Dos cosas entran en una completa etimología: la historia cronológica y sus traslaciones metafóricas. Y la historia de la cosa y de sus propiedades.* Esto es lo más útil en las etimologías. Y ya se vé que con éstos dos antecedentes podrá correr la pluma en cualquier escrito». <sup>58</sup>

Aquí ya está todo completo, la perspectiva románica se ha invertido, en el «*Onomástico Etimológico de la Lengua Gallega*» el camino iba desde el Diccionario Etimológico Románico, hasta la Gramática o Fonética de las Lenguas Romances. Ahora al entrar en la realidad, al pisar el terreno de la experiencia, se da cuenta que primero hay que saber las leyes de transformación del latín en cada uno de los dialectos románicos, y luego, sabido esto, se podrá hacer el Diccionario Románico. La experiencia de Sarmiento era auténtica como luego lo demostró la historia. Antes nacieron las Gramáticas Románicas que los Diccionarios Etimológicos, así lo comprueban las realizaciones de F. Diez y de W. Meyer-Lübke.

Y la visión histórica, la historia lingüística de la palabra, está perfectamente valorada, y el viejo y repe-

<sup>57</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 736.

<sup>58</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 736.

tido principio de *palabra y cosa*, junto con la variación semántica siguen afianzados, más y más, en la mente del sabio.

## El elemento germánico

Ya hemos tenido ocasión de ver a Sarmiento discurrir en torno al elemento germánico al hablar del «garañón» hispano. A propósito del proyectado *Tesoro Etymológico de la Lengua Española*, reflexiona sobre el léxico hispánico: «No es fácil hacer cálculo de las voces extrañas; pero a mí me parece que divididas todas las voces del idioma castellano en cien partes, las *sesenta* son puras latinas, o tales, o corruptas». (Aquí tenemos en ciernes la primera distinción entre voces tradicionales y cultismos). «Las *diez* son Eclesiásticas y Griegas de la Media Edad. Otras *diez* son Septentrionales, antiguas, medias y modernas. Otras *diez* son orientales, anteriores y posteriores a la invasión de los moros. Y para las diez restantes deben entrar las voces de las Indias Orientales, y de la América. Las voces fingidas, y las de los Gitanos; y finalmente las voces alemanas, y Borgoñonas, que introduxeron con la casa de Austria, y las francesas e italianas, que cada día se van introduciendo. Para discernir a bulto estas voces, podrá servir la reflexión, así a la estructura de las letras, como al significado. El fondo total es latino, y Latinas son las voces, o Griegas latinizadas, de la Agricultura y de todas las ciencias. Las voces Eclesiásticas, o son latinas o griegas. Las voces de Marina, Milicia, Blasón y Caballería, generalmente son septentrionales. Los nombres de aromas, drogas, y otros géneros extraños, son de

unas o de otras Indias. Los nombres y apellidos antiguos, y los de la Geografía media, en especial hacia el Norte de España, son Godos o Suevos. Los de la Geografía hacia el Mediodía, los de Artes, los de muchas plantas, etc., son Arábigos». <sup>59</sup> Sarmiento está consciente de los elementos constitutivos de la lengua española, y sus observaciones son muy atinadas para su época. Comprende el significado de la irrupción germánica en la Romania y cree que si el latín no se ha disgregado en dialectos todavía más distantes de lo que hoy están las lenguas románicas, se debe sin duda a que la unidad lingüística de los invasores germanos retuvo un poco la diferenciación dialectal: «Esto prueba que los corruptores de la lengua Latina, en Francia, España e Italia, eran muy semejantes en su lengua vulgar; y que la diversidad de dialectos que usaban, se refundía poco a poco en los que hoy son sub-dialectos, o con-dialectos de los tres idiomas vulgares más famosos. Por esta razón el Italiano abunda de voces *Longobárdicas*, el Francés de *Francas*, el Español de *Suevas* y todos de *Góticas* en general». <sup>60</sup>

En el *Onomástico Etimológico* reconoce «tales cuales voces en el gótico, aunque yo no sepa este idioma perdido, v. g. *laverca*, *lobio* y *revezco*, etc., que son góticas puras». <sup>61</sup>

Se nota en Fray Martín como un vago presentimiento sobre la importancia de los pueblos germánicos en la formación de las lenguas romances: «El idioma Catalán, Asturiano, Gallego y Portugués, como son

<sup>59</sup> *Memorias*, pp. 84-85 (n.º 260-61).

<sup>60</sup> *Memorias*, pp. 83-84 (n.º 257).

<sup>61</sup> *Onomástico*, p. 14. No comprendemos en que se funda Sarmiento para suponer la última palabra como *góticas*. Nada nos dice de su sentido y no está registrada en los Diccionarios Gallegos, sí, en cambio, en los Portugueses. Su origen es claramente latino: *reversum*.

dialectos de la Latina, que corrompieron los Godos, los Vándalos y Suevos; y el idioma Castellano es también dialecto de ella, mediante los Wisigodos, por ser todos estos idiomas condialectos entre sí, se entienden, a poco estudio, unos a otros los que los hablan». <sup>62</sup> En otro lugar dice: «Antes de los Godos la analogía y alteración de las letras latinas era uniforme en los dos dialectos (castellano y gallego). Después, con el tiempo, el dialecto castellano se apropió una especial analogía, y el gallego no quiso mudar la suya por ser tan tenaz. No hay cosa más vulgarizada que el decir que el puro idioma castellano es una corrupción de la lengua latina, y que el puro gallego es una corrupción de la lengua castellana. Son dos errores vulgares y errada inteligencia de la voz corrupción en materia de lenguas, confundiendo la analogía con la corrupción. El castellano paulatinamente se fué formando del latín a los principios, pues las dos naciones hablan un mismo latín, guardando siempre la analogía de las letras. Lo mismo digo del gallego, pero jamás el gallego se ha formado del castellano». <sup>63</sup> Antes de la llegada de los germanos, Sarmiento establece una unidad lingüística latina, de la que surgen independientemente el castellano y el gallego, el asturiano, y el catalán.

Su valoración del elemento germánico es muy medida: «Los godos no introdujeron su lengua, antes se acomodaron a la latina del país, y así no introdujeron nuevo acento, ni desterraron el acento latino antecedente, no habiendo desterrado los romano-gallegos que poseían el país más había de quinientos años sin mezcla alguna». <sup>64</sup>

<sup>62</sup> *Memorias*, p. 76 (n.º 228)

<sup>63</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, pp. 673-674.

<sup>64</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 457.

Es meridiana la claridad con que Sarmiento vé la formación de los romances hispánicos: «La época del dialecto castellano y gallego no se puede fijar hasta por los años de 650 de la fundación de Roma, cuando ya los romanos estaban apoderados de toda España, y cuando el latín se hablaba ya en toda ella. A la segunda generación ya no había más que la lengua romana conservando algunas voces patrias y acomodándose a mucho de la pronunciación y labio del país y clima». (Aquí ya tenemos los primeros atisbos sobre el sustrato). «De este modo los romanos, vecindados en Galicia y en Castilla, hablaban un latín que comenzaba a degenerar del latín de Roma. Prosiguió ese lenguaje en ir degenerando paulatinamente y poco a poco hasta que, por los años de 400 de Christo, se inundó de bárbaros la Europa, y en España se apoderaron de Galicia los Suevos y los Godos de Castilla. Era ya tan vasto e inmenso el Imperio Romano que no se podía sostener ni con leyes ni con armas. Solicitaron de sus enemigos tropas auxiliares y asociadas para que cuanto antes hiciesen añicos el dicho Imperio y le redujesen a la nada, de donde había tenido sus principios, en unos aventureros. Esas tropas y troyales de bandidos hablaban un latín chamurrado. Nunca pensaron introducir su lengua patria, gótica o sueva. Esto se palpa en que hasta ahora no se ha descubierto en España inscripción alguna que no sea latina. Después que por los años de 730 de la fundación de Roma, en que se celebró la paz Octaviana hasta 400 años de Cristo, estaba la lengua latina y se hablaba mezclada de *voces antiquísimas* y con otras *voces recientes* que iban introduciendo los bárbaros advenedizos». <sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, pp. 738-739.

## El elemento árabe

Sarmiento tiene sus debilidades. Nace en el siglo XVII. Y algo ha heredado de ese siglo que, unido a su condición de clérigo y de hispano, lleva al mesurado sabio a mirar con cordial antipatía a los árabes y su lengua. Cuando habla del elemento árabe no perdona ocasión para expresarse con frases un tanto despectivas: «Tiene la lengua gallega tan inveterada su nobleza y pura, que no se ha emporcado con voces moriscas». <sup>66</sup> En otra ocasión vuelve a expresarse con frases similares: «Si los que por el chorrillo del *al* nos quieren emporcar el castellano con voces moriscas supiesen más latín, no ocasionarían tantos desatinos. Galicia y su lengua está libre de esos gabarros, como allí no han estado los moros de asiento, no pudieron comunicar a la lengua gallega voz alguna morisca. Esta exclusiva me sirve mucho para no pensar en voces arábicas hablando de la lengua gallega. Digo lo mismo de la lengua asturiana, que tampoco tiene voces arábicas, ni el dialecto de la montaña, y en cuanto el reino de León se acerca más a Galicia y Asturias tampoco tiene voces moriscas. Esas se introdujeron en el siglo XIII con asunto de las conquistas». <sup>67</sup> «La introducción de voces arábicas en el idioma español, sucedió al paso que los cristianos iban conquistando las Andalucías». <sup>68</sup>

Sus observaciones, muy atinadas para la época, a pesar de ir cargadas de cierto desprecio, no dejan de ser valiosas y estar acuñadas por la mente de un sabio, que sabe guardar respeto a la ciencia que profesa. Nin-

<sup>66</sup> *Onomástico*, p. 14.

<sup>67</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 739.

<sup>68</sup> *Memorias*, p. 97 (n.º 306).

guna está desvirtuada por la personal antipatía antes al contrario: la luz se hace en donde Sarmiento proyecta su inteligencia y todo lo mira ecuánimemente, incluso propone «que el Ministerio de España formase una particular Academia, mitad de sujetos que se dedicasen a las lenguas Orientales; y los otros a las del Norte». <sup>69</sup> Casi de seguido añade «El conocimiento de las lenguas Orientales en Ingleses, Holandeses, Alemanes, etc., que tanto reina entre ellos, no pasa de curiosidad. En España le juzgo necesario, útil y curioso.» <sup>70</sup> El conoce la inmensa mole de documentos, textos e inscripciones que están demandando gente que se ocupe de ellos. <sup>71</sup>

## Latinismos en el árabe

Sus investigaciones sobre el elemento arábigo llegan a penetrar hondamente en la historia de esa lengua y sabe discernir entre voces puramente árabes y voces latinas penetradas a través del mismo. «Debo hacer aquí una precisa advertencia y es que como muchas voces moriscas se han pegado al latín y al vulgar, muchas voces latinas y vulgares, se han pegado al idioma arábigo; es precisa esta clave para no confundir las etimologías. En toda España se hablaba latín cuando entraron los sarracenos; éstos no podían hablar su idioma puro sin mezclar algunas voces latinas que eran vulgares. Los árabes usan infinito añadir el artículo *al* a las voces suyas o ajenas, añadieron el *al* a muchas voces latinas usuales y es error creer que tal voz es arábigo porque

<sup>69</sup> *Memorias*, p. 86 (n.º 265).

<sup>70</sup> *Memorias*, p. 86 (n.º 266).

<sup>71</sup> *Memorias*, pp. 86 - 87 n.º (268).

comienza con *al*. Tengo recogidas muchas voces que comienzan con *al*, y sólo es pegote que los árabes añadieron a voces latinas o griegas. La voz *albaricoque* viene del latín *praecox*, *praecocis*, o a lo antiguo *precoquis*, que por no tener los árabes P la mudan en B; *albérchigo* viene del latín *malum persicum*. *Altramuz* viene del griego *thermos*, que significa *lupino*. *Alubia* viene del griego *lobos* y *lubia* que significa la *siliqua* o vainilla de las judías, que es lo que se come». <sup>72</sup> Excepto en el caso de *alubia* todas las otras voces tiene el origen señalado por Sarmiento y nada hay que rectificar en las admirables palabras del sabio benedictino.

Es curiosa esta observación en torno a los arabismos del castellano; para Sarmiento el siglo XIII es la época de mayor introducción de arabismos en dicha lengua; y hablando sobre el Fuero Juzgo advierte: «El año de 1235 mandó San Fernando que se tradujese el Fuero Juzgo del latín a la lengua vulgar. *Pocos han advertido lo que yo, que ese vulgar no es el castellano, sino el casi dialecto leonés y asturiano*. Consistió en que los 12 libros de texto latino del dicho Fuero Juzgo se conservaba en León, en poder de un canónigo y allí se iba a consultar cuando ocurría alguna dificultad. Al caso, he leído de *verbo ad verbum* toda la dicha *versión leonesa* que Villadiego imprimió en 1600 y ni siquiera una voz arábiga encontré en toda ella, siendo así que en el castellano de las Partidas se encuentran algunas voces moriscas vulgarizadas.» <sup>73</sup> Aquí aparece un claro reconocimiento del dialecto astur-leonés, que, frente al castellano, se distingue por la menor abundancia de arabismos como lo demuestra el Fuero Juzgo (leonés) frente

<sup>72</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 739.

<sup>73</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 740.



a las Partidas (castellano). La actual investigación ha desvirtuado mucho las penetrantes expresiones de Sarmiento, pero, aun así, hay un fondo de verdad en su juicio.

En sus Reflexiones sobre el Diccionario de Autoridades, comenta a propósito de la voz «*Alcaparra*, no es del árabe *cappar* sino arábico-latina de *capparis* o *cappar*»<sup>74</sup>, corrigiendo con admirable exactitud la etimología allí propuesta.

Las soluciones de ST > Ç están observadas por Sarmiento con gran atención, aunque, claro está, sus conclusiones quedan muy alejadas de la realidad; pero pensemos que aún no hace mucho que Amado Alonso dió una cumplida explicación del fenómeno. «De *aestus*, que es el calor, se deriva *aestivo*: la ST se pronuncia como C o como Z, al modo que de *Stúnica* decimos *Zúñiga*. Así de *Estiva* se dijo *Ziva*. La I se muda en EI, al modo que de *piscis* dicen *peixe*. Con que ya tenemos *zeiva*. La V, la B y la F, por ser de un mismo órgano se confunden. Así resulta *zeiva*, *zeiba* y *zeifa*, al modo que de *aestivalios* resultó *Zefallos*, y si fuese en Galicia se diría *Zeiballos* o *Zeifallos*. Y por ser todo de *aestiva*, *Ceballos* o *Zevallos*.»<sup>75</sup> Sobre este último nombre apunta Sarmiento en otra ocasión: «La voz *aestiva* en latín, significa el sitio sombrío a donde se recoge el ganado en el estío. Y la voz *stiva* significa la *esteve* del arado. Sea aludiendo a ésto o a lo otro, de eso tomaron los nombres de los lugares *Estebales* en Galicia y *Estebales* y *Estebalos* y *Estebalios* en Castilla. De *Astebalios* o *Estebalios* pasó a Z la ST, y se dijo *Zebalios*. Más

<sup>74</sup> Reflexiones sobre el Diccionario de la Lengua Castellana que compuso la Real Academia Española en el año 1726, BRAE, XV, p. 25.

<sup>75</sup> Onomástico, p. 150.

adelante pasó la B a F, y en la fundación de Covarrubias ya hay noticia del lugar San Juan de *Zefallos*, que es, según el origen, *Zevallos*, y según la vulgar ortografía *Zeballos*.»<sup>76</sup> Sobre esta ley tiene un *theorem*a, el 61, comprobado con los siguientes ejemplos: «Z de ST. Castellano: *azor* de *astur*, —*ris*. *Ezla* de *Astura*, *Estola* (rio). *Zúñiga* de *Stúnica*, *Zepa* de *stipes*, *Ezija* de *Astigi*, *Cázlona* de *Castulone*, *Moza* de *Musta*, *Almáziga* de *Maštiche*. *Avestruz* de *Avis Struthio*. Gallego: *Bouza* de *Busta*.»<sup>77</sup> Hay aquí muchos errores, es cierto pero también hay mucho de verdad, y esta verdad, no lo olvidemos, se nos ofrece casi dos siglos antes de que se hayan puesto en claro las soluciones de éste grupo en el dominio hispánico y arábigo. Las explicaciones de *Zúñiga*, *Ezija*, *Cázlona* y *Almáziga*, son incontrovertibles; y aún cuando la investigación fonética moderna las haya afinado y concretado, todavía hoy las vemos alineadas entre las listas de voces erguidas por Amado Alonso.<sup>78</sup>

Sarmiento sabe el terreno que pisa, por sus manos y ante sus ojos han pasado muchos documentos: «¿Que sería si se buscasen y traduxesen tantos (libros) como hay de árabes y hebreos españoles que *ex professo* trataron de ella? ¿Que sería si los infinitos instrumentos arábigos, privilegios, testamentos, concordias, donaciones, etc., que se hallan en los Archivos de las Iglesias de Andalucía, se traduxesen, o a la letra o en compendio? He visto instrumentos arábigos testimoniados por christianos; y he visto instrumentos de Christianos testi-

<sup>76</sup> *Onomástico*, p. 149.

<sup>77</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 585.

<sup>78</sup> Amado Alonso, *Estudios Lingüísticos* (Temas Españoles), Madrid 1951, pp. 128 y sigts.

moniadados con firmas arábicas; y si éstos son tan útiles para nuestra Historia ¿cómo podrán menos de serlo los otros?.»<sup>79</sup>

## La influencia francesa

A Sarmiento no se le escapa la importancia de las grandes transformaciones históricas y su influencia en el lenguaje. La sustitución de la letra visigótica por la francesa le sirve para fundamentar su aserto sobre la aparición de los primeros textos romances: «Todo instrumento que hoy se hallare escrito en gótico (caracteres visigóticos), tiene muchísima antigüedad, y no puede ser menor que la de 641 años. Todo instrumento escrito con caracteres castellanos antiguos, podrá ser de mucha antigüedad, pero la mayor no puede pasar (este presente año de 1741) de 641 años. Todo instrumento que en su contexto es referente á haberse hecho en los siglos nono, décimo y undécimo, si está en gótico, podrá ser o copia o original; y si está en caracteres castellanos, evidentemente no es original, sino copia. Todo esto es evidente. La gravísima dificultad en que tropiezo, consiste en que, hasta ahora, no he visto monumento alguno en idioma vulgar castellano, ni en prosa ni en verso, que estuviese escrito en caracteres góticos, siendo cierto que he visto bastantes monumentos góticos. Todos, los he hallado en lengua latina; y lo que igualmente admira es, que tampoco haya tropezado con alguno en idioma gótico tal, ni como moneda, ni como inscripción, ni como instrumento público o privado.

---

<sup>79</sup> *Memorias*, pp. 85-86 (n.º 264).

Esto mismo he oído a otros, a quienes pregunté si habían visto algún contexto del idioma vulgar castellano, escrito con caracteres góticos, y me respondieron que no.»<sup>80</sup>

Estas observaciones, que hoy nos parecen desprovistas de valor, han de ser apreciadas justamente, colocándonos en la época en que se escriben, en la cual las ideas que había sobre el origen y nacimiento del vulgar castellano eran muy peregrinas.

## Los viejos textos castellanos

¡Con que amor de filólogo vibraba Fray Martín ante los antiguos textos hispánicos! ¡Que infinita alegría acompañaba al maestro al descubrir algún texto medieval! El, que no quería que ni un rasgo de su pluma cuajase en letras de imprenta, él que se evadía de su siglo, vedle ahora cargado de ánimos para dar a la imprenta los escritos de su viejo hermano en religión, de Gonzalo de Berceo: «¡Ojalá hubiese algún Mecenas, que se determinase a costear la impresión de todas las Poesías de Berceo! Con particular gusto me dedicaría yo a corregir los pliegos de la imprenta; y sacaría a lo último un Vocabulario de las voces más difíciles, de las frases y de las cosas más notables. Dixe *Mecenas*, no *Librero*, pues los libreros no entran en imprimir libros, de cuya pronta venta no estén muy esperanzados. Sé que esas poesías no tendrían pronto despacho, por no ser acomodadas al gusto y moda de estos tiempos. Pero estoy seguro que quanta estimación no lograsen

---

<sup>80</sup> *Memorias*, pp. 90-91 (n.º 282-283).

en el común, tanta mayor lograrían en el aprecio que de ellas harían los españoles y extranjeros, aficionados a todo género de antigüedades. Ese volumen sería como clave del dialecto castellano antiguo, y de la más remota poesía castellana. Por él se conocería el modo cómo se iban corrompiendo las voces latinas, para enriquecer nuestro vulgar idioma. Se observaría la primitiva Orthografía castellana; y de uno y de otro, sería fácil el tránsito a hallar la verdadera etymología de algunas voces que hoy parece muy oscura.»<sup>81</sup> Aquí le vemos ofreciéndose a publicar, él que no quería publicar. Pero hay algo que explica su actitud. Berceo está muy lejos, muy lejos de su siglo, y Sarmiento lo que quiere es no entrar en su tiempo, no enzarzarse en discusiones inútiles, porque sus tiempos no están para recibir sus pensamientos. Sarmiento sabe que en la Edad Media se siente seguro y que ahí pocos le atacarían.

La postura de Sarmiento ante los textos medievales es la de un cumplido filólogo, vé su utilidad lingüística, su importancia para la historia del lenguaje, de la ortografía, de la sintáxis, etc.

Esta misma actitud la sorprendemos a cada paso, es admirable la veneración ante el Rey Sabio, se diría que capta la importancia que él tiene para la formación de la prosa castellana. «Todo quanto escribió o mandó escribir el rey D. Alonso, aún prescindiendo del contenido, es un original y preciosísimo thesoro de la lengua castellana del siglo decimo tercio. Por esta razón se debían registrar todos los Archivos y Bibliothecas, hasta tropezar o con los originales, o las copias más coetáneas, para rectificar el texto; y después, según el rectificado, hacer una regia y magnífica edición de todo

---

<sup>81</sup> *Memorias*, pp. 187-188 (n.º 598-599).

cuanto dicho rey escribió o mandó escribir. Ese juego sería entonces la principal clave de nuestra lengua, para proceder sin escrúpulo en la investigación de la orthografía, antigüedad, etymología y primaria significación de sus voces y frases. Y para mayor complemento se debieran imprimir todos sus privilegios, que son muchos, que se hallasen originales; y aún los pocos que se hallasen, asimismo en castellano, de los reyes anteriores. Es cosa de admirar, que consumiéndose tanto papel, tinta y plomo, en imprimirse tanto libro inútil, no haya habido quien solicitase la protección y magnificencia real, para hacer una correctísima y completa edición de las obras de un rey tan sabio y tan protector de Artes y Ciencias.»<sup>82</sup>

Aun hoy, a tantos años de distancia, el sueño de Sarmiento no está plenamente cumplido. Además nos maravilla la profunda intuición del benedictino que sabe siempre tocar los puntos claves de nuestra historia lingüística. ¡Con que apremio pide una edición crítica, ¡que consciente está de que los textos a su alcance se hallan llenos de errores! ¡que visión más certera de la importancia del Rey Sabio en nuestra Historia Lingüística: «la principal clave de nuestra lengua» —dice— y nada mejor podemos añadir hoy sobre lo que él dice. Y así se nos presenta su alma de filólogo, de crítico textual, de lingüística, que vé en el Rey Sabio una gran clave para la investigación etimológica, ortográfica y semántica del castellano.

Sarmiento, aún siendo historiador de la literatura es ante todo filólogo y lingüística. No quiere decir ésto que careciese de gusto artístico, antes al contrario, su gusto es exquisito y sabe apreciar siempre lo bueno y

---

<sup>82</sup> *Memorias*, p. 203 (n.º 645-646).

valorarlo en la justa medida; pero es incapaz de retraerse a su profunda y enraizada vocación y su postura ante el texto literario es reflexiva, serena, apuradora de todas sus esencias, y éstas no pueden alcanzarse más que através del camino largo y penoso de la crítica textual, de la lingüística que analiza sus voces, de la etimología que las engarza en las puras fuentes de la latinidad, de la semántica que desvela sus sentidos, de la ortografía que le lleva a su recta interpretación sonora. Así pensaba Sarmiento, y así le vemos, sereno en apariencia, pero cargado de íntimas emociones, con la pluma en la mano, y los folios a su diestra, apuntando las jugosas voces, cargadas de vida e historia, para luego, en ágiles esbozos, ir trazando los azares de su vida. Cuantos libros han pasado por su mano, tantos han dejado huella viva en su escritos. Ahí están los comentarios, los primeros comentarios filológicos al Poema del Mio Cid, al Libro de Buen Amor del Arcipreste, al Tesoro de Brunetto Latini, al Fuero de Madrid, al Fuero Juzgo, a Berceo, y a tantos y tantos otros libros del medievo que han entretenido sus largas horas de trabajo.

Sarmiento es un medievalista de primer orden, por sus manos han pasado una pasmosa serie de manuscritos y sus inéditos están llenos de sorpresas. Urge decidírnos a publicarlos, nos enseñarán, aún ahora, mucho.

## El español de América

Bien sabido es que la extensión del español en América ha servido a algunos lingüístas de paralelo con la difusión del latín a través del vasto imperio romano.

Pues bien, también Sarmiento ha recorrido con su luminosa inteligencia las largas perspectivas que la lengua nacional ha seguido por el nuevo continente. Lo más admirable es que él no ha sido arrastrado a las erradas conclusiones a que algunos romanistas llegaron. La comparación de Sarmiento es plenamente válida. Cuando razona sobre el latín arcaico y el latín vulgar nos advierte que no es lenguaje latino de las doce tablas y de los primeros monumentos el que penetra en España, sino el que se hablaba en la época imperial: «No es posible que una lengua transmigre de un país a otro si con él no transmigran las personas que naturalmente le han de hablar y conservar de padres a hijos. De esto se infiere que para hablar de un dialecto es forzoso saber la historia de la lengua matriz y la época cuando se estableció el dialecto. Quiero, para darme a entender a todos, poner un ejemplo palmario. La lengua castellana, que hoy es vulgar en México, es como un dialecto de la lengua castellana, su matriz. Transmigraron los españoles a la América y con ellos la lengua castellana. La época de aquel dialecto ultramarino se debe fijar desde el año 1500 en adelante. No pudo pasar a la América otra lengua castellana sino la que era vulgar y se hablaba por los años de 1500 en el siglo XV. Luego, las especiales voces castellanas del Fuero Juzgo, del Poeta Berceo, de la Biblia Ferrariense, de las Partidas, de las antiguas crónicas, de Juan de Mena, etc. no pudieron pasar a la América porque ya estaban anticuadas y sin uso, y que ni los conquistadores las entendían. Así el etimologista castellano que vive en México, lo mismo se entiende en Lima, Cartagena, Quito, Buenos Aires, Puebla de los Angeles, etc., si quiere hablar del vulgar castellano que allí se habla debe estar advertido de las voces castellanas que no pudieron pasar a la América,



y no contar con ellas, sino con las del siglo XVI, con las especiales alteraciones de las letras en el país y con las voces bárbaras y exóticas que se han pegado al castellano.»<sup>83</sup> Del mismo modo razona Sarmiento en la historia de la lengua latina, según ya hemos visto antes. Nada hay que añadir ni nada hay que retocar en las afirmaciones del sabio benedictino. Las podríamos suscribir actualmente sin temor a errar. No obstante, aún hemos de señalar, la perspicacia de Sarmiento, el cual ya advierte, en la lengua ultramarina «*especiales alteraciones de las letras*» junto con la influencia lexicográfica indígena. Es decir, en el siglo XVIII, el oído de Sarmiento ya percibía el «tonillo americano» o «ultramarino», como él dice en alguna ocasión, y ciertas modificaciones, del orden fonético, en la pronunciación de las letras.

Y la perspectiva histórica del latín, disgregado en las hablas romances hace pensar al sabio, mucho antes que otros lo pasaran, en la posibilidad de una disgregación dialectal: «Acaso vendrá tiempo en que los subdialectos de la lengua castellana, cuales son el mexicano y el peruano, se desfiguren tanto que sea preciso algún etimologista que restituya a cada uno lo que es suyo».<sup>84</sup> La previsión de Sarmiento viene angustiando desde ya hace años a muchos lingüistas y el tema goza ahora de amplia bibliografía, pero de todos modos, hemos de restituir a Fray Martín el derecho de primacía en este vaticino, que, quiera Dios, tarde muchos años en cumplirse.

---

<sup>83</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, 737.

<sup>84</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 135.

## La lengua hablada

Por muchos siglos la ciencia del lenguaje anduvo descaminada perdiendo el tiempo en discusiones de orden abstracto y olvidando la realidad lingüística cotidiana. Ya nacida la moderna ciencia, y por obra de los neogramáticos se intensificó la observación del lenguaje hablado, adquiriendo así ésta una profundidad y complejidad inmensa. Pues bien, antes de que los neogramáticos nos introdujesen por la senda provechosa, ya Sarmiento, un poco a tientas, pero bien seguro, iba adentrándose por ella. Ya vemos que el paralelo entre la lengua viva y cotidiana y los antiguos periodos de las lenguas romances o latina, es esbozado por Sarmiento.

Sarmiento penetra clarísimamente en la diferencia entre lenguaje literario y conversacional, cortesano y provincial. Algunas de sus observaciones son insostenibles pero así y todo tienen un algo de veracidad deformada por la perspectiva de la definición. «Tengo observado que las lenguas vulgares, que solamente se hablan y no se escriben, son casi eternas, inmutables, y que cada día se aumentan más y más, conservando siempre el carácter privativo de la lengua. Quiero decir, que las voces que se aumentan no son extrañas, sino derivadas de las mismas raíces de la lengua, según las leyes y la analogía de ella misma, sin conexión con lengua extraña. Al contrario la lengua que se escribe, cada día se van perdiendo más y más sus voces puras y primitivas, y sólo se aumenta de voces extrañas y exóticas, que jamás han sido ni serán de la lengua, que ninguno del pueblo las entenderá. Consiste esto en que los que escriben, procuran acomodarse con el lenguaje y voces de los libros, desamparando las voces puras de la len-

gua que saben, entienden y hablan los vulgares de inmemorial; de manera que hay dos lenguas castellanas: una la provincial y de los pueblos, que es homogénea y metódica, y otra la de los libros, que cada día es más heterogénea. También tengo observado que las lenguas que sólo se hablan y no se escriben son más copiosas de voces de la lengua, que las lenguas que se escriben. Hablo de voces de la lengua, no de las voces arrimadizas y totalmente extrañas.»<sup>85</sup> Notemos la expresión «tengo observado», que nos hace ver al hombre que no olvida la realidad cotidiana y se fundamenta en la observación. Advirtamos que no se pueden compartir plenamente las conclusiones sarmentinas, pero hay en ellas mucho de verdad. En cualquier libro de lingüística general podríamos sorprender frases similares. Aquí Sarmiento ha desorbitado el problema, mejor dicho, ha generalizado demasiado. Todavía en los comienzos de la lingüística, en los primeros manuales de la Ciencia del Lenguaje, se encuentran estos principios. Para entender plenamente el pensamiento sarmentino, hemos de partir de aquella idea para él tan querida que los nombres de los «mixtos de Historia Natural», de las cosas visibles y reales, son los primeros, los más antiguos y los que mejor se conservan en la lengua hablada; la lengua escrita, la literaria, la de los libros suele ser más abstracta, menos apegada a la realidad cotidiana, menos conocida de los hablantes vulgares. El mismo pone el ejemplo de que si un rústico se le preguntase si ha visto a algún «animal racional» es muy posible que se quedase con la boca abierta y no supiese que contestar. La idea que aquí se presenta nace de las observaciones realizadas sobre el estudio y recogida del léxico galle-

---

<sup>85</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 671.

go; de la pervivencia en los dialectos hispánicos de voces de pura raigambre latina, olvidadas por la lengua literaria; del estudio de los nombres de plantas casi ignorados en la lengua oficial y plenamente conservados en el labio de los campesinos de toda España. Todo eso encierra el «tengo observado» con que se inicia su pensamiento. Su pensamiento ha ido algo lejos en la generalización, pero apretémosle un poco, reduzcamos sus conclusiones a la justa verdad y ésto se hará ciencia.

El reconoce las puras fuentes de información lexicográfica: «Más aprecio oír y saber dos docenas de voces vulgares, que son especiales de niños y de viejos, que todas las voces híbridas y hermafroditas que cada día salen de nuevo en algunos libros. Cicerón tenía especial gozo de oír hablar a su suegra, porque le parecía que oía hablar a los Nevios, Pacuvios y Plautos. No importa que esas voces estén estropeadas. A dos vueltas que les dé un genio etimológico, descubrirá su antigüedad remota, y su propiedad significativa.»<sup>86</sup>

Estamos ante las primeras observaciones de un lingüista verdadero y que sabe dominar la realidad, sabe buscar lo que pretende y aún da consejos sobre el modo de hacerlo. Veamos las advertencias o recomendaciones que ha de seguir el ideal Alethophilo: «Es indispensable ir preguntando a los del país si saben en donde hay letreros pequeños o grandes, y emplear *cuartos* para los que los enseñaren. Como corra la voz de que Alethophilo da cuartos a los niños para castañas, a los viejos para tabaco, a las viejas para una rueca y a cualquiera para un cuartillo de vino, como les enseñen los sitios en donde vieren letreros, yo fío que hallará bastante que recoger. Lo mismo digo de las costas

---

<sup>86</sup> *Onomástico*, p. 59.

marítimas, para recoger conchas y testáceos. Venían a mi los chicos con monteras de varias conchas, y a las cuales daban el nombre vulgar, porque sabían que les había de dar para castañas. Lo mismo hice en orden a vegetales que no podía ver; y hiciera con los minerales si hubiera quien me los trajese.»<sup>87</sup>

Así recogía Sarmiento esa inmensa colección de materiales lingüísticos que vemos desplegarse a lo largo de sus inéditos. Así nació el *Borrón de nombres de Peces* y tantas otras colecciones de palabras. Sarmiento tiene informaciones lexicográficas de todas las partes de España, desde Navarra hasta Andalucía, desde Galicia hasta Valencia. A cada momento nos sorprende con un provincialismo hoy desconocido u olvidado, y ello es así porque, lo que más le interesa es siempre el fenómeno lingüístico vivo o muerto. No es una casualidad el hecho de que su discípulo ideal, Alethóphilo, cuando vaya a ponerse en contacto con la tierra que estudia, ha de llevar en primer término un «cuaderno para la lengua latina, gallega y castellana, y etimologías.»<sup>88</sup> La lengua, el lenguaje, las etimologías, la lingüística, he aquí el primer objetivo de nuestro sabio.

Oigamos ahora sus observaciones personales sobre el acento: «La armonía pertenece al acento o tonillo; éste es el más difícil de olvidar si es nativo y más difícil de tomar si es extraño. Es infinita la diferencia que hay de tonillos; pero no hay juez que decida a quién se debe dar la preferencia, ni sé yo por dónde el acento castellano la debe pretender. Todos viven contentos con el suyo y desprecian el ajeno y extraño, esto aún dentro de España. El texto citado por Mayáns prueba

---

<sup>87</sup> *Onomástico*, pp. 199-200.

<sup>88</sup> *Onomástico*, p. 201.

cuán apasionado está este erudito por la pronunciación y acento de su lemosino y no sé si concuerdan con él los de otras provincias. El acento y tonillo de los gallegos ha cargado con el desprecio de todos los que no lo son. Consiento en que no les guste, pues también enfada a los gallegos el tonillo de los portugueses, andaluces, valencianos, catalanes, aragoneses, navarros, asturianos y manchegos; y no les enfada el castellano porque no saben cual es. ¿Cuál es el acento propio castellano? Burgos, Valladolid, Salamanca, Avila, Segovia, Toledo, Sigüenza, Palencia y Osma, son nueve partidos que usan de nueve tonillos diversos. Parece que el acento y tonillo de Madrid, por ser de la Corte, debería ser el acento castellano, y si alguno no lo es, es el de Madrid. Madrid es una Babilonia de lenguas, de voces, de pronunciaciones, de acentos y de tonillos. Quisiera saber qué acento y tonillo es aquel del manchego que pregona mantas, colchas y que tanto descalabra los oídos con su bárbara aspereza; y aun ése vivirá muy satisfecho de su tonillo y se reirá del segador gallego. Así anda el mundo: la mitad se ríe de la otra mitad. Por todo lo cual, el título de armonía en tales lenguas es un ente de razón para establecer preferencias de unas a otras.»<sup>89</sup>

Advertimos aquí al lingüista que observa amorosamente la lengua hablada, los sonidos de todos los días, que sorprende en cada hablante la peculiaridad lingüística dialectal, que reconoce a las gentes por sus entonaciones; y como lingüista las interpreta; para él todas son respetables y ninguna tiene que ser preferida a las demás. Ved cómo el que decía no conocer las calles de Madrid, ahora nos sale con esta penetrante observación

---

<sup>89</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 456.

sobre la Babilonia cortesana. No conocía sus chismes, sus intrigas, sus mentideros, pero no se le escapaban sus particularidades lingüísticas, ni siquiera las del humilde voceador de mantas. Y no creamos que en esto iba pensando los tres días que salía al año.

Sarmiento es un perfecto conocedor de la realidad histórica y lingüística en que vive. En cada región de España en que ha vivido, ha observado siempre sus hechos lingüísticos. De Navarra, de Asturias, de Toledo, del Escorial nos da noticias filológicas importantísimas y la mayoría de ellas proceden de su observación personal y directa.

Es un teórico del lenguaje, le preocupa su estudio, y a la observación del mismo dedica su vida. Recordemos una anécdota de su vida madrileña: «Por los años de 730 pregonaba un hombre por las calles de Madrid: *«alcarropones y aceitunas»*. Era el pregón tan desabrido y zarrapastroso, que ninguno le podía remedar el tonillo, ni saber lo que pronunciaba. Advirtiéndome yo aquella dificultad, dije: Aquel hombre es moro. Acerté aun sin haberle visto. De hecho era moro converso y cabrero, y a tiempo vendía alcarraones y aceitunas, y todos salían a las ventanas por el tonillo de lo que no entendían. He estado presente al catequizar a un moro, al cual jamás se le pudo hacer pronunciar: «ruega» y siempre pronunciaba «griega». Aquí en Madrid han conocido muchos a un extranjero y doctor, que habiendo vivido muchos años en Madrid, se fué al otro mundo sin haber articulado jamás una primera de activa castellana, ni en cuanto al acento, ni en cuanto a la pronunciación, ni en cuanto a la sintaxis, y parece, cuando quería hablar castellano, que pregonaba alcarraones y aceitunas. No obstante era tan satisfecho e insolente que, a favor de altos protectores, de una pin-

que pensión, y de que no hizo nada para lo que se había entrometido, no soltaba de la boca la voz *borrico*, mal pronunciada, para infamar a los españoles.»<sup>90</sup> Son muchas las observaciones que podríamos espigar entre las obras de Fray Martín referidas a particularidades del lenguaje de personas que ha conocido. Todas ellas demuestran la preocupación por el conocimiento del lenguaje cotidiano.

Es el secreto del lenguaje, su mecanismo, su historia, no su dominio práctico lo que le interesa a Sarmiento. Oigamos su admirable confesión: «No faltará quien, erradamente, crea que yo poseo algunas lenguas, ya muertas, ya vivas, viendo que las traigo al asunto como si las hubiese mamado o estudiado, ya por los libros, ya peregrinando por diferentes naciones. Digo y protesto, y aun si fuere menester juraré, que el que viere en ese concepto, vive en error desafortado y garrafal. Sólo he mamado la lengua gallega, que, con la ocasión de venir a tomar el Santo hábito, olvidé casi del todo, y me di a la lengua castellana. De la lengua latina sólo sé el chapurrado que me enseñaron al uso del país. De la griega sé muchas voces, y tales cuales de la Hebrea. De la arábica sólo sé las voces que se conservan en el castellano y andaluz. Por la lectura de libros franceses e italianos sólo adquirí el entenderlos. De manera que, ajustadas cuentas, ninguna lengua poseo, sino el castellano vulgar, que hablo, leo y escribo, sin aliño particular.»<sup>91</sup> He aquí una consumada confesión de filólogo, del hombre que le interesa el lenguaje desde el punto de vista teórico, y que conoce muchas lenguas pero no posee más que la suya. Así era

<sup>90</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVI, p. 374.

<sup>91</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 671.



Sarmiento, su humildad ha rebajado un poco sus conocimientos, pero los libros que ha escrito nos muestran a un individuo mucho más docto de lo que ahora se nos presenta.

Adonde quiera que vaya, en cualquier estudio que realice, en cualquier cuestión que le interese, aflora siempre su preocupación lingüística. El secreto de la palabra, su faz misteriosa y profunda, emergida del fondo de la latinidad, seduce de continuo a Sarmiento. Piensa con palabras y en las palabras está el secreto de la ciencia. Cuando se adentra por los derroteros de la historia, de la genealogía, de la epigrafía, de la numismática, de la historia natural, de la geografía, por muy encaminado que en ellos esté no puede librarse de su angustia filológica. La geografía y la historia se dan de manos para llevárnosle a un terreno en el cual roza las más altas cumbres de su tiempo, en el cual todavía hoy es maestro, y su lección es aún provechosa.

### Sarmiento toponimista

En el estudio del origen de los nombres geográficos es en donde le encontramos más fuerte. Nos admira y deja estupefactos su penetración, no son atisbos lo que aquí hallamos, son hechos fehacientes y un método completamente moderno. El camino que lleva a Sarmiento a la Toponimia es el de la Historia Natural y la Geografía; la Historia Natural y la Geografía de Galicia, le llevan a preguntarse por el origen de los nombres de lugar. Oigamos su docto razonar: «A muchas cosas han atendido los que pusieron nombres a los sitios geográficos. Los más se fundan sobre cosas de la

Historia Natural. Y si ésta no se sabe, mal se podrán saber los orígenes de esos nombres, y se seguirán mil errores de confundirlos. Como mi principal fin en estos apuntamientos es descubrir los tesoros que encierra el idioma gallego, para que la juventud y los barbados de Galicia se dediquen a cultivarle, apuntaré aquí la etimología de muchos sitios geográficos de Galicia. Sólo por comparación e incidencia hablaré de algunos de de Castilla y de otros países. Los castellanos verán aquí el modo, y fácil, para hacer lo mismo respectivo a su geografía, pues yo sólo escribo para Galicia y sus naturales. Entiendo aquí por sitio geográfico todo nombre de ciudad, villa, aldea, lugar, término, pago; montaña, monte, montecillo y alto; valle, río, fuente, lago, laguna, mar, vía, castro, solar, partido, arcedianato, arciprestazgo, jurisdicción, etc. Claro está que es una quimera que yo pueda responder a todo, ni acaso a la centésima parte. Tengo muy pocos materiales. Pero con esos que tengo haré ver, hablando por clases, que cualquiera gallego erudito, siguiendo el mismo método, podrá adelantar mucho en este asunto, si antes se dedica a la Historia Natural.

De todos los nombres de los sitios geográficos de Galicia, hay unos antiquísimos y anteriores a los Romanos en Galicia. De estos hablaré poco o nada; pues no gusto gastar el tiempo en averiguar lo que es ya inaveriguable. Digo en común, que esos nombres o serán orientales o primitivos, o serán griegos, o serán célticos. Si se supiese cuales eran orientales, algo se podría intentar en su etimología. Si se supiese cuales eran griegos, algo se podría conjeturar leyendo a Bochart, y embarrar un poco de papel. Si se supiese cuales eran célticos, en virtud del Diccionario céltico, que ya hay, también podría arañar algo. Pero como todos esos nombres

de las tres clases dichas no se pueden discernir de fijo, se aumenta la dificultad para cualquiera de ellas». <sup>92</sup>

Entrando en este terreno Sarmiento hace algunas observaciones sobre los celtas. En Bergantiños y Betanzos ve huellas de los celtas *brigancios*. Nota la presencia del topónimo *Céltegos*, ligado a los *celtas*. Ve huellas de los *nemites* o *nemetes* en el arcedianato de *Nendos*, lat. *Nemitos*; de los *carnotenses* en el país de *Carnota*, de los *centrones*, en la punta y lugar de *Centroña*, de los *virguncios* en *Vergondos*, de los *presamarcos* en *Postmarcos*, de los *nerios* en *Nériga*. Reconoce el sufijo —*briga*, pero todo «eso pide más tiempo para averiguarlo de raíz y siempre andariamos por las ramas». <sup>93</sup> Sarmiento prefiere pisar terreno seguro y prosigue: «Voy a hablar de los nombres que sucedieron a los tiempos tan remotos. Entro con dos suposiciones, 1.<sup>a</sup>, que la mayor parte son latinos; y que la otra restante se debe dividir en nombres suevos y góticos, y que, porque yo no los sé distinguir entre sí, llamaré en confuso ya godos ya suevos. Cuando hicieron irrupción en Galicia los suevos, y después entraron los godos, ya Galicia tenía infinitos nombres de sitios geográficos, que los habían puesto los romanos. Y después, a su imitación, también pusieron algunos los suevos y godos. Y finalmente, los gallegos, usando ya de su lengua vulgar, pusieron otros que son los más fáciles de entender, y por lo común son derivados de voces latinas. Es preciso para idear algún sistema, que todos esos nombres se distribuyan por clases, para promover la inteligencia y ayudar mucho a la memoria. Permítaseme que a mi

<sup>92</sup> *Onomástico*, pp. 109-110.

<sup>93</sup> *Onomástico*, p. 111.

modo, distribuya todos los nombres geográficos de Galicia en las clases siguientes:

1.<sup>a</sup> De los nombres de la Historia Natural, exceptuando los de Botánica. 2.<sup>a</sup> De los nombres tomados de vegetales. 3.<sup>a</sup> De los nombres impuestos por la disposición del terreno. 4.<sup>a</sup> De los nombres impuestos por las cercanías a otros objetos. 5.<sup>a</sup> De los nombres que aluden al fundador o poseedor del sitio, si ha sido romano. 6.<sup>a</sup> De los nombres que aluden al fundador o poseedor, si fué suevo o godo. 7.<sup>a</sup> De los nombres que aluden al fundador o poseedor, si ha sido gallego posterior. 8.<sup>a</sup> De los nombres de sitios marítimos que aluden a cosa de mar. 9.<sup>a</sup> De los nombres que aluden a algún edificio antiguo o moderno. 10.<sup>a</sup> De los nombres sueltos sin atarse a clase.»<sup>94</sup> Aquí nos encontramos con el toponimista más perspicaz del siglo XVIII. Sabe elegir bien el terreno, no quiere introducirse en aventuras pesquias en torno a la toponimia prerrománica, prefiere comenzar por la toponimia latina que es la más segura. Si prescindimos de las peculiares designaciones del léxico sarmentino, nos encontramos con que el método de clasificación del material toponímico es totalmente moderno. Cualquier estudio moderno sobre la materia está sustancialmente ordenado en la forma concebida por Sarmiento. Tomemos al azar un libro de toponimia, el de S. Pieri, por ejemplo, sobre la *Toponomástica delle Valli del Serchio e della Lima* o el de H. Gröhler *Über Ursprung und Bedeutung der Französischen Ortsnamen*, en ellos, y en otros muchos más, sorprendemos la misma clasificación de los materiales. Nombres de lugar tomados de nombres de persona latinos o germánicos, de nombres de plantas, de nombres

<sup>94</sup> *Onomástico*, pp. 111-112.

de animales, de nombres atingentes a las condiciones del suelo, etc. Sustancialmente la misma clasificación ideada por Fr. Martín. Sin embargo, esta clasificación no es puramente especulativa, el autor la realiza plenamente y en cada uno de los casos da abundante serie de ejemplos, la mayor parte de ellos son absolutamente válidos. Citemos algunos: de la 1.<sup>a</sup> clase: *Fogium Lupale*: Foylevar; de *lupus*: Lobeira y Matalcbo, de *lepus*, *leporario*: Laboreiro, de *Capra*, *capraria*: Cabreira; de *Porcaria*: Porqueira, de *mula*: Pé de Múa; etc. De la 2.<sup>a</sup> clase: de *cytissus*: Codesal, Codeseda, Codesido, Codeseyra, Codesoso, de *carpaza*: Carpazal, Carpazanes; de *carduus*: Cardoso; de *Citriales*: Cidrás; de *Carvalho*: Carvallido, Carvalleda, Carvalleyra, Carvallal, Carvallosa, Carvalliño, Carvalla, Carvallediño, de *Castanea*: Castiñeyro, Castañeda, Castiñeyra, Castiñeyriño, Castiñeyras, Castañeyro; de *cerasus*: Cercixido, Cerdedo, Cerdido, Cerdedelo, etc. de *Cornus*: Cornido, Cornide, Cornedo, Corneda, etc.; de *Arbutus*: Erbedeyro, Erbededo, Erbedal, Erbedosa, etc. De la 3.<sup>a</sup> clase cita. Bomvexo, de *Bonus visus*; Belvis de *Bellus Visus*, Besomaño de *Visus Magnus*; Boa Vista, Vista Alegre, Monte Alegre, Altamira, Miranda; Perafita de *Petra Fixa*; Infesta, Poyo, Picouto=Pico Alto, Castro de *Castrum*. En la 4.<sup>a</sup> clase incluye: Osebe de *Eusebii*, Alban, de *Albani*; Osoño de *Ausonii*; Choren-te de *Florenti*; Romay de *Romani*; Doade de *Donati*. En esta clase hace un apartado de Santos de Lugares entre los que incluye: Byeito de *Benedictus*, Seoane de *Joannes*, Gíao, Gian de *Julianus*, Fiz, Fins, Fiuz de *Felix*, Baya, Vayo de *Eulalia*, Breixime o Breixome de *Verissimus*, etc. En la clase 6.<sup>a</sup> cita: Guillade, Guimaran, Ramiran, Gondomar, Guillar, Gosende, Rosende, Chistosende, Esponsede, Truitosende, Recarey, Guimarey, Ansercy,

Sigeredo, Christomil, Brandomil, Guntimil, Bracamonde, Salamonde, Ximonde, Allariz, Tuyriz, Gomariz, Guitiriz, Guildulfe, Frexulfe, Randulfe, Raxoy, Bifoy, Gafoy, Gudiña.

Acerca de los nombres de esta clase advierte: «De los nombres góticos quise poner los nombres, v. g. *Recesende* del genitivo *Recesvindi*; pero como pienso poner la etimología gótica a muchos, v. g. de donde viene esta voz sueva o gótica, *Recesvindus*, he dejado ese trabajo para mejor ocasión.»<sup>95</sup> La ocasión no le llegó y ha sido una lástima puesto que el talento de Sarmiento para descubrir los nombres germánicos es admirable. Los ejemplos de las cuatro últimas clases «no son tan abundantes, y porque estas que quedan puestas bastan para comprobar mi asunto, pondré aquí algunos sitios geográficos sueltos. Acaso en otra ocasión tentaré dividir por *clases* y con *método* y más *extensión* los sitios geográficos de Galicia, y averiguar su latinidad correspondiente. No quise aquí detenerme en esto por no precipitar el juicio.»<sup>96</sup>

He aquí un hombre consciente de su trabajo, proyecta aún acrecentar el rigor del método, y la extensión de sus materiales de trabajo. Ve perspectivas seductoras, que están a punto de arrebatarse, pero él mismo se dice; alto, cuidado, no nos precipitemos. Tiempo y reflexión se pide a sí mismo, «no precipitar el juicio»; y aun así, estos esbozos, hechos al correr de la pluma, resultan sorprendentes por la inmensa cantidad de aciertos y por el *método*.

No podemos valorar en este breve esbozo al Sarmiento toponimista, lo más que podemos hacer es invi-

<sup>95</sup> *Onomástico*, p. 143.

<sup>96</sup> *Onomástico*, p. 141.

tar a leer, las penetrantes páginas que dedica a esta disciplina en el *Onomástico etimológico de la Lengua Gallega*, del cual publicará en breve, una nueva edición, la editorial Galaxia, debida al cuidado de nuestro buen amigo y compañero Isidoro Millán González-Pardo.

## Sarmiento y la Onomástica

También los estudios de onomástica están en deuda con Sarmiento. En todas sus obras se encuentran atinadas reflexiones sobre los nombres de persona. Le inducen a estos trabajos, aparte de su natural vocación de lingüista, los estudios de heráldica y genealogía. El nos ofrece una clara visión de la onomástica hispánica. Comienza como siempre por el seguro campo latino: «Entre los romanos se distinguían los hijos por el *orden numeral* de su nacimiento, v. g. *Secundus, Quartus, Quintus, Sextus, Octavus*, etc. Las hijas, siendo niñas, se llamaban con diminutivo: *Quartilla, Quintilla, Sextilla*, y *Décima, Decimilla* y *Undecima, Undecimilla*, de lo que hay inscripción romana; así *milla* no es numeral, sino diminutivo de *Undecima*. Después se distinguían los hijos por alguna prenda o por algún corporal defecto. Ejemplos de lo primero: el *Blanco*, el *Rojo*, el *Rubio*, el *Hermoso*, el *Grande*, el *Rufo*, el *Plácido*, el *Delgado*, el *Gordo*, etc. Ejemplos de lo segundo: el *Ciego*, el *Tuerto*, el *Bizco*, el *Calvo*, el *Moreno*, el *Contrabecho*, el *Corcovado*, el *Estevado*, el *Cojo*, el *Manco*, el *Feo*, el *Romo*, el *Narigudo*, etc. Estos tres caracteres pasaron después a ser apellidos de familia y de sus descendientes. Hoy habrá un Juan que sea *moreno* y se llame *Blanco* de apellido y habrá un

Pedro que sea muy blanco y se llame *Moreno*». <sup>97</sup> Concibe Sarmiento claramente el origen de los nombres de familia y como siempre asoma su idea favorita de que son los «mixtos de la Historia Natural» los elementos denominadores que al hombre se le ofrecen más a mano:

«Sábese que los romanos tomaron sus apellidos de algún mixto de la Historia Natural, y especial de Botánica, v. g.: Agrícola, Rústico, Cicerón, Léntulo, Fabio, Cepio, Amaranthus, Florus, Narcisus, Messius y Frugi (de *messes* y *fruges*, etc.), Pison (de *pisum*, guisante), Juncinus, Illex (encina), Salvia (salvius), Viola, Cerasus (cerezo), Pervinca, Lariscolus (de *larix*)». <sup>98</sup> Casi de seguido entra Sarmiento en la explicación del apellido de su gran amigo Feijóo: *Phaselus* y *Phaseolus*, y según Dioscórides, *Phasiolos* significa la dicha legumbre (alubia). Pasó a *Faveolus* y *Faveolo*. Los gallegos hacen diptongo de AI o El la A, v. g.: *Faixa* de *fascia*, *baixo* de *bassus*, etc. *feixe* de *fascis*, *meiga* de *maga*. Así tenemos de *Faseolo*, *Faiseolo*, y perdida la L a la gallega, y sibilando a la gallega la S, resulta *Feixeco*, y finalmente resultó: *Feijóo* o *Feijo*. Así se debe escribir con X y no con jota, como vulgarmente se escribe». <sup>99</sup>

Sarmiento penetra en el origen de muchos nombres propios que proceden de topónimos y entonces vuelve a tocar problemas onomástico-toponímicos con una gran sagacidad: «Solo falta que apunte algo de la etimología de este apellido *Magallanes*. Afirmo que es latino su origen. Podría venir de *Magalia* que significa «choza de pastores». Pero la terminación prueba que es genitivo de persona. Digo que ese lugar se llamaría *Casale Mugillani*, y después, a la gótica, *Magellanis*.

<sup>97</sup> *Onomástico*, 143.

<sup>98</sup> *Onomástico*, p. 179.

<sup>99</sup> *Onomástico*, p. 179.



La familia *Papiria* traía consigo ese apellido *Mugillano*. Es tan noble y tan antigua entre los romanos, que ya 400 años antes de Cristo, había cónsules y otros magistrados de los Papirios Mugillanos; y de ellos hay muchas noticias en los Anales Romanos de Pighio. No digo que aquellos antiguos vinieron a Galicia; sí, que alguno de sus descendientes vino a ese reino con otros, y que asentaría su habitación en el terreno que de él tomó el nombre de *Magallanes*, pues es muy delicioso y fértil de todo. El nombre de *Festiñanes* o *Festiñans*, que tiene la punta de tierra que se avanza a la ría de Pontevedra, y que es continuación del lugar y Castro de *Magallans* o *Magallanes*, es también latino. Hay Justo, Justino y Justiniano y habría Festo, Festino y Festiniano. Las terminaciones en *-ans*, tan comunes en Galicia, vienen por lo común de un genitivo en *-anis*. *Wimara* o *Guimara* es puro gótico, que significa *Felix*. Declínase *Vimara*, *Vimarae*, y *Vimaran*, *Vimaranis* y de ahí: *Guimaranes*, *Guimaranis*, lugar y apellido. *Favila*, o *Fafila* se declina también *Fafilan*, *Fafilanis*. De *Fafila* hay en Campos: *Villa-Fáfila*; de *Fafilan*, hay un lugar en Galicia: *Fafián*; y de *Fafilanis* quedó el nombre de la villa y condado de *Fafiñanes* y *Fefiñans*. Y si en lugar de S hay Z es genitivo de patronímico: *Vimaraniz*, *Fafilaniz*, de *Vimaranus*, *Fafilanus*». <sup>100</sup>

Oigámosle hablar ahora de los apellidos que toman origen de un topónimo gentilicio: «Yo digo que el *Vasconcelos* de Portugal ha sido población de algún gallego del lugar de *Vasconcelos*, en el valle de Lemos, en Galicia; y que *Vasconcelos* es diminutivo, en su origen de *vascones*. Siempre que alguna porción de

<sup>100</sup> *Onomástico*, pp. 154-155.

hombres de nación extraña se heredaban y avecindaban en algún sitio, tomaba éste el nombre de ellos. Esto es común en todas partes. Y hablando de Galicia, hay lugar de *Céltegos*, de los *célticos*, *Suevos* de los *suevos*. Lugares de *Godos* de los *godos*. Infinitos lugares de *Francos*, y aún de *Francia*, junto al Ferrol, de los *franceses* o *francos*. También hay el lugar de *Francelos*, que es el diminutivo de *Francos*, según el genio gallego de usar de *diminutivos*.

Al caso, *Francos* y *Vascones* significan en general *franceses* de la Gasconia y de la verdadera *Francia*. Así, a proporción que en Galicia hay muchos lugares de *Francos*, también hay muchos lugares de *vascones*. Hay *Vascones*, *Vascons*, *Vascós*, y *Vascoas*, *Vascuas*; y creo que el lugar o pila de *Viascon*, junto a Pontevedra, tendrá, el mismo origen. Y así como de *Francos* se formó el diminutivo *Francelos*, se formaría de *Vascones* el diminutivo *Vasconcelos*. Lo mismo sucede en Castilla con los lugares *Gallegos* y *Galleguillos*. Esos diminutivos se deben entender de modo que ni los *Francos* ni los *Vascones* establecidos ya en Galicia, sino sus hijos o nietos pasaron a habitar otro sitio, y le dieron el nombre con *diminutivo*. No me detengo en el cuando esos franceses descarriados vinieron a Galicia. Lo que es constante es que los de entre *Home* y *Cádavo*, en donde está la Torre de *Vasconcelos*, no vinieron a poblar al lugar de *Vasconcelos*, que está en el valle de Lemos, y existe hoy con ese nombre». <sup>101</sup>

Éstas palabras podrían haber brotado de la pluma de un sesudo filólogo de nuestros días. Dejemos a un lado el origen de los *vascones* al cual asigna Sarmiento

<sup>101</sup> *Onomástico*, pp. 183-184.

una ascendencia francesa y aun esta hipótesis merecería ser considerada con todo detenimiento; lo que hemos de admirar son las dotes de observación sarmientinas, ese continuo conjugar de materiales, esas sabias cualidades de comparatista, que en cada ocasión, sabe sacar el fruto de los elementos utilizados. La observación de que los topónimos en—*ellos* son posteriores a los correspondientes simples es absolutamente válida e incontrovertible.

## El portugués en Sarmiento

He aquí otra debilidad de Sarmiento, un capricho de su genio. La visión de la lengua portuguesa en Sarmiento está un poco deformada por su excesivo galleguismo. No quiere reconocer en la lengua del país vecino ningún elemento personal. Esto contribuye un poco a desviar sus visiones acertadas. Está empeñado en que es una lengua de reconquista y colonización gallega. En varias ocasiones le notamos como un pequeño resentimiento, quizás mejor un poco de envidioso deseo de emulación, hacia las obras portuguesas. La causa verdadera reside en que la lengua que ha mamado se ha quedado muerta, sin cultivo literario, en boca de rústicos e iletrados, despreciada por los mismos que la hablan, e ignorada en la inmensa riqueza de su léxico. Para revivirla es preciso estudiarla gramaticalmente, científicamente, es preciso que los niños tengan un Arte como el de Nebrija. Pero lo más absurdo para él es que estudien los niños gallegos el latín a través del castellano, del Arte de Nebrija. Piensa con un poco de rubor que los portugueses tienen el arte del P. Pereira para estudiar latín y sin embargo sus paisanos tienen

que contentarse con un texto castellano. Una cierta pena le invade siempre que en materia bibliográfica se encuentra con un inmenso vacío en gallego mientras ve que los portugueses están mucho mejor dotados. Al tratar de la dolorosa falta de un *Diccionario Gallego*, él consciente del inagotable caudal lexicográfico del gallego, no puede evitar de recortar un poco las pretensiones del Diccionario de Bluteau: «Quítese a Bluteau la infinidad de voces que no son portuguesas, o que son facultativas, extrañas, y se quedará su vocabulario portugués en un esqueleto, como el vocabulario del P. Pereira.»<sup>102</sup> La mayor abundancia portuguesa se debe a que esta lengua ha asimilado las voces de la ciencia, de la cultura y muchas otras, que el gallego, al haberse quedado en la condición de lengua regional y sin cultivo científico y literario, no ha tenido ocasión de apropiarse.

Ya hemos visto como en otro momento, al tratar de su proyectado Diccionario Geográfico de Galicia, compara su atraso frente a Portugal: «De tanto empleo público como hay en Galicia, y que comen a cuenta del reino, los empleados entrando *ingenieros*, y otros infinitos que a título de *sal* y de *tabaco* penetran por todos los rincones y sitios de Galicia, hasta entrarse en las casas, en las cocinas, sótanos y bodegas, y, lo que causa enfado, hasta registrar quienes entre camisas y cuero, o entre cuero y carne, ocultan un puñado de sal, o un polvo de tabaco; de esos y de los demás digo: como hasta ahora no han dado a luz una *Descripción Geográfica de Galicia*. Si quiero saber todos los lugares, ciudades, villas y aldeas de Portugal, los podré hallar juntos todos en los libros. Y para saber alguno de

---

<sup>102</sup> *Onomástico*, p. 12.

Galicia, necesito patearlos. Hay tres tomos en folio con título: *Corografía Portuguesa*, su autor Antonio Carballo da Costa, presbítero.»<sup>103</sup> Una sana emulación atormenta a Fray Martín al ver el retraso que en algunos casos llevaba la ciencia española frente a la del país vecino.

Pese a todo Sarmiento procura guardar un mesurado equilibrio frente a los indiscutibles valores de la ciencia portuguesa: «Aprecio mucho a Nêbrija y al P. Pereira, y no quiero se crea que yo escribo para censurarlos. Pero juzgo, sí, que en las voces que traen de la Historia Natural, sería muy útil que algún latino y botánico, o Historiador Natural, las corrigiese, entre un paréntesis, y que con él se reimprimiesen sus diccionarios.»<sup>104</sup>

Reprocha, sin embargo, a la ciencia portuguesa, la tendencia a desligarse totalmente de Galicia y a negar o aminorar hasta lo máximo la aportación galaica a su cultura, a su léxico, a su Nobiliario, etc.

Sarmiento formula una serie de reglas a las que se ha de atener su fiel discípulo Alethophilo: «1.<sup>a</sup> Siempre que hay un apellido mismo en Portugal y en el Centro de Galicia, y ese apellido no se halla en el texto del Conde D. Pedro, ese apellido ha pasado de Galicia. 2.<sup>a</sup> Siempre que le hay también en el conde don Pedro, cotéje la mayor antigüedad de esos dos apellidos, y si hay más antigua memoria del de Galicia, ha pasado a Portugal el del conde don Pedro. 3.<sup>a</sup> Siempre que hubiese duda, vótese, por regla general, que pasó a Portugal el de Galicia, y no al contrario. 4.<sup>a</sup> Siempre que se hallare un lugar o población, y que en el centro de

<sup>103</sup> *Onomástico*, p. 192-193.

<sup>104</sup> *Onomástico*, p. 91.

Galicia hay otra población con el mismo nombre, la población de Portugal es población de gallegos, y no al contrario. Es palmario, pues los portugueses jamás poblaron en Galicia, y los gallegos, al paso que iban liberando a Portugal de Moros, iban poblando el país de gallegos, de apellidos, y de los nombres de los lugares que dejaban en su país. Esto hicieron los españoles en América y no al contrario. Y lo mismo hicieron los portugueses en sus conquistas ultramarinas. 5.<sup>a</sup> Siempre que en Portugal hubiese algún apellido que se tomó de algún lugar, y éste lugar no le hay en Portugal, pero sí en Galicia, vétese que ese apellido, aunque no le haya en Galicia, de Galicia pasó a Portugal aquel apellido. Es muy creíble que hoy suceda lo mismo con los millares de gallegos que pasan a Portugal, pues aunque no pasan como conquistadores, son infinitos los que se casan y quedan en Portugal. Sea uno Pedro Fernández, natural, v. g., de Cándoa; éste en su lugar sólo se llamaba Pedro Fernández; y para distinguirse de otros Pedros Fernández en Portugal, tomará el apellido de Cándoa. Con el tiempo será Cándoa apellido en Portugal; y no obstante que en Galicia no creo haya apellido de Cándoa, el apellido Cándoa en Portugal, será apellido que pasó allá de Galicia, por razón de *lugar*. 6.<sup>a</sup> Siempre que en el centro de Galicia, se use una voz gallega, y que se use también en libros portugueses, esa voz pasó de Galicia a Portugal. Por esta razón las voces *mixiriqueyro*, *mágoa*, *saudade*, aunque se usan en Portugal, son primitivas gallegas. Duarte Núñez, pondera tanto su voz *mixiriqueyro*, por antigua y especialísima portuguesa, que dice no se sabe el origen. Yo digo que es latina, y después pasó a ser gallega. Tengo materiales para escribir un pliego sobre la voz *mixiriqueyro*, que formaré cuando se ofrezca ocasión. 7.<sup>a</sup> Siempre que ha-

cia la raya de Portugal se use alguna voz que no sea gallega, ésa se pegó de Portugal a la raya de Galicia, no al interior; v. g., *alfayate* (sastre), *alfajeme* (cirujano), *almocrebe* (arriero), etc. Esas voces huelen a Mahoma, y son de las que en Portugal quedaron de los Moros. 8.<sup>a</sup> Siempre que concurren dos instrumentos góticos contiguos, uno gallego y otro portugués, se debe apreciar al gallego, y mirar con desconfianza al portugués, y hacer exacta crítica de él. A trueque de que tiene rey aparte, que están en la tema fatua de no querer ser cadetes de los gallegos, se han valido de mil ficciones para persuadirlo, y han negado hechos constantes, como el que doña Teresa no fué natural hija de don Alfonso VI, y que no casó segunda vez con un gallego. Ésto lo dice ella en la fundación de Monte Ramo; y lo otro lo dice la misma doña Jimena, amiga del rey y madre de doña Teresa, como consta de epitafio que trae Yepes; el cual vi, leí y copié original. No obstante, Duarte Nuñez creyó que alguno no se reiría de él escribiendo lo contrario.»<sup>105</sup>

El amor a Galicia lleva a estas conclusiones a Fray Martín, pero hay también tras ellas, un fondo de oposición a toda una serie de injurias, que circulaban en los libros del país vecino, contra Galicia y Castilla. Sarmiento toma la palabra para defenderse y lo hace con gran agudeza y maestría, aunque no exento, en sus argumentos, de exageración. Algunos de sus postulados nos parecen como el primer eco de un ensayo de estratigrafía lingüística a base de materiales desumidos de la geografía.

Las relaciones entre portugués y gallego desde el punto de vista lingüístico, y, como consecuencia, de la

---

<sup>105</sup> *Onomástico*, pp. 204-206.

perspectiva histórica, que para Sarmiento es fundamental, le llevan a concluir que el portugués es un dialecto del gallego.

De todos modos la valoración científica de los autores portugueses es siempre muy ecuánime «El vocabulario portugués del P. Bluteau, en diez tomos en folio, es indispensable, pues suplirá por un *vocabulario gallego*. Además de eso tiene mucha erudición»<sup>106</sup>, estas frases se encuentran encabezando la lista de obras que su Alethophilo debe adquirir para adentrarse en el estudio de todos los materiales científicos que Galicia conserva sin explotar. Con ocasión de sentar la posibilidad de que varios autores ayuden a su Alethophilo en la ingente tarea, advierte «Es verdad que no estoy bien con esto de que muchos entendimientos se aliñen en una cofradía. El solo P. Bluteau escribió por si *solo* los diez tomos de su *Vocabulario*, además de otros cuatro tomos en folio de otros asuntos. Obra que sale de muchas manos y de muchos entendimientos es un queso de *sesenta leches*. No puede haber en ella la deseada consecuencia. Eso se ve en el *Diccionario* de Moreri, y en otras compilaciones a las cuales han concurrido muchos». <sup>107</sup> Sarmiento prefiere la obra individual a la colectiva y la comparación que establece entre el *Vocabulario* del P. *Bluteau* y el *Diccionario* de *Moreri*, no puede ser más elogiosa para el primero, que con su personal esfuerzo ha logrado un admirable monumento para su lengua.

---

<sup>106</sup> *Onomástico*, p. 200.

<sup>107</sup> *Onomástico*, p. 201.





### III

## Sarmiento y el gallego

### La infancia galaica de Fray Martín

LOS primeros recuerdos que Sarmiento logra revivir de su más remota infancia están iluminados por la suave melodía de la lengua que ha mamado. Mudo está el primero de todos: los gigantones de la Procesión del Corpus pontevedrés, aunque quedan fijos en su mente la calle, casa y celosía, tras la cual los vió. Tenía entonces *veintiseis meses y veintiun días*<sup>108</sup> y el miedo ha congelado sus tiernos balbuceos, dejando para siempre en su existencia «un terror pánico a los fantasmas y espantajos nocturnos». El segundo tiene la gracia infantil de su media lengua: «No tenía yo cuatro años cuando, enredando con otro niño coetáneo, que tenía un martillo en las manos, dejóle caer inocentemente sobre el dedo mínimo de mi mano derecha, y me hizo tal herida que aún hoy tengo muy visible la cicatriz. Supongo que mis padres me dirían entonces que aquel

<sup>108</sup> *Onomástico*, p. 64.

dedo herido era de la mano derecha, y que me dirían que le tuviese por señal. El hecho es que cuando me preguntaban delante de algunos *¿Cal é a tua mandereyta?*, me retiraba a un lado, miraba en que dedo estaba la cicatriz, y volvía como triunfante, respondiendo de pronto así: *¿Cal é a miña man dereyta?*. Y señalando con el índice de la izquierda el dedo de la cicatriz de la derecha, decía «*Eta*». El usar «*eta*» en lugar de «*esta*» y el confundir el dedo con la mano, prueba la poca edad que tenía». <sup>109</sup>

De pocos años después es esta otra estampa de su vida candorosa: «Siendo yo muy niño iba con mi madre y señora, que Dios haya, a la iglesia de San Juan de Dios de Pontevedra a oír misa. Decíala un santo sacerdote que tardaba una hora en la misa. Mis tiernas rodillas no podían aguantar tanto tiempo, y así para engañarlas echaba los ojos por las paredes para registrarlo todo. A la derecha del altar mayor estaba esta inscripción: *Charitas*, y a la izquierda esta otra: *Humilitas*, ambas con letras unciales. Yo leía la *Ch* de *Charitas* como se lee en *charco*, y ponía el acento en la «*i*». De este modo leía a voces *charítas*; y decía a mi madre: «*Mi madre, ¿qué quiere decir charitas?*». La respuesta era reñirme porque no atendía a la misa. Atendía un poco, y después leía a voces la otra voz: *Humilitas*, así: *Hu-milítas*; y volvía a preguntarle: «*Mi madre, ¿qué quiere decir humilitas?*». Y me respondía como antes». <sup>110</sup> Aquí tenemos sus primeros recuerdos empapados de gallego, su lengua diaria, la única que Sarmiento ha sabido, la única que ha mamado; las demás las ha aprendido. Ella

---

<sup>109</sup> *Onomástico*, p. 148.

<sup>110</sup> *Onomástico*, p. 41.

será la que se ha de meter en los entresijos de su alma y ha de asomar, aún creyéndola muerta, en cada frase de su pluma.

Sarmiento, entonces Pedro José García Balboa, hace sus primeros estudios en el convento Lárez, próximo a Pontevedra. Entra en contacto con las Humanidades. Sin duda fué una dura experiencia. Aquel niño acostumbrado a hablar gallego, ignorante casi del castellano, tiene que hacer grandes esfuerzos para estudiar el Arte de Nebrija. Así luego le hemos de ver defendiendo la idea de que a los niños gallegos se le debería enseñar el latín a través de un Arte en gallego. De esa época será la anécdota siguiente: «Tiempo hubo en que, no habiendo yo visto *pavos*, oyendo contar en un cuento, que a uno le habían mandado guardar los *pavos*, entendí que le habían mandado guardar los *pabíos* que son los cabos de las velas». <sup>111</sup>

Éstas experiencias son las que le han de proclamar ardiente defensor del método de enseñanza directo, de la palabra y la cosa estrechamente enlazadas. Porque él aprendió muchas palabras castellanas sin enterarse a qué cosa correspondían, muchos *pavos*, que creía *pavíos*.

Llega ya a los 15 años, abandona su ciudad y sus padres para trasladarse a Madrid a tomar el hábito. Allá permanece separado de su lengua materna por espacio de 10 años, peregrinando por distintas regiones hispánicas: Hirache, El Escorial, Salamanca, Eslonza, Celorio, Oviedo. La ancha geografía española ya no le será desconocida.

Luego regresa a Galicia a ver a sus padres y en 1725 recibe la orden de regresar a Madrid. Es entonces cuando le despide su madre con aquellas frases car-

---

<sup>111</sup> *Onomástico*, pp. 56-57.

gadas de sabor galaico que él nos recuerda celosamente: «Adios, Perucho mío, *que nunca me diste que sentir*».

Pasan los años y aumentan sus preocupaciones lingüísticas hasta que un día, pensando en hacer un Vocabulario Etimológico Castellano, el gallego se le ofrece como un camino natural entre aquella lengua y la latina. «Me pareció que se podían formar unos Elementos que pudiesen servir de norma para los que quisiesen dedicarse al estudio de las Etimologías de las voces castellanas solas, pues aún no había pensado en la lengua gallega. En treinta y cinco años que faltaba de Galicia apenas había estado tres meses en aquel reino, y *casi me era ya desconocido el idioma gallego, y sólo me acordaba en confuso de las voces que había mamado*». <sup>112</sup> Recordemos también aquellas frases que ya hemos citado: «Escribo para mi gusto y para mi instrucción, y para ejercitarme en la averiguación de la antigüedad, nobleza y pureza de la lengua que he mamado. Y ojalá hubiese pensado en esto, hace ahora treinta y cuatro años, pues no viviría arrepentido, y sé que hubiera entendido, mejor todo cuanto he leído de otros diferentes asuntos». <sup>113</sup>

Ante Sarmiento se han abiertos los inmensos horizontes de la lengua gallega, la vé tan amplia, tan profunda, tan llena de atractivos, tan sola y tan olvidada, que cree que su vida es corta ya para la tarea que tiene ante sí. La halla viva y palpitante, floreciendo entre los labios balbucientes de los niños, en la boca desdentada de los viejos, en la gárrula charlatanería de una moza que no la entiende. La nota viva y alada, hecha aire y

<sup>112</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 672.

<sup>113</sup> *Onomástico*, p. 76.

sentimiento, sin cuajar en texto escrito. Y esto le inquieta, teme que se pierda porque sabe que no se cultiva y que es despreciada por muchos de sus hablantes.

Sarmiento vuelve a la lengua de su infancia, está dispuesto a no dejar perder la voz de sus padres, y se dispone a recogerla, a enaltecerla, a elevarla a su antiguo rango.

## El gallego en tiempos de Sarmiento

Sarmiento es el mejor testimonio que se puede aducir para el estudio de la lengua gallega del siglo XVIII. Con solo sus palabras se puede trazar un panorama lingüístico de la lengua de su tiempo. Su experiencia lingüística es de primer orden. El ha tenido que sufrir las desazones de trasladarse a un medio lexicográfico extraño que su propia experiencia ha ido desvelando. Quisiera evitar a los jóvenes que tras él vienen las penalidades que ha sufrido. A este fin apunta una buena parte de su *Onomástico Etimológico de la Lengua Gallega*.

Mientras Sarmiento no fué a la escuela, mientras se deslizaba su alegre infancia entre juegos juveniles y charlando con sus compañeros, no hubo problemas; mientras hablaba con sus padres, con sus amigos, con los de la calle, no podía haberlos. El problema nació en el momento en que quiso entrar en la escuela, en el momento de acercarse a la ciencia; desde entonces su lengua se hizo torpe, sus voces insuficientes, y tropezó con el castellano.

Has hasta entonces no había sentido la menor necesidad de su empleo. Ahora es cuando comienzan las difi-

cultades. Comienza a estudiar latín, llega a sus manos el Arte de Nebrija. Lo malo es que ese Arte está en una lengua que no entiende. Tiene que estudiar que *betulla*, —*ae* es el *abedul*, lo malo es que la voz *abedul* es tan extraña para él como lo es *betulla*.

Sin duda debió ser dura esta primera entrada en el mundo de la ciencia. Por eso Sarmiento proclama la necesidad imperiosa de escribir una gramática o Arte latina en gallego. «El Arte de Nebrija se escribió para que los castellanos estudiasen la lengua castellana y latina. Tengo un Arte de Nebrija que se imprimió en Francia, para que los niños franceses estudiasen el latín. Pero no está la explicación en castellano, pues sería ridículo, sino en el vulgar francés que ya sabían los niños. Lo mismo digo del Arte del P. Pereira, que escribió para que los niños portugueses estudiasen el latín. Su explicación está sólo en portugués, y sería ridícula en castellano. En virtud de lo dicho, propongo que el vulgar arte de Nebrija, que se reparte a los niños en Galicia para que estudien el latín, es insuficiente para ese fin. Debía, pues, imprimirse un Nebrija, y los demás libros de Gramática con la explicación escrita en Gallego, y se debía explicar también a boca en ese mismo idioma, que sepan ya los niños». <sup>114</sup>

¡Que bien apunta Sarmiento! He aquí un hecho clave para la conservación y defensa de la lengua gallega. Aquí comienza la ruina del gallego, en la escuela; y Sarmiento lo sabe, lo sabe porque lo ha vivido, allí agonizó su lengua hablada, y allí nació su castellano. Sólo después, cuando penetró por los senderos de su saber personal, pudo llegar a comprender todo el valor de su lengua de la infancia. Su experiencia se lo ha di-

---

<sup>114</sup> *Onomástico*, pp. 10-11.

cho. La escuela era el primer enemigo de la lengua gallega, y la escuela era la cultura, y ser culto equivalía a no expresarse en gallego. Es posible que Sarmiento haya llegado a esta conclusión no con el fin de restaurar el gallego, sino con el deseo pedagógico de facilitar la tarea de la enseñanza del latín a los niños galaicos. De todos modos su objetivo sería doble y enormemente fructífero.

«Dirán que con el Arte vulgar se estudian a un mismo tiempo las dos lenguas, castellana y latina. Yo digo que ninguna se estudia, porque no se aplica a lengua conocida que pueda unir y ligar las dos. El fin principal es estudiar la lengua latina». <sup>115</sup> Poco antes afirmaba: «Ninguno que no sepa la lengua gallega, con bastante extensión, podrá enseñar bien el latín a un niño gallego. Le inculcará el castellano y el latín, pero ni uno ni otro idioma comprenderá el niño si, mediante su idioma vulgar, no se le enseñan las cosas con el dedo. ¿Qué cosa más ridícula para enseñar a un niño, o castellano o gallego, que desea estudiar la lengua polaca, v. g., que el ponerle en la mano el arte gramático de la lengua polaca explicado únicamente en latín? ¿Si el niño no sabe latín, cómo entenderá la explicación?». <sup>116</sup>

Sarmiento acepta la necesidad de un bilingüismo en cuanto Galicia está integrada en la unidad hispánica, sin embargo prefiere que el castellano se aprenda no en la escuela, sino más tarde, por la relación natural con los castellanos. «Responderáse que es preciso y útil que los gallegos estudien la lengua castellana. Pero no creo que para eso sea preciso el Arte de Nebrija, no explicándole *simul* en el idioma gallego. De los tantos que en Galicia saben el castellano, o jamás vieron el

<sup>115</sup> *Onomástico*, p. 11.

<sup>116</sup> *Onomástico*, p. 10.



Arte de Nebrija o sólo le vieron en confuso. Los gallegos de forma no saben el castellano por el Arte de Nebrija, sino por el comercio con los castellanos, y después por la lectura de los buenos libros». <sup>117</sup>

Sarmiento no piensa en eliminar la lengua castellana en Galicia, el castellano no le estorba; piensa sí, en facilitar la tarea de los niños gallegos que tienen que aprender absurdamente el latín. Su postura es ecuaníme, comienza aceptando el estado de cosas, pide que se explique en gallego y que se hagan libros de estudio en gallego, con esto se conforma. Pero solo esto hubiera sido bastante para revolucionar el panorama lingüístico en el curso de dos generaciones, en Galicia. Su idea no tuvo eco.

Era el castellano la voz de la cultura y toda persona culta se expresaba en dicha lengua, con lo cual disminuía el prestigio del gallego. No hay que olvidar que la cultura estaba administrada por la iglesia, y por lo tanto, las dos voces más poderosas: la de la fé y la de la ciencia, eran castellanas.

«No pocas veces he pensado —dice Sarmiento— en cuál ha sido la causa de que en Galicia se haya introducido el uso o abuso de escribir en castellano lo que antes se escribía o en latín o en gallego. No hay género de escritura, testamento, donación, venta, contrato, foro, arriendo, compra, trueque, partijas, etc., que yo no haya visto y leído en Galicia o en latín o en gallego, y que se pueden cargar carros de estos instrumentos que se conservan en Galicia. No habiendo pues precedido ni concilio, ni cortes, ni consentimiento uniforme de los gallegos para actuar, otorgar, comerciar en lengua castellana, ¿quién lo introdujo?»

---

<sup>117</sup> *Onomástico*, p. 11.

La respuesta está patente que Galicia llora y llorará siempre; no los gallegos, sino los no gallegos, que a principios del siglo XVI inundaron el reino de Galicia, no para cultivar sus tierras, sino para hacerse carne y sangre de las mejores, y para cargar con los más pingües empleos, así eclesiásticos como civiles. Esos han sido los que, por no saber la lengua gallega, ni por palabra ni por escrito, han introducido la monstruosidad de escribir en castellano para los que no saben sino el gallego puro. Esta monstruosidad es más visible en los empleos eclesiásticos.

No sé como toleran los Obispos que curas que no son gallegos ni saben la lengua, tengan empleo *ad curam animarum*, y sobre todo, la administración del santo Sacramento de la Penitencia. ¿Qué es el coloquio de un penitente, rústico y gallego, y un confesor no gallego, sino un entremés de sordos?. Son innumerables los chistes vergonzosos que se cuentan de esa inicua tolerancia. Habrá 15 días que un cura gallego natural, me dijo que confesando a una gallega, le dijo que se había confesado antes con un castellano, pero que no creía que hubiese sido confesión, porque ni el castellano entendió a la gallega, ni ésta al castellano.

El verbo *trebellar*, en gallego, de *tripudiare*, siempre significa, *in malam partem*, y dista cien leguas del honesto verbo *trabajar*. Confesor castellano ha habido que, hasta después de muchos años, estuvo en el error de que lo mismo era el verbo *trebellar*, gallego, que el *trabajar* castellano. Y a los penitentes que habían confesado que '*habían trebellado*' tantas veces, les decía que en días festivos sólo *podían trebellar* una hora, pero que en los días sueltos *podían trebellar ad laudes*

*et per horas*. Si el tal confesor hubiese oído la copla gallega: «*O crego mais a criada / jugaban aos trebelliños*, etc., entendería el significado.

Para evitar éstos y otros absurdos en odio, burla, nulidad y chacota al Sacramento de la Penitencia, es justísima la ley o costumbres de los catalanes, que jamás darán curato o rectoría al que no es catalán, o no está examinado de que sabe bien la lengua catalana. No hace muchos años que a un grande doctor y que había predicado la Cuaresma en Barcelona con aplauso, le dieron calabazas para una rectoría, por sólo la razón de no saber el vulgar dialecto catalán. ¿Y por qué los Obispos de Galicia no se deben ceñir a esta justísima ley?

Es muy loable, sobre ser precisa, la ley de la América, según la cual, ningún sacerdote puede tener curato o doctrina, si no sabe bien la lengua bárbara de los pueblos que ha de instruir. Así llaman *lenguaraces* a los que estudian muchas lenguas bárbaras para estar aptos para ese o el otro curato. Yo aseguro que si para los curas de Galicia hubiese examen de lo que saben del gallego vulgar, y diesen calabazas a los que no lo saben, tendría yo menos que persuadir sobre el estudio de la lengua gallega». <sup>118</sup>

Aun va más lejos Sarmiento, también los que ocupan los empleos y cargos públicos deberían saber gallego: «Hablo, sí, de los que han de tratar de instruir y dirigir a los fieles en la religión católica, y de los que han de administrar justicia civil; arreglándose unos y otros a las inviolables y loables costumbres del país; pues una costumbre establecida e inmemorial, y que no es mala, tiene tanta fuerza como una ley extemporánea y transitoria, y todos los que no saben, ni la

---

<sup>118</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, pp. 122-124.

lengua gallega ni las costumbres respectivas, son ineptos para los dichos empleos». <sup>119</sup> Aquí le vemos como ha calado admirablemente las avanzadillas por donde el castellano penetra en Galicia. Pero, observémosle bien, Fray Martín posee una mente equilibrada, serena, ama a su lengua, como cada uno ama a la que ha aprendido, pero su amor no le lleva a extravíos. Su lengua no es mejor ni peor que la castellana, es diferente. No le gusta que la desprecien, ni el tampoco desprecia a la castellana. No piensa en la eliminación del castellano en Galicia, éste ha de llegar allí naturalmente, sin violencias, por los contactos diarios. Ahora, lo que sí le duele es el recuerdo de las torturas juveniles de aprender una lengua que no ha mamado, de tener que romper una tradición lingüística en el momento que quiere entrar en contacto con la cultura. Esta transición ha sido para él muy dolorosa, y quiere evitarla a la juventud venidera. Y si esto le ha ocurrido a él, que ha pasado su vida ante los libros, ¿que sucederá al pobre rústico o iletrado que desconoce el castellano?

Sarmiento lo sabe, Galicia no está preparada para los contactos directos con el castellano, la mayor parte de sus habitantes, lo ignoran, al ignorarlo no pueden entenderse, y esta falta de comprensión tiene una importancia capital para la Iglesia, para el sacerdote, que no podrá confesar ni administrar sacramentos a feligraneses que no entiende.

Por necesidades culturales y religiosas el gallego necesita ser revalorizado, estudiado, aprendido por todos, ya castellanos que vienen a ocupar cargos a Galicia, ya gallegos que lo desprecian porque lo ignoran. De aquí viene naturalmente ese preocuparse de Sar-

---

<sup>119</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 124.

miento por el estudio del gallego, es decir parte de una realidad apremiante que exige su conocimiento, no de un abstracto amor que por vanagloria le lleve a su exaltación, no. Sarmiento desea que la lengua de la fé y de la cultura sea la misma que hablan la mayor parte de los habitantes galaicos, quiere romper esas trabas lingüísticas que agarrotan las mentes infantiles y empañan la clara voz de la verdad divina o humana. Que todo marche naturalmente según exigen las necesidades lingüísticas.

¿Que solución veía Fray Martín a este enojoso estado? Una renovación del estudio del gallego. Pero ¿cómo lo vamos a aprender, por donde hemos de estudiar, qué diccionario hemos de seguir, en qué gramática nos fundamentaremos? le responderían sin duda los fieles a su idea.

## Los gallegos ante su lengua

Si el castellano logró imponerse como lengua de cultura, la reacción consiguiente era la de que toda persona que se preciase de culta, aún cuando fuese un patán, tratase de hablar castellano; y, en consecuencia, se venía a dejar el gallego en una situación de inferioridad, es decir, como la lengua del rústico e ignorante; por lo que, el que más y el que menos, trataba de disimular su peculiaridad lingüística.

La única reacción posible a esta situación era o revalorizar la lengua hablada o escribirla, con lo cual ya quedaba asentada con rango de lengua literaria; a uno y otro fin apuntaban las pretensiones de Sarmiento. Un círculo vicioso apresura los destinos lingüísticos galaicos:

el gallego es despreciado por sus propios hablantes porque no es lengua de cultura, no se escribe; y no se escribe ni se habla, porque es despreciado por sus hablantes.

Si el castellano se hizo dueño de la lengua de la cultura y de la literatura ¿qué es lo que le quedaba al gallego?. Prácticamente nada. «Es poco o nada lo que hoy se escribe en gallego».<sup>120</sup>

Pero lo malo no es ésto, lo malo es que el propio hablante galaico ha llegado a adquirir un complejo de inferioridad ante su propia lengua. Si el castellano se hubiese contentado con desalojar al gallego del reducido cultural y literario, la cosa no sería tan mala; lo peor es que también trata de suplantarle en la lengua hablada y de todos los días, y en este aspecto Sarmiento no está dispuesto a ceder ni un ápice.

Hay que ganar a los cultos para comenzar la defensa de la lengua. Sarmiento se contenta con «Proponer a los gallegos eruditos y curiosos, que recojan y coordinen las voces gallegas que actualmente se hablan en todos los territorios de Galicia, y que hagan más aprecio de la lengua que han mamado. No digo que puestas en Castilla hablen gallego, sino que no hagan estudio de olvidar su idioma por complacer a los castellanos. Deben sacudirse con aire de aquellos idiotas y mentecatos, que, si oyen hablar castellano a algún gallego, y se les escapa alguna voz, frase, pronunciación y acento de Galicia, sueltan la carcajada de risa borriquina».<sup>121</sup> A Fray Martín le molesta esa incomprensión hacia la lengua gallega y ésto le enfada terriblemente.

Por todos los procedimientos trata de defender su lengua, de dar argumentos a los propios gallegos para

<sup>120</sup> *Onomástico*, p. 11

<sup>121</sup> *Onomástico*, p. 13.

que la defiendan; para que la conozcan, para que sepan su historia, su antigüedad y nobleza, su estrecha cercanía al latín, su inmensa riqueza lexicográfica, su prestigio literario en el mundo de la lírica medieval. Por todos los caminos, con todos los esfuerzos, pretende Sarmiento, revalorizar el gallego, destruir ese complejo que le acogota; sabe por donde hay que comenzar —Sarmiento lo sabe todo— y es al elemento culto, a las clases rectoras, a los eruditos más o menos a la violeta, a quienes él se dirige. Si ellos le atienden todo se habrá salvado: los niños estudiarán sin esfuerzo, los humildes campesinos erguirán sus súplicas a Dios en demanda de penitencia sin miedo a no ser entendidos, y todo irá mejor en su amada Galicia.

Su voz no tuvo eco; predicaba en desierto. Pero aún por otros caminos podría enderezar el gallego hacia los mejores días de su esplendor. Por el de la ciencia. No la ciencia pura y apartada de la vida, sino la ciencia de la naturaleza, las Ciencias Naturales, la Geografía: «No es dudable que, si con el tiempo se diese a luz y se imprimiese en gallego una Historia General y una Historia Natural de todo el reino de Galicia, se aficionarían los gallegos a su lengua nativa, y más si a cada mixto de la Historia Natural se le señalase, además de los nombres, las medicinas caseras, y usos domésticos experimentados, que les atribuyen en las aldeas, no las falsas y fantásticas que se leen en los libros.

Acaso será atractivo, para que los gallegos depongan el odio que tienen contra su lengua, el que recogidas todas las coplillas gallegas, se imprimiesen en un *Cancionero Gallego*». <sup>122</sup>

<sup>122</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 119.

Pero no sólo a los gallegos es útil el estudio de su lengua, también lo será a los castellanos: «Aun los castellanos necesitan de aquella lengua gallega, antigua y vulgar, como intermedia para reducir al latín sus voces castellanas puras. No porque éstas sean o no sean más antiguas, de lo que no disputo, sino porque los gallegos conservan más tenazmente la antigua analogía, que en lo antiguo era común a las dos naciones de España y que en los siglos han mudado los castellanos». <sup>123</sup>

Aquí tenemos al puro lingüista que vé en la lengua únicamente valores filológicos que es necesario utilizar para el estudio de la historia de las lenguas romances.

## Historia de la lengua gallega

En las páginas precedentes ya hemos tenido ocasión de ver una serie de pasajes en donde se advierte la clara idea que tiene Sarmiento en torno a la Historia de la Lengua Gallega. Pasemos ahora a considerarlas más detalladamente.

Con casi la misma maestría, que despliega el Sarmiento historiador de la lengua castellana, le sorprendemos al adentrarse en la gallega. Conoce su glorioso pasado. A propósito del Cancionero de coplillas gallegas que acabamos de citar, agrega casi de seguido Fray Martín: «Pues sepan los gallegos que huyen de la lengua que mamaron, que hace más de 500 años que tenemos ese cancionero en lengua gallega. No se llama Cancionero, sino *Libro de los Cantares*. El poeta que los compuso y los juntó no ha sido menos que el Rey de Castilla,

<sup>123</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE. XVII, p. 287.



de León y de Galicia, don Alfonso el X.<sup>o</sup>; que sólo el se levantó con el epíteto de don Alfonso el sabio. Este rey, en su testamento, que está en su Crónica, dice esto: «Otro si mandamos que todos los Libros de los Cantares de los Loores de Santa María, sean todos en aquella iglesia donde el nuestro cuerpo fuere enterrado, y que las hagan cantar en las Fiestas de Santa María». El hecho constante es que don Alfonso el Sabio siendo castellano y siendo rey, no se desdeñó de estudiar y aprender la lengua gallega, y de llegar a hablarla de modo que en ella pudiese componer coplas y cantares devotos en loor de Nuestra Señora y de sus Milagros. Apreció tanto ese Cancionero que mandó se conservase con su cuerpo en la Catedral de Sevilla o en donde fuese su entierro. Allí en Sevilla se conservó ese cancionero, y los cantaban en la iglesia en las fiestas de Nuestra Señora. Y a eso atribuyo el origen de cantar villancicos en la iglesia en lengua vulgar. Ese tal cancionero sería el original. Yo ví una copia en Toledo, en folio y en pergamino, y creo que ésta diminuta. Sé que en el Escorial hay otro códice manuscrito más completo y no sé si será el de Sevilla. Zúñiga, en sus Anales de Sevilla, copió del dicho Cancionero o Libro de los Cantares Gallegos, las coplas que contienen el milagro que Nuestra Señora hizo con San Fernando en el Monasterio de Oña; y las coplas que contienen el otro milagro que Nuestra Señora hizo en Cuenca con la reina doña Beatriz. Papebroquio, en las actas de San Fernando, copió de Zúñiga las coplas que contienen el milagro con San Fernando en Oña». <sup>124</sup> Después de una breve digresión prosigue Sarmiento: «En tiempo del rey don Alfonso el Sabio era muy vulgar el hablar y

---

<sup>124</sup> *Elementos Etimológicos*. BRAE, XVIII, pp. 119-120.

escribir la lengua gallega, a lo menos dentro del reino de Galicia. No solo en prosa, sino también en verso, y esto ya venía de más antiguo, como consta de los poetas gallegos que ya cita el conde don Pedro en su Nobiliario; pero que un rey, nacido en Castilla, hablase en gallego e hiciese coplas en ese idioma en el siglo XIII, aun hoy me causa mucha admiración, y más no habiendo tropezado aún con instrumento auténtico del cual conste que ese rey se crió en Galicia como su padre San Fernando, o que a lo menos residió en Galicia por algún tiempo. De seguro los gallegos de aquel siglo han gozado la dicha de que su rey les oyese, o sus representaciones o sus quejas o sus agradecimientos, en su misma lengua gallega y nativa, sin el pegote de intérpretes, como los soldados de Mitriades. Me parece imposible que entonces no fuesen comunes muchos libros en gallego para todos, y sobre todo para la Gramática, pues no es creíble que reinase la tiránica barbarie de que los niños gallegos aprendiesen la lengua latina por medio de dos lenguas extrañas, y *con castigo si se acordaban de la propia y nativa*. Dirá alguno: ¿Y en dónde se conservan esos manuscritos en lengua gallega? Digo que en dónde se conservaría el Cancionero Gallego de don Alfonso si no se hubiese conservado con tanta custodia. Estária perdido del todo y aún la memoria del tal Cancionero. Lo mismo debo decir del códice manuscrito en pergamino y en folio, escrito todo en prosa de la lengua gallega. Ví ese códice, que se conserva en la Real Biblioteca, y al cual llaman la *Crónica Gallega*. Es coetánea a la Crónica General de España y cuyos autores no se saben. Acaso no habrá quedado otro códice que sea copia de la Crónica Gallega, pero esos dos códices que se conservan bastan para inferir los muchos que se habrán perdido del todo. No obstan-

te, no desconfío de que el tiempo descubra diferentes manuscritos gallegos, ya en prosa ya en verso. Es innegable que el siglo XIII ha sido el siglo de la Literatura en Galicia y que duró hasta los principios del siglo XVI, y duraría hoy el escribir en gallego e imprimir, como dura en Cataluña el catalán puro». <sup>125</sup>

Pero no es sólo esto todo lo que Fray Martín nos puede decir del devenir histórico de la lengua gallega, lo más importante, lo que conoce de verdad, es el documento, el instrumento, como él gusta de decir; ha leído infinidad de ellos, recordemos la frecuente frase de «carros de instrumentos» que a cada paso aflora en sus escritos: «pero hay muchos carros de instrumentos gallegos en Galicia, y que se escribieron en gallego, hasta los tiempos de Carlos V», <sup>126</sup> o «No hay género de escritura, testamento, donación, venta, contrato, foro, arriendo, compra, trueque, partijas, etc., que yo no haya visto y leído en Galicia, o en latin o gallego, y sé que se pueden cargar carros de estos instrumentos que se conservan en Galicia». <sup>127</sup>

Sarmiento señala la pujanza literaria del gallego entre el siglo XIII y XVI. A partir de esta época comienzan a disminuir los textos en gallego y así va poco a poco enmudeciendo literariamente hasta su tiempo en que observaba: «Los gallegos de hoy tienen su propio dialecto, diferente del castellano, *Háblanle todos, así señores como rústicos. Pero en cuanto a la comunicación por escrito, unos y otros, usan el Castellano, o afectan lo posible, para escribir en ese idioma dominante*». <sup>128</sup>

<sup>125</sup> Elementos Etimológicos, BRAE, XVIII, pp. 121-122.

<sup>126</sup> Onomástico, p. 11.

<sup>127</sup> Elementos Etimológicos, BRAE, XVIII, p. 122.

<sup>128</sup> Memorias, p. 91 (n.º 285).

Fray Martín conocía el *Probemio* del Marqués de Santillana,<sup>129</sup> y todo el glorioso pasado lingüístico galaico, e incluso trataba de disputárselo a la lengua portuguesa. Pero pese a todo reconoce que la independencia de Portugal fué la que fijó o elevó a lengua literaria la hablada en el dominio nortoccidental; «los gallegos por deferencia a la lengua castellana dominante, hacían o recibían los instrumentos públicos en vulgar castellano, lo que aun hoy ejecutan. No así los Portugueses, pues como tenían monarca propio, introduxeron en las escrituras públicas y privadas, aquel vulgar primitivo, que era común a las dos clases de gallegos lucenses y bracharenses; el cual, con el tiempo y con el ejercicio de escribirse, se hizo como dialecto distinto, y es el que hoy llamamos portugués; si bien aún tiene tanta semejanza con el vulgar gallego, que hoy se habla, que no todos lo saben discernir».<sup>130</sup>

## Renovación del léxico galaico

Ya hemos visto como Sarmiento conoce la situación del gallego en su época y su falta de cultivo literario. Sabe también cuales han de ser los caminos de su resurrección. En este punto distingue unas causas sociales: situación de inferioridad cultural frente al castellano; éstas se han de atajar mediante la enseñanza en gallego y la predicación de la palabra divina en la misma lengua de los fieles que la escuchan. Estas causas sociales repercutieron en el léxico, el cual se halla insu-

<sup>129</sup> Cf. *Memorias*, pp. 110 y sigts. y *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, 126.

<sup>130</sup> *Memorias*, p. 145.

ficiente para la expresión de la ciencia y cultura; para remediar esto propone Fray Martín, la redacción de una *Gramática gallego-latina* y un *Diccionario latino-gallego*. Con estos dos elementos ya puede intentarse la renovación y dignificación del gallego. Si a esto se añade una Geografía y una Historia Natural de Galicia redactadas en la lengua vernácula, ya nos hallamos en plena forma para proseguir sus propósitos.

Nos sorprende que siendo Fray Ejemplo el mejor predicador, no haya sido Fray Martín el que haya dado el ejemplo y haya escrito los citados textos en su lengua. Sin embargo es fácil encontrar la explicación de esta paradoja. Fray Martín está en Madrid, ausente de Galicia, sin gran contacto con su país natal, y allí, su más urgente tarea es la dignificación de su lengua, muy desprestigiada y despreciada por los hablantes castellanos. Sarmiento escogió para sí, en esta tarea, el demostrar la igualdad y nobleza del gallego ante el castellano y tratar de combatir el singular desafección con que las gentes de la corte miran su lengua materna. Les descubre su viejo prestigio, su cultivo por los propios reyes, su proximidad al latín, sus rasgos conservadores frente al castellano, etc.

A su proyecto de Diccionario Latino-galaico, formula algunas objeciones que sin duda alguien ha de hacer: «Otros dirán que mi plan es quimérico, pues ni hay voces gallegas para la mayor parte de los nombres latinos, ni se saben los nombres latinos que corresponden a la mayor parte de las voces gallegas». <sup>131</sup> Una cosa es que no se le sepan y otra es que se les puedan hallar.

A primera vista el castellano, e incluso el portugués, se muestran con una inmensa riqueza lexicográfica.

---

<sup>131</sup> *Onomástico*, p. 11.

fica frente al gallego. Pero esto no engaña a Sarmiento. La primera fuente lexicográfica galaica ha de estar en su propio léxico literario:» ¿Y por qué las voces castellanas escritas antes de aquellos tiempos (de Carlos V) han de pasar por castellanas, y no han de pasar por gallegas las que se hallan en los escritos gallegos antes de Carlos V?. He leído con especial gusto bastantes instrumentos en gallego, y deseara leer otros infinitos más, pues *de aquellos recogí muchas voces gallegas muy expresivas*, y lo que es más, las cuales se usan actualmente. De manera que, los gallegos, por lo mismo que han dejado de escribir, han conservado sus antiquísimas voces». <sup>132</sup>

En primer lugar hay que recurrir a los documentos medievales y de comienzos de la Edad Moderna para renovar el léxico galaico y para la preparación del Diccionario. Sarmiento está consciente de su abundancia y riqueza lexicográfica; ha leído muchísimos, ha extraído de ellos curiosas y expresivas voces, y ellos han influido a su vez en la ortografía de Fray Martín. Pensemos que se dispone a renovar una tradición literaria interrumpida casi durante dos siglos, y para ello acude a la antigua grafía tradicional. Sarmiento escribe casi siempre el diptongo *EI* con una *Y* griega, *EY*, siguiendo en esto una vieja costumbre ortográfica galaica; tal hecho no se puede explicar sino partiendo de la frecuentación de los antiguos textos por el sabio benedictino.

La otra fuente es el léxico vivo, por el cual siente verdadera pasión de filólogo moderno, y que ha sido recogido cuidadosamente en sus viajes a Galicia, aun

<sup>132</sup> *Onomástico*, pp. 10-12.

cuando él mismo está consciente que no ha pillado más que una pequeñísima parte de lo que su tierra guarda.

La tercera fuente, la que abulta y acrecienta desmesuradamente los léxicos de las lenguas cultas, son las voces de las ciencias y letras. Estas son las más escasas en gallego, pero ello no significa nada, puesto que son arrimadizas y apropiadas por cada lengua en la medida de sus necesidades: «Y si hoy se quisiese escribir, tanto como en Castilla y en Portugal, es el idioma (sc. gallego) capaz de todo, agregándose las mismas voces extrañas, que se han aplicado aquellos dos dialectos, pues las voces *Trópico, Paralaxe, Cosmografía, Liturgia, Synopsis, Anthropophago*, etc., siendo puras griegas y pronunciables en gallego, no sé porqué, con exclusiva, se han de llamar portuguesas, francesas o castellanas». <sup>133</sup> Sarmiento propone la absoluta incorporación de todo el léxico culto al gallego, y para ello, movido fundamentalmente por razones pedagógicas, insiste: «Las voces facultativas y de extraño idioma *abultan* los libros, pero no *aumentan* la lengua, ni el número de las voces patrias. Las voces de Ciencias, Artes, Historia, Geografía, Historia Natural y las Eclesiásticas, son y están adaptadas a todas lenguas con una ligera inflexión ¿y quién negará que con otra inflexión ligera no se podrán adaptar todas esas voces de *communi* a la lengua gallega? ¿Qué cosa más factible que el que algún gallego forme un abultado vocabulario de su idioma, fundamentándole con las puras voces gallegas, que no son pocas, y agregándole todas las voces espúreas?. El caso es que estas no se enseñan en la Gramática, y jamás se sabrá su significado sino por libros; ni tampoco los saben los portugueses, italianos, franceses y castella-

---

<sup>133</sup> *Memorias*, p. 146 (n.º 467).

nos que no tienen alguna lectura. Para éstos es tan tártara la voz «paralaje» como para los gallegos, siendo así que se halla introducida en los cuatro famosos diccionarios respectivos. Dirán que en esos diccionarios está explicada esa voz y otras tan eñtrambóticas. No dudo de eso; pero tampoco se debe dudar que esas explicaciones se podrán formar en lengua gallega.

En la explicación de una voz eñtraña a un idioma, no deben entrar otras voces eñtrañas, que necesiten explicación. Sólo han de entrar las voces vulgarísimas, triviales y que entiendan todos. Lo demás es querer explicar *ignotum per ignotum*. El gallego no necesita de lengua eñtraña para explicarse y explicar todos sus conceptos.

Explíquese a un niño la voz «*paralaje*» de este modo: «Ay meniño. Olla. Se te pos debaixo d' un melón, que está colgado do fayado, anque a tua vista estropece no melón, fay de conta, qu' ela vay parar o cravo do cal o melón está dependurado. Arrédate 10 ou 12 pés a calquer lado da sala. Bota a vista po-l-o melón, e verás que xa ela non vay a parar o cravo, sinon a un pontón qu' está distante d' el. N-isto, se fay no melón, co' as duas rañas da vista, unha cruz, ou tixeira aberta. Asi, pois a aquela variación de lugares c' a vista fay no fayado, chaman os gregos e os latinos *parallaxis*. E ti chamarás *paralaxe*». <sup>134</sup> Poco después prosigue: «Lo que dije de la voz *paralaje* se debe entender de otra cualquiera voz eñtraña, por exótica que sea, y aunque sea facultativa. De ese modo podrá un gallego erudito y curioso formar un corpulento Vocabulario Gallego, que iguale o exceda a los 10 tomos

<sup>134</sup> *Onomástico*, pp. 12-13.



del Vocabulario Portugués de Bluteau. No propongo que esto se ejecute, sólo hago ver que esto se pudiera ejecutar». <sup>135</sup>

De todos modos a Sarmiento no le preocupa gran cosa el problema de los *tecnicismos*, éstos se podrán adaptar siempre que se quiera y según lo exijan las necesidades; se contenta con demostrar que el gallego tiene las mismas posibilidades que las demás lenguas.

La gran preocupación de Fray Martín, era como dijimos el léxico vivo, el hablado, el que responde a las necesidades de todos los días, el que nos habla del contacto del hombre con las cosas que le rodean: los animales, las plantas, los objetos; ese era para él el más importante, el que más urge recoger: «Mi intento —dirá— no es introducir voces extrañas en el idioma gallego; sólo es proponer a los gallegos eruditos y curiosos, que recojan y coordinen las voces gallegas que actualmente se hablan en todos los territorios de Galicia». <sup>136</sup>

## Necesidad de un Vocabulario y una Gramática Gallega

Ya hemos dicho que las duras experiencias infantiles impelían a Sarmiento a desear una gramática latina para los gallegos. Pero también la gramática es norma y paradigma, es ley y consejo, es unidad e imperio; por eso él la desea vivamente, tiene conciencia de su antigua existencia; no pudo haber lengua sin gramática y

<sup>135</sup> *Onomástico*, p. 13.

<sup>136</sup> *Onomástico*, p. 13.

sin duda se ha perdido por la incuria de sus paisanos: «Dirán mis paisanos que como no hay Arte ni Vocabulario de la Lengua Gallega, no es fácil hallar la correspondencia entre sus voces y las latinas correspondientes. Esto es tan cierto como es justa la queja de que lo sea. *Y acaso corrido y sonrojado de eso, tomo la pluma para escribir estos pliegos.* Los gallegos que en el siglo XI, v. g. estudiaron latín, ¿por cuales artes y vocabularios castellanos le estudiaron? Es imposible que entonces no hubiese vocabularios de la lengua gallega, y algún librejo de su gramática. Confieso que de ninguno tengo noticia. Acaso ese género de libros esté comido de la polilla en algún archivo. Algo diera de precio por tener uno de esos libros para tener que imitar. Mucha culpa debe cargar a los gallegos que ha habido y hay eruditos por no haberse aplicado para dar a conocer la lengua que han mamado. *Para excitar su desidia en esto, procuraré manifestar en estos papeles, un bosquejo de un Vocabulario de la lengua gallega, para que otros le puedan añadir y perfeccionar.* Confieso que entro con pocos materiales, pues sólo son los que he recogido en Galicia estando a divertirme». <sup>137</sup>

Sarmiento no ha cumplido su propósito, ya por falta de tiempo, ya porque su genio le llevaba por otros caminos puramente lingüísticos. El pensaba en armonizar la gramática de ambas lenguas en una unidad insoluble, como lo han sido las generaciones que ininterrumpidamente fueron llevando de padres a hijos la lengua implantada por Roma. Aplicando estas ideas al gallego, éste le parece como el continuador de la lengua del Lacio y entre ambas hay un puente lingüístico

<sup>137</sup> *Onomástico*, p. 28. Vid. también, López Peláez; *El gran Gallego* pp. 229:231.

que el estudio de una serie de reglas (leyes fonéticas) nos dirá como ha de ser tendido.

Por eso Sarmiento no nos ha dado nunca una Gramática Normativa del gallego, lo que siempre ha tratado de hacer es el estudio de la vinculación entre ambos extremos del proceso histórico-lingüístico, estudiar las relaciones entre latín y gallego, a través del tiempo, ir recogiendo los trozos de clara latinidad que en su lengua emergen, y con ellos tejer una historia etimológica de las palabras de todos los órdenes del diario vivir galaico, de sus nombres de plantas, de sus nombres de lugar, de sus nombres propios; esa era la gramática de Sarmiento, la otra la normativa, la de los paradigmas, se la brindaba a los eruditos gallegos que estaban más en contacto con la lengua viva y en consecuencia en mejores condiciones para ese cometido.

También su Vocabulario, está proyectado en la misma dirección histórico-lingüística, no será un Vocabulario alfabético, sino construido armónicamente, según el fondo lexicográfico latino, por materias, por raíces, según sus orígenes históricos. El otro, el común y vulgar, por orden de letras, también lo deja para los eruditos de su tierra. El se reserva la tarea más difícil, la más nueva y moderna, la verdaderamente científica, según su modo de pensar, ya que él creía con ese método se podrían aprender simultáneamente: latín, gallego y castellano.

Sobre Sarmiento pesan sus recuerdos de estudiante; penosos recuerdos según ya hemos visto, afloran a cada paso en sus escritos: «He tomado la pluma para escribir estos pliegos compadecido de la juventud gallega, que tanto tiempo ocupa en estudiar una lengua que ignora por otra que no sabe; siendo así que en la lengua nativa que ha mamado, tiene los principales

fundamentos para entender con más facilidad el latín, y con más perfección el castellano, si después se dedica a ese dialecto. A un muchacho gallego que muestre inclinación a saber latín, se le debe animar de este modo: «La mayor parte de esa lengua ya la sabes con sólo hacer un poco de reflexión a la lengua gallega, que hablas. Procura antes recoger muchas voces gallegas, y frases, oyendo hablar a muchos, y cuanto más rústicos mejor, y después conocerás lo que te digo y prometo. Después se le debe poner delante, como en un mapa, un extracto de los *Elementos Etimológicos*, por lo que toca al modo cómo las voces latinas pasaron a ser gallegas con una ligera inflexión. Se le debe señalar con el dedo algunos ejemplos de los tránsitos más fáciles; después de los más compuestos, y al fin, de los más oscuros. En todo caso, las voces que al principio se deben proponer al niño pareadas con las latinas casi idénticas, de ningún modo han de significar cosas intelectuales e invisibles. Todas significarán cosas corporales, visibles, tangibles, y que estén presentes para que las pueda palpar con la mano. Será muy del caso que los atractivos que suelen divertir a los muchachos, se les hagan patentes en los significados de las voces gallego-latinas, v. g., en las cosas de cocina, de comer, de jaulas de pajaritos, de peces y de conchas, si están a la orilla del mar, de árboles o plantas que les sirven para sus enredos, de ropas y vestidos de que se sirven para engalanarse, de los ajuares de casa, que ven cada día, etc. Con esta prevención se les podrá instruir en lo que son declinaciones y conjugaciones. No se les debe proponer en esto nombres ni verbos de cuya significación no tengan clara evidencia».<sup>138</sup>

<sup>138</sup> *Onomástico*, pp. 34-35.

Admirable sería este camino, si las transformaciones lingüísticas del latín en Galicia fuesen tan sencillas como Sarmiento imaginaba. Las breves leyes que nuestro benedictino aquí idea, han llegado a cuajar en un cuerpo de doctrina difícil de atravesar para poder al mismo tiempo estudiar ambas lenguas. Entre ambas se ha interpuesto una ciencia que une estos extremos y que necesitaba de ellos más de lo que ella es requerida por uno u otro.

De todos modos el método preconizado en las frases citadas es aplicable en una discreta medida para el estudio de las lenguas romances y aún en las más elementales gramáticas normativas se vé de vez en cuando una explicación de orden histórico-lingüístico.

Las ideas de Sarmiento sin duda chocarían entre sus contemporáneos y no tuvieron el menor eco, ni siquiera en Galicia lograría mejorar la enseñanza del latín, ni siquiera suprimir aquella «amenaza de castigo si se les escapa (a los muchachos gallegos) alguna voz de la lengua que mamaron». <sup>139</sup> Su experiencia le obliga a rebelarse contra la costumbre de su tiempo, época en que el gallego vivió uno de los periodos más críticos de su historia. Sarmiento protesta: «En Galicia hay más: y es que cuando hayan de hablar en vulgar los estudiantes, es delito hablar en gallego y no en castellano». <sup>140</sup>

Sarmiento veía claramente como moría su lengua, clama por su resurrección, conoce los portillos por donde el castellano penetra e instiga a sus paisanos a reaccionar, sobre todo en cuanto a la lengua del confesionario: «Lo más sensible es que cuando los que no

<sup>139</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 731.

<sup>140</sup> *Unumístico*, pp. 62-63.

son gallegos, ni saben bien el idioma gallego, se meten a instruir a los rústicos en la doctrina cristiana, a administrarles los sacramentos, y en especial el de la penitencia, a exhortarlos, y todo en lengua castellana que no entienden los oyentes. *Este es asunto de un Concilio Provincial en el cual los aldeanos representasen sus justas quejas* para que no se siguiesen tantos absurdos enormes del abuso contrario. Para maldita la cosa se necesita en Galicia la lengua castellana». <sup>141</sup> Sin embargo él mismo tiene pocas esperanzas. Si lograrse ganar la batalla en esos dos puntos claves, lo demás vendría por añadidura. Si se explicase en gallego, nacería espontáneamente la gramática y el texto científico, pero si no se explica ¿para que sirve este?. A veces le invade el desaliento y se duele de que nadie se haya preocupado por su lengua: «La lengua gallega tiene singularidades en las cuales no ha reflexionado castellano alguno, y lo más vituperable es que ni gallego alguno haya soñado eso. ¡Lengua infeliz que habiéndola llamado casi un millón de bocas y hablado naturalmente, no haya habido una lengua ni una pluma que haya hablado y escrito un pliego de papel sobre ella.» <sup>142</sup>

Todos sienten sed del libro gallego, las fuentes de la imprenta no manaron en esa lengua, parece que sus últimos ecos se han perdido mucho antes, pero aun es tiempo, piensa nuestro benedictino en un momento de optimismo: «Claman todos los eruditos por ese *Vocabulario Gallego*, y yo también clamo por el *Vocabulario Gallego*, pues sería un tesoro para las etimologías gallegas y castellanas reducidas al latín. Esotro de si hay o no hay libros escritos en lengua gallega es un

<sup>141</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVIII, p. 126.

<sup>142</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, p. 740.

espantajo y pasmarote y *petitio principii*. No se estudia el gallego porque no hay libros, y yo digo que no hay libros porque no se estudia el gallego, y sólo se estudia el olvidarle y aborrecerle. Dentro de 20 o 30 años, si se manda y se costea, habrá libros gallegos impresos y encuadernados en pasta que traten de todas materias por espinosas que sean. De las solas coplas que inventan y cantan las mozas se podrá formar un grueso volumen de Cancionero y muchos tomos de Geografía, Genealogía e Historia Natural, sin salir del reino de Galicia». <sup>143</sup> En alguna ocasión piensa echar mano de los libros antiguos portugueses: «los gallegos podrán suplir la falta de sus libros impresos por los libros antiguos impresos de la lengua portuguesa, porque los modernos hierven en voces exóticas, bárbaras y latinas, que no han conocido los anteriores a la unión de Portugal a Castilla. El atajo para todo es que en lugar del Arte de Nebrija se forme un Arte de la lengua gallega y un Vocabulario para que por esos dos libros estudien los muchachos la lengua latina. El Arte Portugués-latino del padre Pereyra podrá servir de modelo para formar el Arte Gallego-latino. Con razón me he quejado ya en diferentes escritos de que teniendo cada nación que usa de su propio idioma, su particular Arte para estudiar el latín por medio de su lengua vulgar, se haya introducido en Galicia la barbarie de que los niños gallegos estudien el latín por medio de la lengua castellana, que les es extraña, y con amenaza de castigo si se les escapa alguna voz de la lengua que mamaron. ¿Y qué sucede con eso? Que les usurpan cuatro años de su más florida edad en olvidar su lengua nativa y aun en aborrecerla y en no aprender ni latín ni caste-

---

<sup>143</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, pp. 741-742.

llano: no el castellano, pues ninguno ha sabido castellano por el Arte de Nebrija; los gallegos que no han visto tal arte hablan y escriben mejor el castellano que muchos castellanos naturales.

Tampoco los niños gallegos aprenderán el latín por el Arte de Nebrija, pues no saben lengua alguna que sea intermedia para la correspondencia del latín. No la gallega pues ya está olvidada; no la castellana pues aún no está aprendida. Al contrario, ejercitando los niños gallegos en el Arte de su lengua nativa y con el latín correspondiente se habilitarán muchísimo en penetrar su lengua y la castellana, y en breve tiempo, estudiarán la lengua latina, francesa, etc.»<sup>144</sup>

Sarmiento nos proporciona la más acabada visión lingüística del gallego del siglo XVIII, pero sobre todo es importantísimo para la historia de la penetración del castellano en Galicia. Fué su siglo decisivo para la lengua gallega, y él mismo está bien consciente de la batalla lingüística que en sus tiempos se está produciendo. La vive angustiosamente y le sentimos desgarrado por la situación que observa. Sabe plenamente como ha tenido que ir desnudando su infancia lingüística y como ha tenido que apropiarse un nuevo medio de expresión; lo sabe y le duele. Su juventud allá se queda verde y candorosa entre los montes de su tierra y el separarse de ella le ha sido muy costoso, tanto que quiere evitar tal desgarrar a los jóvenes que tras él irán.

Sarmiento asiste a una lucha, el mismo guarda sus heridas, pero ha visto la cara al enemigo y sabe por donde ataca. Sueña vencerle, sabe vencerle, alejarle de sus fronteras, pero no confía en sus fuerzas. Unas veces le vemos optimista, pero las más desalentado.

<sup>144</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XVII, pp. 730-731.



Con gramática, con diccionario, con libros de cultura o recreo la lengua no se resucita si es que por delante no va un decidido propósito de hacerlo, y sus contemporáneos no oyeron sus palabras ni llevaron adelante su empeño. La ciudad estaba casi ganada al castellano, por eso por ella se había de empezar: «En cada ciudad o villa de Galicia habría de haber algunos que se dedicasen a enseñar a los niños la lengua gallega, con extensión y con propiedad... Había de entablarse sólo por un año esa enseñanza para cada niño, por vía de entretenimiento, juego y conversación». <sup>145</sup> Rescatada la ciudad todo estaba hecho, pues el campo aún era gallego. Sólo faltó el maestro que lo hiciese, con o sin gramática, la batalla se hubiese inclinado por el gallego. La voz de Sarmiento no tuvo eco.

## Unidad dialectal galaica

Es muy muy frecuente todavía hoy la creencia de que el gallego constituye un complejo sistema de dialectos; lo mismo ocurría en la época de Sarmiento: «Dícese que en Galicia parece que de un lugar a otro hay lengua diferente. Yo he andado por Galicia y no hallé esa multitud de lenguas. Estos o los otros términos sueltos que se hablan aquí y no allí, es cierto que los hay, pero sin salir del gallego en general, y esto sucederá en todo país cuya lengua se habla y no se escribe». <sup>146</sup>

<sup>145</sup> *Onomástico*, p. 56

<sup>146</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 677.

Sarmiento ha recorrido amplias zonas de Galicia y ha estado atento siempre al estudio de la lengua hablada. En ningún caso ha notado esas grandes diferencias lingüísticas que el vulgo se imagina; hay sí diferencias lexicográficas e incluso algunas fonéticas, pero ninguna de ellas es suficiente para fundamentar una clara división de subdialectos.

Fray Martín está sorprendido por la riqueza lexicográfica de la lengua hablada: «Estoy aturdido de la abundancia de las voces gallegas puras que oí y recogí en Galicia, que acaso no será la décima parte»<sup>147</sup>, esta abundancia es lo que dá la falsa visión del podialectalismo galaico.

## El gallego de Fray Martín

Ninguno de sus tratados eruditos, a pesar del enorme esfuerzo para remediar la incómoda situación de la juventud contemporánea, ha sido escrito en gallego. En Sarmiento el castellano era su lengua de cultura y en ella escribe la mayoría de sus obras. Aún las de tema gallego, en las cuales era de esperar el uso de su lengua materna, vemos que emplea el castellano. ¿Que le ocurre a Fray Martín? Acaso sienta un poco frías sus manos, desentrenada su pluma, envejecido su léxico, una inquietud molesta de la que no logra verse libre. Le falta decisión, eso es, tomar definitivamente la pluma para lanzarse al mar de lo desconocido. Pero duda, tiene miedo, no lo hace, un vacío de dos siglos y la distante juventud le hacen detenerse. Llegó tarde, y den-

<sup>147</sup> *Elementos Etimológicos*, BRAE, XV, p. 676-677.

tro de si mismo la lengua que ha mamado está rígida, helada, cerebralizada, si se quiere, pues no nace viva y espontánea que es como ha de brotar toda lengua de la pluma.

Sin embargo de vez en cuando nos conserva una jugosa anécdota, un breve cantarcillo —incluso ha compuesto una gran cantidad de ellos— o una frase sencilla. Sólo nos hemos de fijar en este apartado en las personalidades lingüísticas que refleja su gallego, en algunas particularidades para nosotros muy importantes pues reflejan el estado de lengua del gallego del siglo XVIII.

Ya hemos visto algunas de las frases gallegas deslizadas por Sarmiento con ocasión de contarnos algunas anécdotas de su juventud. También hemos de acudir a algunas otras que hallamos dispersas por sus libros, prescindiendo sin embargo del *Glosario de muchas palabras, voces y frases gallegas* que ahora no está a nuestro alcance.

Ya hemos visto como las grafías de los antiguos documentos medievales influyeron sobre su ortografía —ya la lengua sin tradición escrita—, concretamente en la tendencia a utilizar la Y como segundo elemento de diptongos decrecientes. En sus textos ya vemos generalizarse la grafía —NH— en el artículo indefinido: *unba*, cuyos antecedentes hay que buscarlos a finales del siglo XVI o principios del XVII.

Dentro del sistema vocálico, Sarmiento reconoce los dos valores de la E y la O (abiertas y cerradas) y se sirve del acento circunflejo para indicar la O abierta de las contrataciones del artículo con la preposición A, o para indicar que la vocal es abierta: «ô cravo» = «al clavo», «pôs» = «pones», «quêre» = «quiere». Lo

mismo hace para la contratación de la preposición A con el artículo femenino: «âs» = «a las»; o «mâs» = «me las».

Una peculiaridad fonética del lenguaje de Fray Martín es el gran empleo de la -e paragógica, ya por conservarse todavía, ya por tratarse de una reposición determinada por las condiciones de la palabra en la frase: «señore», «quêre», «decire», «mentire».

Dentro de la morfología domina el uso de la forma «ti» en función de sujeto en vez de «tu»: «ti chamarás», «ti mâs pagarás».

Otra particularidad morfológica de Sarmiento es la presencia de una «-N» en las desinencias de primera persona del presente del indicativo de algunos verbos: «seyn», «ein», etc., quizás analógica de las formas desinenciales del perfecto con nasal (vin). Estas formas son muy raras tanto en gallego como en portugués.

En otra ocasión volveremos a estudiar con todo detenimiento las características del gallego del XVIII, por ahora queden aquí señaladas estas breves apuntes del lenguaje de Fray Martín, el cual es indiscutiblemente la mejor fuente de información que poseemos.

Universidad de Oviedo, Abril de 1960

## BIBLIOGRAFIA

De las ideas lingüísticas de Fray Martín Sarmiento también se han ocupado:

M. RODRIGUES LAPA, Fray Martín Sarmiento e o vocábulo "caritel", en *Boletim de Filologia*, I, 1933, pp. 185-188.

ANGEL DEL RIO, Los Estudios de Jovellanos sobre el dialecto de Asturias, Notas acerca de la Dialectología del siglo XVIII en la *Revista de Filología Hispánica*, V, 1943, pp. 209 - 243.